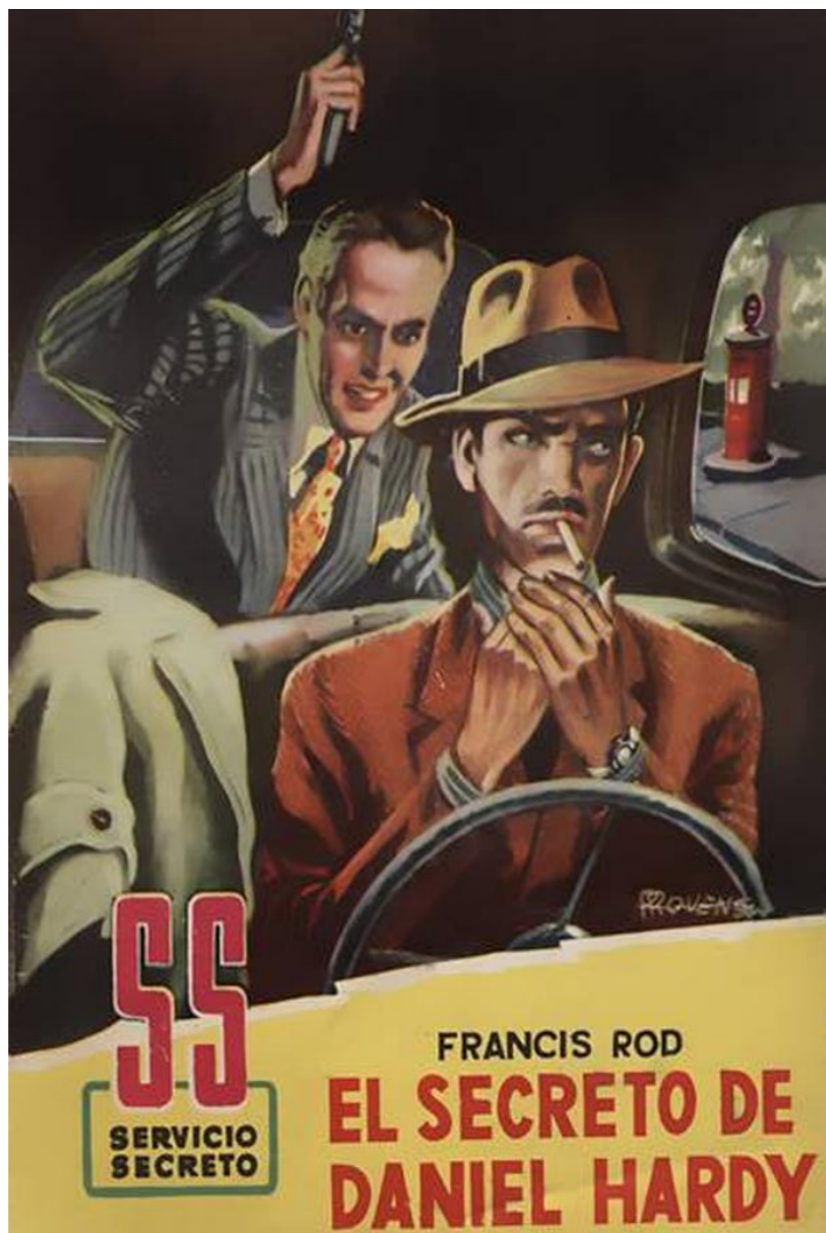




FRANCIS ROD

EL SECRETO DE DANIEL HARDY

1ª EDICIÓN
JULIO - 1952



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

& **SECRETO** *de*
DANIEL HARDY

FOR
FRANCIS ROD

CAPÍTULO PRIMERO

Acampado en la extensa llanura de la isla Wake, a poca distancia de la playa, el tercer batallón de Infantería de Marina de los Estados Unidos preparábase a asestar a los restos de la guarnición japonesa de dicha isla, el golpe de gracia que terminara con la resistencia. Los nipones, después de la batalla sostenida con los «marines» al desembarcar éstos en la isla, hubieron de replegarse hasta las montañas de origen volcánico que formando una cordillera atravesaban de punta a punta la isla.

Esto sucedía a primeros de marzo del año 1944, cuando las tropas del almirante Chester Nimitz iniciaron la gran ofensiva del Pacífico, para desalojar a los japoneses de las islas que éstos habíanse apoderado en los albores de su supremacía sobre este extenso teatro de operaciones en la última conflagración mundial.

El tercer batallón de «marines», a las órdenes del coronel Kiston, desembarcaron de madrugada en la isla Wake, cogiendo desprevenidos a los nipones. Tras dura lucha, que costó cientos de vidas a uno y otro bando, los japoneses se retiraron a las montañas, dejando en poder de los norteamericanos importante botín y, lo más esencial, extensa llanura en la que los «marines» pudieron fijar sus bases desde donde podrían aprestarse a combatir a los japoneses.

Mientras los oficiales reunidos en el interior de una tienda de campaña estudiaban sobre el mapa los puntos más vulnerables por donde podrían atacar las escabrosas posiciones del enemigo, la tropa descansaba de la lucha sostenida en la madrugada, por entre la exuberante vegetación.

De un transporte de guerra anclado a escasas millas de la isla, en vehículos anfibios eran llevados a tierra avituallamientos de toda clase para abastecer a las fuerzas. El transporte estaba custodiado por un destructor, el cual no cesaba de bombardear las montañas donde se guarecían los nipones.

A las cuatro de la tarde los morteros y cañones de más reciente fabricación comenzaron a disparar sus granadas, imitando lo que ya hacia el destructor, para ablandar la resistencia del enemigo antes de que la infantería entrase en acción.

Así fueron transcurriendo las horas. Llegó la noche sin que el bombardeo cesara. A los «marines» que no les tocó vigilancia se les permitió reposar; los heridos graves fueron llevados al transporte, mientras que los leves eran atendidos por dos médicos en una tienda de campaña establecida como, puesto sanitario.

Cuando el día relevó a la noche, dos compañías de «marines» fueron llamadas a formar, dispuestas para escalar la montaña y extirpar a la guarnición japonesa.

Los escogidos para la batalla final eran hombres duros en la mayoría; otros habían que mostraban su rostro de prematura madurez, aunque su edad no excedería de los veinte años. Pero en sus semblantes se reflejaba el anhelo y fe que tenían en salir victoriosos. Su moral era excelente, ya que, aun a costa de jirones en su carne, los triunfos conseguidos en otras operaciones habíales elevado su espíritu combativo.

El comandante Grayson iba como jefe de la expedición. A las ocho en punto de la mañana emprendieron la marcha. Todos avanzaban alegres y decididos, pese a no ignorar el peligro a que exponían sus vidas.

A medida que los «marines» se acercaban a la ladera de la montaña, el bombardeo fue amainando, hasta cesar por completo cuando los infantes alcanzaron la falda del monte.

Al llegar a un punto determinado poblado de maleza, el comandante Grayson ordenó parar. Mandó que las fuerzas se dividieran en dos patrullas; una avanzaría por el Este y la otra por el Oeste. El grupo que mandaba el comandante Grayson echó por un desfiladero, con el fin de encontrarse luego con el otro grupo en mitad de la montaña. Éstos iniciaron el ascenso de la ladera.

Los japoneses, astutos, metidos dentro de sus casamatas, observaban a los norteamericanos como avanzaban, esperando a tenerlos cerca para iniciar el fuego.

La batalla comenzó cuando los «marines» percatáronse de la estrategia de sus enemigos al ver que les dejaban avanzar sin disparar un solo tiro, con el fin de tenerlos entre dos fuegos, pues

rápida­mente desple­ga­ron­se y comen­za­ron a ha­cer fun­cio­nar sus ar­mas.

Los ja­po­ne­ses com­pren­die­ron que su tre­ta ha­bía fal­la­do, por lo que no les to­có más re­me­dio que ab­rir fue­go con­tra los a­ta­can­tes.

Uno y otro ban­do ba­tían­se en­car­ni­za­da­men­te; los ni­po­nes te­nían gran ven­ta­ja, ya que es­ta­ban bien pa­ra­pe­ta­dos, mien­tras los «ma­ri­nes», sin lu­gar en dónde guare­cer­se, lu­cha­ban de­se­spe­ra­da­men­te con­tra un ene­mi­go al que no po­dían de­scu­brir su guarida. Los ni­po­nes a­pro­ve­cha­ban tal con­tingen­cia pa­ra ha­cer es­tra­gos en las fi­las de los nor­te­a­me­ri­ca­nos.

Los lanzal­la­mas de és­tos en­tra­ron en fun­ción, bar­rien­do ma­te­rial­men­te cuán­tos ni­dos de ja­po­ne­ses veían. Pro­n­to aque­lla mon­ta­ña pa­re­ció el in­fi­er­no: ár­bo­les, ma­to­rra­les, ca­sa­ma­tas don­de se pro­te­gían los ja­po­ne­ses que ar­dían en­tre lla­mas pa­vo­ro­sa­men­te; los ca­dá­ve­res ya­cían en­tre el fue­go y el hu­mo cha­mu­scán­do­se; to­do era un cua­dro hor­ri­pi­lan­te.

La lu­cha to­mó ca­rac­te­res de fe­ro­ci­dad; el tra­que­teo de las a­me­tra­lla­do­ras en­so­r­de­cía a los con­ten­dien­tes, mien­tras que el olor a pólvora y el hu­mo in­fil­trá­ba­se­les en el ol­fa­to.

To­da la mon­ta­ña es­ta­ba in­fe­sta­da de ni­po­nes, qui­enes en­va­len­to­na­dos por el es­tra­go que es­ta­ban cau­san­do a los «ma­ri­nes», ar­re­me­tían fu­ri­osos con­tra és­tos, sin im­por­tar­les de­scu­brir sus co­bi­jos. Tal ex­ce­so de con­fian­za per­dió a los ni­po­nes, pues los lanzal­la­mas, al dar­se cuen­ta de ellos, a­bra­sa­ban cuán­tos ni­dos de ja­po­ne­ses veían.

Po­co a po­co los «ma­ri­nes» fu­e­ron de­struy­en­do las ca­sa­ma­tas del ene­mi­go, a­po­de­rán­do­se así de gran parte de la mon­ta­ña. Los ni­po­nes, con tal de a­ba­tir a al­gún ene­mi­go, no les im­por­ta­ba per­der su vi­da. Las gra­na­das de ma­no sa­lían des­pe­di­das con fu­ria de uno y otro ban­do, cau­san­do es­tra­gos don­de ex­plo­ta­ban.

Trans­cu­rrida más de una ho­ra de lu­cha fe­roz, y a co­sta de cuan­tio­sas vi­das, la ba­ta­lla pa­re­cía de­ci­di­da a fa­vor de los yan­kis; más cuan­do és­tos lle­ga­ron a la ci­ma de la mon­ta­ña ob­ser­va­ron con ra­bia que to­da­vía que­da­ban por a­ba­tir tres pa­ra­pe­tos, en ca­da uno de los cua­les ha­bía em­plaza­da una a­me­tra­lla­do­ra.

Una lu­via de ba­las sa­lió de di­chos pa­ra­pe­tos con­strui­dos con pie­dras, se­gan­do la vi­da a va­rios «ma­ri­nes».

Len­ta­men­te, y a co­sta de más ba­jas, pu­die­ron lle­gar a es­ca­sa,

distancia de dichos nidos de ametralladoras, con idea de infiltrar el fuego de los lanzallamas a través de las piedras que cerraban la entrada.

Pero los cuatro hombres que lo intentaron cayeron acribillados por los japoneses.

De más de doscientos hombres que componían las dos compañías al comenzar la batalla, sólo quedaban con vida doce de ellos. El cabo Flyrtem tomó el mando. En un alarde de valentía arremetieron contra uno de los parapetos, consiguiendo abrasar con los lanzallamas a los seis nipones que lo ocupaban. Dos «marines» perdieron la vida. Los diez bravos restantes consiguieron luego asaltar otro parapeto y eliminar a los enemigos que lo defendían. Los japoneses del otro nido salieron de él y con la bayoneta calada acometieron a los yankis. Cinco de éstos quedaron atravesados por el acero nipón; los restantes se liaron a pelear cuerpo a cuerpo. En semejante lucha no se utilizaban armas de fuego, sino los puños, uñas, aceros y cuánto venía al caso. El resultado fue que los japoneses quedaron abatidos, aunque de los norteamericanos sólo uno consiguió quedar con vida. Lo primero que hizo el único superviviente de tan cruenta como feroz lucha fue izar la bandera estrellada en la cima del monte. Luego se dejó caer en el suelo, con el rostro ennegrecido y los ojos desorbitadamente abiertos.

Daniel Hardy —éste era el superviviente— paseó sus miradas en torno suyo contemplando el estrago que la lucha había ocasionado. Daniel Hardy era joven, de recia constitución física y tenía ojos grises de mirar penetrante. Su rostro, ennegrecido por el humo del fuego y la pólvora, daba señales de fatiga. Encendió un cigarrillo y elevó su mirada al cielo, exclamando:

—¡Gracias, Señor, por haberme conservado la vida!

Sus ojos no cesaban de contemplar cuánto de horrible había a su alrededor.

—¡Cuántos cadáveres! —exclamó.

Y cuán verdad era. En toda la montaña había cientos de hombres sin vida y mutilados atrozmente. Hombres en plena juventud que habían dejado allí su existencia para siempre.

Daniel fijóse de pronto en un «marine». Le conocía sobradamente. Se trataba de Daniel Corbett, un muchacho natural de Oregon, el cual no tenía familia. Esto lo sabía Hardy porque fue

su compañero durante el período de enseñanza en Virginia. De repente sus ojos observaron una cartera de piel que asomaba de un bolsillo de la camisa de Corbett.

El rostro de Hardy hizo una mueca de disgusto, a la par que su mano tembló.

Frunció el entrecejo y quedó pensativo. Dio una larga chupada al cigarrillo que sostenía entre sus temblorosos dedos y aspiró con placer el humo.

De nuevo volvió a mirar la cartera del yacente como si le obsesionara.

—No deberías hacerlo, Daniel —se dijo a sí mismo—. Era tu amigo, Daniel... Será una canallada... Sí, pero... —prosiguió hablando para sí— yo no cometo ninguna mala acción... A él de nada han de servirle sus documentos, en cambio a mí...

Apretó la mandíbula, haciendo un gesto de rabia. Tenía que decidirse pronto, ya que no tardaría en llegar una patrulla de reconocimiento, y entonces sería imposible apoderarse de los papeles de un compañero caído.

No lo pensó más; incorporóse del suelo y fue a dónde estaba el muerto. Quitóse la chapa que pendía de su cuello, y lo propio hizo con la del cadáver. Le colocó al cuello la que él llevaba y se puso la de Corbett. Acto seguido apoderóse de la cartera de piel y se la guardó. Y le registró los bolsillos, con el fin de que no llevara otro documento que acreditase quién era. Cuando volvió la espalda para alejarse de Corbett recibió la gran sorpresa: un «marine» que estaba sangrando de un brazo y una pierna le miraba con ojos de pasmo.

Por un momento quedóse indeciso. Por su mente pasó la idea de deshacerse de testigo tan peligroso.

Éste pareció adivinar los pensamientos de Hardy, ya que le miró suplicante.

Daniel fue hacia él.

—Lo has visto, ¿verdad?

El aludido movió la cabeza alarmado, y miró a Daniel.

—¿En qué piensas? —inquirió temeroso—. ¿Vas a matarme?

—Es lo que debería hacer —respondió de mal talante.

—Si crees que voy a delatarle, te equivocas. Yo no sé el motivo por el que has quitado a ése la documentación, pero puedo asegurarte que no me importa. Si quieres hacerte pasar por otro, ¿a

mí qué? Ni me va ni me viene. Ten la más completa seguridad de que yo no voy a ser ningún peligro para ti. Anda ayúdame a ponerme en pie.

Habló con tanto aplomo que Daniel se quedó pasmado. Admitió que aquel hombre tenía sangre fría y no era nada tonto.

Ayudóle a levantarse.

—¿Es cierto que no dirás nada, a nadie? —le preguntó con avidez.

—¿Por quién me tomas? —contestó, algo ofendido mientras, apoyado al hombro de Daniel, comenzaba a caminar—. Si me conocieras a fondo —agregó— no dudarías de mi palabra.

—De acuerdo. Me fío de ti... Pero ten presente lo que voy a decirte. Yo no quité a ese muchacho sus documentos para nada malo. Así que procura olvidar lo que has visto... De lo contrario, sabrías quién soy yo...

Sonrió el herido débilmente y miró con malicia a su salvador.

—No te preocupes, hombre. Nadie sabrá palabra de lo que he presenciado. Yo nada pierdo.

Descendían el monte y los ojos de ambos miraban con horror las terribles escenas de muerte y desolación que asolaban toda la ladera. En más de uno de aquellos cuerpos, algunos destrozados, reconocía a compañeros suyos que pocas horas antes reían y gozaban, completamente sanos y llenos de alegre juventud. Los cadáveres de nipones y norteamericanos yacían unos junto a otros, desfiguradas las facciones y en distintas poses a cual más horripilante. Las armas que antes causaron la muerte veíanse extendidas por doquier y los cartuchos diseminados en grandes cantidades. Algunos matorrales que sufrieron el fuego de los lanzallamas, aun ardían levantando elevadas estelas de humo y pavesas.

La huella que en aquellos parajes había dejado tan cruenta batalla causó tal impresión a los dos únicos supervivientes de ella, que sus ojos tuvieron que apartar la mirada de tan trágica como espeluznante visión, sintiendo náuseas. Apretaron el paso hasta conseguir llegar al pie de la montaña.

Terminaban de abandonar aquel trágico escenario de ruina y destrucción, cuando vieron a escasa distancia de ellos una patrulla de «marines».

El sargento de aquel grupo de reconocimiento se interesó en saber detalles de la batalla. Ellos se la narraron, ante el pavor y escalofríos por parte de cuántos escuchaban el relato siniestro de lo ocurrido en la lucha contra los japoneses.

Luego de contarles su desarrollo, la patrulla siguió su camino, y Daniel y el compañero herido, que se apoyaba en los recios hombros de Daniel, prosiguieron su marcha hacia la base del batallón.

Una vez llegados al lugar donde estaban estacionadas el resto de las fuerzas armadas, Daniel dejó al herido en el puesto de socorro, donde dos oficiales, mientras era curado el herido, le interrogaron también sobre el resultado y desarrollo de la lucha.

El herido no dijo palabra respecto a lo que había visto hacer a Daniel, por lo que éste comprobó con alegría que su compañero no le mintió al decirle que nada diría de su secreto. Pensó que todo marchaba bien y que no tenía por qué preocuparse. Su secreto no se descubriría jamás.

El herido, cuyo nombre era Joe Baleti —de rostro moreno y nariz romana, ojos negros oscuros, al igual que sus cabellos, que ahora estaban alborotados—, era natural de Chicago, si bien sus padres eran de Italia. Su historial de guerra era corto, ya que sólo hacía ocho meses que ingresó en el Ejército y, por lo tanto, únicamente había participado en la batalla de Okinawa y en la de Wake. Su aspecto resultaba poco simpático y nada amigo de entablar relación con sus compañeros de armas. Sin embargo, he aquí un detalle muy importante desde que se relacionó con Daniel Hardy por la causa de todos conocida: se hizo gran amigo de éste y compañero inseparable. Siempre se les veía juntos compartiendo penas y alegrías, como si les uniera un profundo afecto.

El batallón partió cierta tarde, con rumbo desconocido para los «marines». Al día siguiente desembarcaban en la isla de Guam. Tiempo después, siempre cubriéndose de gloria, lo hacían, conjuntamente con otros batallones y demás tropas del Ejército, de Tierra yanqui, en Lazón. Las batallas en que domaron parte no fueron menos feroces que la llevada a cabo en Wake. Pero la isla quedó en poder del Ejército estadounidense.

Y el tercer batallón de «marines» pudo, al fin, gozar un merecido descanso.

Joe Baleti y Daniel Hardy, al cual llamaremos de ahora en adelante Daniel Corbett, se disponen a disfrutar de unas horas de permiso. Dirígense a cierto establecimiento en donde numerosos soldados saborean unas horas de diversión, olvidando así los horrores y fatigas pasados en la lucha.

Penetran en el local, y rápidamente se les acercan algunas mujeres, con el propósito de que las inviten a beber. Dos de éstas consiguen hacérseles simpáticas y toman asiento con ellos ante una mesa.

Piden que se les sirva algunas bebidas. Las dos chicas ríen y chapurrean con ellos el inglés, e ingieren más licor del que ellos podían suponer cupiese en el estómago de las filipinas. Cuando salieron del establecimiento, algo ebrios, sus bolsillos estaban aligerados de dinero, y la cabeza parecíales dar vueltas. Más iban alegres y, apoyado el uno contra el otro, canturrean una melodía. Al llegar a una plazoleta se toparon con la patrulla militar de vigilancia. El sargento que la mandaba, al percatarse, del estado de los dos «marines», ordenó fuesen detenidos y llevados al calabozo «a dormirla».

Al día siguiente, después de reconfortable sueño, Baleti y Corbett fumaban tranquilamente sendos cigarrillos en la prevención, tumbados en la cama.

Se levantó Baleti y, tras de arrojar la punta del cigarrillo, asomóse a mirar por detrás de los barrotes del calabozo.

Joe Baleti tenía aproximadamente la misma edad que Daniel. Su rostro moreno poseía facciones duras, aunque no desagradables. Sus ojos negros eran de mirada tenaz que rayaba en siniestra. Y su estatura inferior a la de Daniel, pero algo más grueso.

Miró durante unos segundos a través de los barrotes, y en su rostro se dibujó una mueca de disgusto.

—No sé a qué demonios esperan para sacarnos de esta ratonera —masculló, lamentándose.

Daniel tumbóse cuan largo era y, con los brazos puestos a modo de cabecera, respondió con pereza:

—No te preocupes, hombre. Cuando precisen de nosotros, ya nos pondrán en libertad. El «Tío Sam» no nos paga para que pasemos aquí la vida.

Baleti no replicó. Regresó junto a su compañero y sentóse al

borde de la colchoneta.

—Se juega la vida uno continuamente y cuando te dan unas horas de sosiego, te «enchironan» sólo porque bebes algo más de la cuenta.

—¡Bah! Cosas del Ejército. Deberás tener calma, ya que lamentándote no conseguirás salir antes.

Baleti permaneció unos segundos pensativo. Luego, mirando con curiosidad a Corbett, le espetó:

—Todavía no me has dicho la razón de hacerte pasar por el muerto...

—No sé por qué has de sacar a relucir eso... Yo ya lo tenía casi olvidado.

—¡Bueno, bueno! Si es que no confías en mí, no to digas; pero te aseguro que me tiene intrigado.

Daniel asedió a miradas a su compañero. No le gustaba mucho su rostro. Ignoraba el motivo, pero su intuición avisábale que Baleti no era muy buena persona.

—Como ya te dije, no lo hice para cometer nada malo... Te ruego respetes mi silencio.

—¡Está bien, hombre, está bien! No te ofendas... Creí, después de las pruebas que te he dado de mi discreción, serías menos desconfiado conmigo...

—No es eso, Joe. No comprendes lo que pasa...

La mirada astuta de Baleti se clavó en las pupilas de Daniel.

—Si lo hiciste para cobrar alguna herencia del que murió, puedes creermelo si te digo que yo nada voy a exigirte. En cuanto a delatarte, ya has visto que no lo he hecho.

—Te voy a contar lo que me pasó y comprenderás las razones que tengo para cambiar de nombre. No me guió el deseo de sacar ningún provecho material al apoderarme de la documentación de Daniel Corbett.

Habló en tono ofendido, por lo que Baleti, dándose cuenta, trató de disculparse:

—Perdona lo que te dije... Lo solté impensadamente.

—Antes de pasar a contarte mi pequeña historia, quisiera volviésemos a prometerme que nadie sabrá palabra de lo que voy a decirte.

Baleti elevó sus cejas y miró con disgusto a Daniel.

—¡Caray, qué desconfiado eres! Ya te prometí una vez que nadie oiría de mis labios nada referente a tu asunto...

—Son muy poderosas las razones que tengo para desconfiar; más para que no creas dudo de ti, te lo diré. También es posible que, una vez haya concluido la guerra, ya no volvamos a vernos; por lo tanto no pienso puedas perjudicarme nunca.

—Hablas como si temieses que yo fuera a delatarte. No ignoras que si éste fuese mi deseo, ya lo podía haber hecho.

—Indudablemente, tienes razón —repuso Daniel, el cual fue diciendo—: Hace dos años y medio yo vivía en Tonopah, un pueblecito de Ohio. Trabajaba en el Banco Miller, y vivía feliz y satisfecho. Tuve la mala idea de encapricharme de Laura, muchacha muy linda, pero coqueta a más no poder. Otro muchacho llamado Philip Layton, hijo de un fabricante de conservas, también estaba algo chalado por Laura. Resultado de todo esto fue que Philip y yo, amigos íntimos que éramos, reñimos por culpa de Laura. Cierta noche, ésta nos citó a Philip y a mí en el mismo lugar y a la misma hora... Bueno, la cuestión es que entre los dos hubo una pequeña pelea que fue observada por varias personas, las cuales oyeron, cuando nos pudieron separar después de habernos zurrado de lo lindo, que yo, exaltado como me hallaba, juré matar a Philip en cuanto le viese... Lo que sucedió después lo ignoro; pero a la mañana siguiente cuando me disponía a salir de casa para acudir a mi trabajo, la policía vino a buscarme, acusándome de haber asesinado a Philip Layton. Por más que juré ser inocente, nadie me creyó. Philip había muerto en una estrecha callejuela cosido a puñaladas.

—¡Diablos! —exclamó Baleti, intrigado en la narración—. ¿Y qué pasó después?

—Pues, ya puedes suponértelo: me llevaron a la cárcel. Como en Tonopah no hay juzgado de lo criminal, un agente de la secreta vino a por mí para llevarme a Toledo. Durante el viaje, aprovechando que el policía se quedó dormido, conseguí arrebatarme la llave de las esposas y librarme de ellas. Pasábamos por un desierto, y, sin dudarlo ni un segundo, me arrojé del tren. Caminé durante horas enteras buscando lugar en donde esconderme. Dormí en pajares, me alimenté de frutas que recogía de los campos. Llevaba dos días vagando de acá para allá, cuando por la carretera

pasó un camión. El conductor paró a mi lado y me dijo si quería subir. Acepté, y me llevó a Indianápolis. Allí me alisté en el Ejército... Y aquí me tienes.

Baleti le miró con muestras de gran extrañeza.

—¿Sabes que eso es realmente asombroso?

—¿Por qué?

Baleti quedóse pensativo. Después contestó:

—Me resulta muy raro que, siendo como eres un huido de la Ley, te admitiesen en el Ejército. Yo sé muy bien lo que sucede cuando un sujeto es perseguido por la Justicia: la «poli» da cuenta a las autoridades militares para que no admitan al perseguido en las fuerzas armadas, y éstas, además, avisan a la policía para que vengan a detenerlo.

Daniel quedóse pasmado.

—No lo entiendo... —balbuceó.

Ambos se miraron en muda interrogación. Así transcurrieron algunos segundos, hasta que Baleti dio un golpe en la espalda de su compañero y dijo:

—Dejemos de pensar en eso. ¿Qué te decidió a hacerte pasar por el que murió en Wake?

—Es muy sencillo: Daniel Corbett era compañero mío; sabía que no tenía parientes, y como daba la casualidad que se llamaba Daniel como yo, pensé hacerme pasar por él, librándome así de responder de un crimen que no he cometido. Le recogerán la chapa de identificación, que era la mía, y será a mí a quien creerán muerto.

—Eres un tío listo, Daniel —repuso Baleti en tono de misterio—. Me gustaría seguir relacionándome contigo una vez termine la guerra,... Haríamos grandes cosas tú y yo juntos...

—Aun no tengo decidido lo que haré cuando esto termine.

—De una cosa puedes estar seguro: por mí nadie sabrá palabra de tu secreto.

Daniel lo miró interrogativamente. Quería creerlo; pero ¿sería verdad? Baleti era un tipo astuto. Daba la sensación de sentirse muy satisfecho de conocer el secreto de Daniel Hardy...

Un momento después eran sacados del calabozo.

CAPÍTULO II

En el mes de agosto de 1945, una Fortaleza volante arrojó la primera bomba atómica. Hiroshima y Nagasaki, las dos ciudades industriales de la isla nipón, sufrieron la destrucción más completa conocida por la Humanidad. En aquel mismo mes el Japón capitulaba, dando así fin a la guerra más espantosa que durante seis años asoló a los pueblos del mundo.

Pasaron años, y las heridas causadas por la lucha se fueron cicatrizando. Pocos eran quienes pensaban en aquellos desdichados días en que la juventud dejaba sus vidas sobre los campos de batalla de distintos lugares de la Tierra.

Cinco años después de terminada la contienda mundial, San Francisco era nido de numerosos delincuentes, los cuales, sin el menor rasgo de seres humanos, cometían toda clase de actos delictivos; unos, traficando en narcóticos y estupefacientes; otros practicaban el gangsterismo, con funestas consecuencias para aquéllos a quienes escogían como víctimas. La policía veíase casi impotente para evitar que los forajidos campasen por sus respetos cometiendo toda clase de fechorías. Los agentes trabajaban infatigables; pero apenas si habían terminado con una banda de burladores de la Ley, cuando ya surgían nuevos casos que atender.

El Departamento federal de investigación, con sede en San Francisco para el Estado de California, tampoco permanecía ocioso: inmensa labor a desarrollar la de sus agentes para combatir el gangsterismo, contrabando de drogas, delitos contra la seguridad del Estado y otras varias formas de crímenes contra la Sociedad.

No transcurría un mes sin que nuevos agentes se incorporasen a la Delegación para suplir a los que habían caído en cumplimiento de su deber.

Hacía aproximadamente tres semanas que Daniel Corbett ingresara en la Delegación de San Francisco procedente de la del

Estado de Luisiana. En ésta había prestado valiosos servicios, por lo que venía precedido de buena fama. Sus dotes de valiente, sagaz, instruido y experto en las lides de cómo tratar a los enemigos de la tranquilidad pública, no eran desconocidos para el inspector Baxter, jefe del

F. B. I.,

en San Francisco.

Daniel Corbett, como ahora se llamaba, había ingresado en el

F. B. I.,

un año después de concluida la guerra. Desde que abandonó el Ejército, nada había vuelto a saber de Joe Baleti. Esto, a pesar de la confianza que había depositado en su compañero de guerra, no le apenaba en absoluto. Vivía más tranquilo sabiendo que el único enterado de su secreto estaba lejos, con lo que no corría peligro de que nadie supiera que él se llamaba Daniel Hardy, acusado de asesinato.

Cierta mañana, como solía hacer a diario, presentóse en el despacho del inspector Baxter para recibir órdenes. Llamó previamente a la puerta e introdujose dentro una vez recibió permiso del inspector. Éste se hallaba rebuscando en los cajones de un mueble archivo, con idea de hallar ciertos papeles que necesitaba. Al ver a Corbett, cesó.

—Estaba esperándole... Siéntese; al momento estoy para usted.

Daniel ocupó una silla que había frente la mesa de despacho.

El inspector, hombre de cuarenta y tantos años, más bien grueso, nariz aguileña, frente despejada y sonrisa simpática, prosiguió husmeando en el archivo. Al cabo de unos segundos dijo:

—¡Ea, ya di con ello! —Y al mismo tiempo fue a sentarse detrás de su mesa.

Tenía un papel en la mano, y, sin dejar de mirarlo, pulsó un botón. Al cabo de pocos instantes un ordenanza abrió la puerta del despacho.

—Lleve este informe a Wallace —ordenó.

Cuando el empleado salió del despacho, los ojos azules del inspector miraron fijamente a Daniel.

—¿Se aburre en San Francisco, Corbett?

—Algo así me ocurre. Creí que trasladándome a esta delegación no tendría un momento de reposo, pero veo que me equivoqué.

—¡Hum! Eso es mucho hablar. Todavía no está al corriente de la cantidad de trabajo que tenemos. Si no le he dado ningún asunto hasta la fecha no se debe a que no tengamos precisión de sus servicios... He querido proporcionarle unos días de reposo antes de comenzar. Pero he aquí que tengo un trabajito que voy a encomendarle a usted...

El rostro de Corbett reflejó el interés que en él despertaba saber que muy pronto había de entrar en acción.

—¿De qué se trata, inspector?

—Es un asunto que la policía se ha visto incapaz de resolver, por lo que nos lo ha endosado a nosotros. Se trata de lo siguiente. Una banda de forajidos tiene atemorizados a varios dueños de establecimientos nocturnos. El truco que emplean para sacarles dinero es el de «proteger» el local. Dueño que se niega a pagar la suma que ellos le exigen, es víctima de un atentado que le cuesta la vida. Antes le hacen, una «visita» al establecimiento barriéndolo a balazos. —Calló unos momentos para sacar de un cajón de la mesa un papel, y luego prosiguió: —En menos de cinco meses que viene funcionando dicha banda, tres *night club* se han visto obligados a cerrar las puertas, ya que sufrieron tal destrozo que precisan hacer grandes reparaciones si quieren proseguir el negocio; casi todo quedó materialmente inservible... He de serle franco: no contamos con la menor pista, pero sí he de decirle que espero de su encomiable espíritu, demostrado tantas veces en la solución de hechos de esta clase, de con los culpables de sucesos tan deplorables.

Daniel Corbett permaneció segundos pensativo, al cabo de los cuales formuló la siguiente pregunta:

—¿Son solamente establecimientos nocturnos los que sufren tales desmanes?

—Sí. Hasta la fecha sólo actúan contra los *night clubs*... ¿Por qué?

Daniel caviló antes de responder:

—Porque resulta algo extraño que únicamente exploten su «negocio» con tales establecimientos...

—Sí... No había pensado en ello.

Durante largo rato ambos federales dialogaron sobre el asunto que a Corbett le habían destinado resolver. Cuando éste salió del

Departamento federal, ya sabía por dónde comenzar las primeras indagaciones sobre el caso.

Tomó el bus en una parada para trasladarse a Sunset. A los pocos minutos el coche le dejaba en el barrio de lujo de San Francisco. Buscó cierta calle, y cuando dio con ella paróse frente a una señorial mansión bordeada de un cuidado jardincillo. Cruzó la verja que rodeaba la casa y llegó frente a la puerta. Leyó el rótulo que en ella estaba puesto, y pulsó luego el timbre.

Pronto apareció una doncella, la cual preguntó al federal, algo desconfiada:

—¿Qué desea, señor?

—La señora Gilbert... ¿Vive aquí?

—Sí; pero ¿qué desea?

—Soy agente del Departamento federal. Quisiera hablar con ella unos minutos.

La criada, sin objetar palabra alguna y demostrando no extrañarse de tal visita, abrió de par en par la puerta para que pasase Corbett.

Éste, una vez dentro, paseó la mirada por la estancia admirando el lujo que reinaba en ella.

—Ahora mismo avisaré su visita a la señora —comunicóle la fámula.

Le invitó a que tomara asiento, y desapareció pasillo adelante. Daniel acercóse a la pared para curiosear unos lienzos de pintura adornados por lujosos marcos.

Al poco rato regresó la criada.

—Haga el favor de seguirme; la señora le recibirá en seguida.

Daniel se dejó guiar de la criada, la cual le llevó a un gabinete.

—Siéntese, que ahora vendrá.

Transcurridos un par de minutos, la puerta del gabinete se abrió, para dar paso a una señora que vestía de luto. Contaría alrededor de cuarenta años, agraciada de facciones, a pesar del dolor que parecía afligirle.

Daniel saludóla amablemente, a lo que ella correspondió de igual manera.

—Tendrá que perdonar sea molestada tantas veces, señora Gilbert. Sólo lo hacemos con el propósito de dar con los asesinos de su esposo.

—Si viene a interrogarme, he de comunicarle que ya lo ha hecho varias veces la policía. Todo cuanto había de decir, ya lo dije.

—Comprendo que, tras el dolor que la muerte de su esposo le habrá ocasionado, le sepa mal que continuamente se la esté molestando. Más quisiera decirle que he leído con interés su declaración a este respecto, y encuentro algunas cosas que desearía, si no le sirve de molestia, me las aclarase, ya que es muy posible que así pueda dar con los culpables de la muerte de su marido.

—Bien... ¿Y qué es ello? —preguntó la viuda—. No tengo el menor deseo de impedir la labor de los que luchan para exterminar a los delincuentes.

—Gracias. No esperaba menos de usted. Quisiera primero fuese relatándome todo cuanto se relacione con lo sucedido a su difunto esposo.

—Lo he contado varias veces. Pero, en fin, volveré a narrarlo. Mi marido, como ya sabrá usted, era dueño del «Fifty Club», uno de los mejores que hay en la calle Darkyn. Todo comenzó una noche en que mi marido, estando en el despacho del club, recibió una llamada telefónica. Era de cierto individuo el cual le ofreció varios tipos de estupefacientes. Mi marido rechazó de plano semejante oferta, diciendo al tal sujeto que si insistía en quererle vender aquel veneno daría cuenta de ello a la policía. El desconocido se puso hecho una furia: amenazó a mi esposo y dijo que le mataría caso de no acceder a venderle las drogas. Mi esposo colgó el auricular y no prestó atención a la amenaza. Dos días después, cuando Fred, que así se llamaba mi marido, ni se acordaba de la amenaza lanzada por el individuo que le habló por teléfono, dos sujetos se le presentaron en el despacho del club. El porte de dichos individuos le hizo sospechar que a nada bueno venían. Preguntóles qué deseaban, y ellos, dando grandes rodeos al asunto que les traía allí, manifestáronle, en primer lugar, que tenían noticias de que alguien quería asesinarle. Dijeron que ellos velarían porque nada le ocurriese, a cambio de que él les pasara semanalmente cierta suma. Ante la negativa de mi marido a dejarse engañar, ellos le anunciaron que se lo pensara bien, pues sabían ciertamente lo que ocurriría al club y a mi esposo si se negaba a dejarse «proteger». Los que ellos dijeron asesinarían a mi esposo, continuaron, eran individuos que pretendían erigirse en dueños de todos los *night clubs*

de la ciudad, y para ello no vacilarían en cometer toda clase de perversidades. Mi marido les obligó a salir de su despacho, no sin antes ellos amenazarle soezmente y decirle que volverían a visitarle para comprobar si había cambiado de opinión.

—¿Por qué no dio cuenta su esposo a la policía de semejante hecho? —le interrumpió Daniel.

—Mi marido no lo creyó conveniente. Después, así lo hizo...; pero cuando ya era tarde. Transcurridos unos días, volvieron aquellos dos hombres. Preguntaron a mi marido si estaba dispuesto a dejarse «proteger» por el sindicato que ellos decían representar. Mi esposo se negó rotundamente a tal pretensión, y les dijo que si no salían del local inmediatamente avisaría a la policía. Semejante amenaza no asustó a los gangsters, sino que incluso se jactaron de que la policía nada podría hacerles, ya que mi marido no podía probar que ellos venían a proponerle aquello. Le comunicaron que de no aceptar indispondríase con el sindicato al cual ellos decían pertenecer, lo que le acarrearía malas consecuencias.

—Perdóneme —interrumpióle Daniel—. ¿Dijeron a qué sindicato se referían?

—No... Mi marido nada me dijo de eso. Esos hombres nunca citan nombres ni dan detalles que puedan comprometerles en caso de no tener éxito su demanda.

—Es lógico. Prosiga; resulta muy interesante.

—Pues, como le iba diciendo, no dieron la menor importancia a la amenaza que mi marido les dirigió refiriéndose a la policía. De muy malos modos le aseguraron se arrepentiría de no aceptarlos como «protectores». Salieron del club lanzando improperios contra mi esposo. Al día siguiente, sin que se llegase a conocer el motivo, en la sala de fiestas, mientras permanecían las luces apagadas, por actuar un número de variedades en la pista, armóse un gran revuelo entre el público. Varios hombres se peleaban, con lo cual el estropicio de mesas, cristalería, sillas y todo cuanto había en la sala fue grande. La broma costó a mi esposo la friolera de más de dos mil dólares. Pero lo curioso fue que al llegar la policía, los causantes del alboroto habían desaparecido. Mi esposo, en seguida comprendió que los organizadores de tal disturbio habían sido los hombres que vinieron a ofrecérsele como «protectores». Esto se lo confirmó la presencia de tales sujetos al día siguiente. Le hicieron

ver lo conveniente que le sería no rechazar su «protección». Mi marido no vaciló, en presencia de ellos, en echar mano al teléfono, con idea de avisar a la policía; pero uno de aquellos malvados apresuróse a evitar que mi marido hiciese uso del aparato cogiéndole por las solapas tirándolo de un empujón al suelo. Seguidamente se marcharon, no sin antes decirle que si no cambiaba de parecer para cuando ellos le llamasen por teléfono, perdería la vida. Red adivinó que aquellos hombres eran capaces de cumplir la amenaza, y ya no dudó ni un instante en ponerse en contacto con la policía y dar cuenta de lo sucedido. Al día siguiente un cordón de agentes rodeó la manzana en la que estaba situado el club. Nada ocurrió, pero cuando a las cuatro de la madrugada mi marido cerró el establecimiento, con idea de venirse a descansar... Bueno, lo que ocurrió fue que la policía encontró el coche de mi marido en las afueras de la ciudad y con él dentro... sin vida...

Daniel había escuchado el relato con gran interés. Cuando la señora Gilbert terminó, él miróla dando muestras de sentirse apenado.

—¡Canallas! —rugió, furioso—. Si consigo dar con ellos, mal lo van a pasar. No sabe cuánto lamento lo ocurrido... Le aseguro que haré todo lo posible para llevar a los causantes a la silla eléctrica.

—Agradezco su interés, aunque con ello no le será devuelta la vida a mi esposo.

—Sí; por desgracia eso es imposible. Pero por lo menos conseguiremos no puedan cometer más atrocidades.

Ella no replicó. Y al observar Corbett que permanecía dubitativa, preguntóle:

—¿No tiene nada más que contarme?

—No —respondió algo turbada—. ¿Por qué lo pregunta?

Él reflexionó antes de contestar:

—Por nada. ¿Piensa continuar con el negocio de su difunto esposo?

—Desde luego que no. Es negocio propio para hombres... Quiero venderlo, y creo que no tardaré en lograrlo, ya que esta misma mañana me ha visitado un caballero que parece estar muy interesado en quedárselo.

Corbett agudizó el oído.

—¡Ah! Qué pronto se ha enterado ese señor de que usted quiere

desprenderse del club.

—Es muy natural. Inserté un anuncio en los periódicos. Tengo necesidad de venderlo cuanto antes, para poderme trasladar a Los Ángeles, donde tengo una hermana con la que pienso vivir. En San Francisco no tengo parientes.

—¡Claro! Es de lo más comprensible... Y... dígame: ese comprador, ¿quién es?

La viuda miró con extrañeza al agente.

—Pues... Espere un segundo; aquí tengo su tarjeta.

Dirigióse a un secreter, abrió uno de los cajones y sacó una cartulina. Se la entregó a Corbett. Éste leyó el nombre y señas del dueño de la tarjeta, y luego se la devolvió a la señora Gilbert.

—¿Sabe este señor el porqué de vender usted el negocio?

—Lo ignoro. Mejor dicho, él no me lo preguntó...

—Bueno, estoy muy agradecido por sus atenciones. Nada más, de momento.

Despidióse de ella y salió de la mansión.

Cuando estuvo a solas empezó a pensar lo que debía hacer. No tardó mucho rato en decidir entrevistarse con el hombre que deseaba comprar el club de la viuda Gilbert.

CAPÍTULO III

Poco después Daniel Corbett estaba frente a una puerta en la cual podía leerse en letras a relieve la siguiente inscripción:

FRANK STRINKER
Agente teatral

Comprobó que éste era el nombre que leyó en la tarjeta. Como la puerta estaba abierta, la empujó suavemente y pasó al interior. Un ordenanza se le presentó, preguntándole con voz rápida:

—¿Qué desea el señor?

—Ver al señor Strinker. ¿Está?

—Si lo que desea es contratar artistas, puede entrevistarse con la señorita Flirmont. El señor Strinker se halla tan ocupado que ignoro si podrá atenderle. Siéntese ahí y espere. Veré si le es posible recibirle... ¿Quién debo anunciarle?

—He... Dile que se trata de un asunto... Bueno, el señor Corbett.

El muchacho se alejó, tarareando una melodía, pasillo adelante.

Daniel acomodóse en un sofá y encendió un cigarrillo. Cogió una revista para hojearla, cuando llamó su atención el ruido producido por una puerta al cerrarse de un fuerte portazo dado por un sujeto que parecía poseído de súbita rabia. El tal individuo abrió la puerta de la escalera y salió de la agencia. Corbett frunció el ceño y quedó pensativo. En aquel momento apareció el ordenanza. Venía tan alegre como marchó, y habló con la misma rapidez que antes:

—El señor Strinker, tal como le dije antes, debido a la gran cantidad de trabajo que tiene en estos momentos, siente de veras no poderle atender. Le ruega pase cualquier otro rato si no desea entrevistarse con la señorita Flirmont.

—Bien; ya volveré... Vas más aprisa hablando que un

taxímetro...

El chico miró estupefacto al federal mientras éste salía de la estancia.

—¡Diablo! ¿Por qué habrá dicho eso? —se preguntó.

Corbett bajó rápidamente las escaleras. Ya en la calle vio al que había salido de la agencia. Le reconoció al momento. Era un tipo de elevada estatura y cara de gorila. Caminaba despreocupadamente mientras saboreaba un cigarrillo. Parecía como si ya no estuviese tan enfadado como cuando dio el portazo. Decidió seguirle. Le daba la corazonada de que aquél hombre no tenía ni un pelo de buena persona.

Caminaba tras él con cautela, observando sus gestos y sus movimientos. Mientras tanto, pensaba en la relación que podía tener con Strinker semejante tipo. Éste no tardó en llegar a una callejuela sin salida. El federal, protegido tras un árbol para no ser visto, observó como el tal sujeto llamaba con los nudillos a una puerta. Ésta no tardó en abrirse y el individuo desapareció en el interior.

Corbett, tras abandonar su escondrijo, llegó hasta aquella puerta, en la que leíase un rótulo que decía:

«MARYLAND CLUB»
Entrada de mercancías

Regresó a la calle ancha por la que comunicábase con la estrecha. Entonces fijóse en la entrada principal del «Maryland», que permanecía cerrado.

—¡Hola! —exclamó para sí—. Aquí hay algo raro.

A pesar de que nada de importancia había logrado con seguir al individuo que penetró, en el club, algo decíale que su tiempo no había sido perdido. Tras asegurarse del lugar en que se hallaba enclavado el club, se alejó de allí, pero con el propósito de volver horas más tarde, cuando el «Maryland» abriese sus puertas.

Al llegar la noche, Corbett penetró en el «Maryland». La sala, amplia y bien adornada, hallábase repleta de clientes. La orquesta desgranaba una melodía al son de la cual danzaban en la pista numerosas parejas. En la barra del mostrador, cuatro hombres que

la atendían veíanse incapaces de servir a la gran concurrencia de parroquianos que solicitaban bebidas de toda clase; tal era la animación como concurrencia que llenaba la amplia sala del *night club*.

Corbett, después de echar un rápido vistazo alrededor suyo, se dirigió al mostrador, y esperó turno para solicitar un trago. Del mejor modo posible acomodóse ante la barra dispuesto a saborear la ración de *whisky* que le sirvieron. Acababa de dejar la copa, después de vaciar su contenido, cuando sus ojos se fijaron en dos tipos que descendían por una escalera de mármol. Al momento reconoció a uno de ellos. Se trataba del mismo a quien había seguido desde la agencia artística de Strinker; el otro que iba junto a aquél...

—¡Diablos! —exclamó mientras sus pupilas se dilataban—. Pero... ¡si es Joe Baleti!

Al momento circularon por su mente diversas ideas en tropel, no permitiéndole poner en orden sus pensamientos.

—Mira por dónde... —murmuró—. ¿Qué tendrá Baleti que ver con ese tipo?

Asustóle un pensamiento. Vaciló al no saber que hacer. Decidió ir a saludarle, aunque su instinto advirtióle que no debía confiar en su antiguo compañero. Pensó en la coartada que debía prepararse para no dejar entrever el asunto que le había llevado al «Maryland». Además, imposible olvidar que Baleti era el único conocedor de su secreto. Esto le atemorizó.

Permaneció segundos indeciso. Estaba por salir del establecimiento sin darse a ver de Baleti. Más pronto recordó el juramento de fidelidad hecho al recibir el nombramiento de agente federal en Quántico. Y esto fue lo que pudo más que su temor a que Baleti le hiciera una mala faena. Abonó lo consumido y encaminóse al encuentro de Baleti. Éste y su acompañante habían bajado la escalera, y, sin prestar atención a los que estaban a su alrededor, se disponían a introducirse por un corredor. Corbett pasó rozándoles, como el que no les conoce, al tiempo que daba a Baleti un leve empujón que llamó la atención de éste.

—Cuidado con... ¡Pero, qué ven mis ojos! —exclamó al darse cuenta de quién era el causante de su ira.

—¡Joe Baleti! ¿Cómo tú por aquí?

—Eso digo yo... ¿Qué es de tu vida?

Ambos se estrecharon la mano calurosamente, mientras el acompañante de Baleti les miraba absorto y con muda incertidumbre.

—Este encuentro hay que celebrarlo —propuso Baleti, mostrando su alegría—. ¡Ea, sube conmigo, Daniel!

Echó escaleras arriba, seguido de Corbett y el otro individuo, el cual no quitaba ojo del federal. Llegaron ante una puerta, y Baleti sacó un manojo de llaves, con una de las cuales abrió la puerta. Era un magnífico despacho adornado a todo lujo. Pasaron al interior.

—¡Vaya, vaya! Mira por donde encuentro a mi buen amigo Daniel... ¡Harry, quiero presentarte a Daniel! Fue mi compañero durante la guerra. ¡Es un excelente muchacho!

Corbett y el individuo a quien siguió desde, la agencia, saludáronse afectuosamente.

Baleti parecía contentísimo de haberse encontrado con Daniel. No cesaba de mirarle y darle leves golpecitos en el hombro. Corbett paseó su vista por el recinto, como el que se halla admirado de ver lo que contempla.

—¿Te gusta mí «cueva»? —preguntóle Baleti.

—No vayas a decirme que esto es tuyo —repuso Corbett.

—¿Te extraña?

—¿Es tuyo?

—¡Pues claro! ¡Anda, Harry, sube una botella de lo bueno para obsequiar a mi amigo!

El aludido salió de la estancia. Corbett dejóse caer en un mullido sillón, dando muestras de gran placer.

—Pues, chico, no me lo explico. Todo esto debe valer una fortuna. ¿Dónde la conseguiste?

—Es muy largo de explicar —contestó Baleti, al tiempo que miraba al federal, tolerante.

Corbett, fingiéndose deslumbrado por lo que poseía Baleti, dijo a éste:

—Has debido tener mucha suerte desde que dejaste el Ejército...

Baleti no contestó; limitóse a sacar una pitillera de plata y alargó un cigarrillo a Daniel.

—Debe causarte extrañeza, ¿no es así? —preguntó con cierta ironía.

—¡Pues no ha de extrañarme!...

—¿A qué te dedicas tú, Daniel?

Éste quedó unos segundos pensativo, al cabo de los cuales respondió:

—La verdad es que yo no he tenido tanta suerte como tú. Me da no sé qué decírtelo, pero... ni tengo trabajo ni dinero. ¡Soy un fracasado!

Baleti, que era astuto, no se tragó lo dicho por Daniel. Observó que iba bien vestido y no daba muestras de pasar necesidades. Claro que no se imaginó que fuese un agente de la Ley, pero le extrañó que Daniel quisiera aparentar lo que realmente no era. Dio larga chupada al cigarrillo, y mientras expelía con placer el humo por la boca, paseó su mano por la mejilla. Permaneció así varios segundos, hasta que cansado de examinar detenidamente a Corbett, le dijo:

—No te veo mal aspecto, Daniel. Juraría que no te has quedado ningún día sin comer...

—Es que tanto como eso yo no he dicho. Comparando lo que tú posees a lo que yo tengo, te diré que lo mío es una gota de agua y lo tuyo un océano. Porque este local debe valer una fortuna.

—Si tus bolsillos están tan depauperados como dices, te aseguro que no podrías ni comprar una centésima parte de este club.

—¿Es que piensas venderlo? —preguntó Corbett, avisado.

—No, no he querido decir eso... —Y cambiando de conversación: —¿Qué haces en «Frisco»?

—Pulular, ya que sólo estoy aquí desde hace una semana y todavía no he hallado colocación.

—¿Qué sabes hacer? —apresuróse a inquirir.

Corbett reflexionó antes de responder:

—He trabajado en muchas cosas, pero sin especializarme en ninguna...

Baleti frunció el ceño, dubitativo. Dejó el cigarrillo en el cenicero que había encima de la mesa y, sin mirar a Corbett, le dijo:

—No creo te importe probar otro trabajo, ¿eh, Daniel?

El federal sintió que en su garganta se le formaba un nudo, aunque sin saber el motivo. Presintió que Baleti iba a proponerle algo denigrante. Pero decidió proseguir, hasta saber adónde iría a parar el dueño del «Maryland».

—No tengo el menor inconveniente —respondió del modo más

natural posible—. Ten en cuenta que ando muy escaso de dólares, y para obtener algunos no ignoro que habré de trabajar. ¿Es que piensas darme ocupación?

Baleti iba a responder, pero no llegó a pronunciar palabra, porque la puerta del despacho abrióse para dar paso a Harry, el cual era portador de una botella de champaña y tres copas. Depositó lo que trajó encima de la mesa, al tiempo que dijo:

—¡Muchachos, el champaña de las grandes solemnidades!

Dicho esto, comenzó a descorchar la botella bajo la mirada contempladora de Baleti y Corbett. Cuando las tres copas estuvieron llenas, cada cual cogió una. Baleti alzó la suya y brindó:

—Porque este encuentro sea duradero, Daniel.

Los tres chocaron los cristales y bebieron el espumoso líquido.

Cuando depositaron las copas, ya vacías, encima de la mesa, Baleti volvió a dar suaves golpecitos en la espalda de Corbett, diciendo:

—Bien, hombre, bien. No sabes cuánto me alegra que nos hayamos podido encontrar. Espero que ahora no volvamos a separarnos...

—¿Y qué hay del trabajo del cual me has hablado hace unos instantes?

—Pues..., que es tuyo, si lo deseas.

—Pero si todavía ignoro si se adaptará a mis aptitudes... ¿De qué se trata?

—Es una clase de trabajo para el que yo sé con certeza que tú sirves... Ya discutiremos los pormenores. Ahora ven, quiero presentarte a los que serán tus compañeros.

Los tres hombres salieron del despacho. Harry no decía palabra, pero miraba a Daniel de reojo, no pareciendo estar muy conforme con la confianza que Baleti depositaba en el desconocido.

Caminaban por el pasillo, cuando de cara a ellos, venía una joven. Llevaba en la mano unos cuantos papeles. Tenía unos ojos azules preciosos; cabellos largos, rubios y ondulados; vestía, con elegancia, un traje de corte sastre, en la solapa del cual lucía una orquídea; su edad no excedería los veintitrés años, y poseía un rostro muy agraciado, que logró interesar a Daniel. Cuando la joven llegó a la altura de Baleti, éste la saludó, diciendo:

—¡Hola, encanto!

Ella se paró, al tiempo que sus rojos labios hacían un feo mohín, dando a entender la poca gracia que le había hecho el piropo de Baleti.

—Venía a enseñarle estas facturas, para que las repasara, antes de archivarlas. ¿Puede hacerlo ahora?

La voz de la joven, a pesar de que debía ser muy agradable, esta vez sonó áspera y cortante. De ello dedujo Daniel, que tan linda muchacha no debía profesar a Baleti gran simpatía. Este miróla acariciadoramente, y, tras de hojear las facturas, repuso:

—Lamento no poder atenderla, Susana. Como ve, estoy ocupado con estos amigos con quienes he de tratar unos asuntos. Así, pues, déjelas encima de mi mesa, que ya les echaré un vistazo otro rato.

La joven miró con repugnancia a Harry y a Daniel, y desapareció pasillo adelante.

—¿Qué te ha parecido la chica, Daniel? —preguntó Baleti.

—Pues ella muy bien, pero la mirada que nos ha lanzado, y especialmente a ti, no me ha resultado nada agradable.

Corbett observó a sus dos acompañantes, viendo que sonreían enigmáticamente.

—¿Por qué sonreís de esa manera? ¿Es que he dicho alguna tontería? —les preguntó.

—Es difícil que lo comprendas —replicó Harry, con voz tolerante.

—Sí; eso es —afirmó Baleti—; no lo entenderías. Quizá cuando lleves algún tiempo conmigo, sabrás la causa de que Susana nos tenga ojeriza...

Corbett no rechistó. En su mente volvían a circular las más diversas ideas, comprendiendo que Baleti encerraba todo un misterio. Desde que siguiera a Harry cuando éste salió dando un portazo en casa de Strinker, sólo misterio había hallado a su alrededor. ¿Qué relación habría entre el agente artístico, Harry y Baleti?

CAPÍTULO IV

Seis individuos, tipos duros todos, en mangas de camisa, entreteníanse en disputar una partida de billar americano. Algunos llevaban puesto el sombrero en la cabeza, algo ladeado; otros tenían en la comisura de los labios un cigarrillo; pero todos clavaron sus miradas en Baleti, haciéndolo con más minuciosidad en Daniel, al percatarse de que éste venía al lado de Harry y de Baleti.

—¡Muchachos, quiero presentaros a mi amigo, Daniel Corbett! —gritóles el dueño del «Maryland». Los seis tipos saludaron, cada cual a su manera, a Daniel. Éste quedó petrificado. Conocía sobradamente cuándo estaba frente a seres que se burlan de la Ley; y a no dudarlos, aquellos sujetos no podían ser otra cosa.

Respondió al saludo que le otorgaron los seis tipos aquéllos, y después paseó su mirada alrededor suyo, observando que se hallaba en un amplio recinto, lugar que se usaba, sin duda alguna, para toda clase de juegos ilícitos. En su interior sintió alegría y temor al mismo tiempo. Alegría al saber que su pista le había conducido a una guarida de «gangsters» y temor porque sabía que de ser Baleti el jefe, nada podría hacer en contra de él, so pena de arriesgarse a que éste delatara el secreto que conocía de su persona.

—Bueno, muchachos, he de deciros que, desde este momento, Daniel entra a formar parte en mi nómina. Con esto quiero decir que podéis considerarlo compañero vuestro, ya que fue durante la guerra mi mejor amigo. Incluso le debo, quizá, la vida. ¿No es cierto, Daniel? —preguntó a éste, en tono de misterio, mientras sus labios formaban un rictus que no agradó a Corbett.

Semejante declaración fue recibida por aquella pandilla de indeseables con muestras de agrado.

—Sí, amigos, sí. Daniel, él solito, fue quien terminó con todos cuantos «chimpancés» quedaron en pie después de la gran batalla sostenida en la isla Wake. Gracias a él, la bandera de nuestro

batallón ondeó en la cúspide de la montaña.

Corbett miraba a Baleti sin comprender a qué venía alabase tanto su comportamiento en Wake. Estaba exagerando lo ocurrido. No sabía el por qué, pero aquello le dio mala espina...

Baleti prosiguió hablando, siendo escuchadas sus palabras con interés por cuantos le oyeron:

—Daniel es un muchacho sagaz, valiente, y, como todos vosotros, con deseos de prosperar. Creo que a nuestro lado estará muy a gusto. Espero lo tratéis como se merece —miró a Corbett indolentemente, y añadió—: Él me debe también favores, por lo cual espero sepa agradecer la ocasión que le brindo, no olvidando lo que hice por él.

Tales frases consiguieron que Corbett hubiese de apretar la mandíbula, mientras sus puños se cerraban con fiera. Ya no le quedaban dudas acerca de lo que encerraban las frases de Baleti. Bien claro le daba a comprender que debía portarse a su lado lealmente, si no quería que su secreto fuese descubierto.

—Bueno, Daniel, ya has conocido a los que de hoy en adelante serán tus compañeros de trabajo. Sería muy penoso, tanto para ti como para mí, que no nos entiésemos, ¿no te parece?

Ninguno de los que oyeron tales palabras comprendieron el significado de las mismas, exceptuando, claro está, a Corbett, quien lanzó una mirada rencorosa a Baleti, que pasó desapercibida por éste.

Dentro de su ser nació un infinito odio hacia Baleti. Ahora es cuando comprendía la razón del reparo que siempre sintió hacia su amistad. No era más que un sinvergüenza, que no vacilaría en perderle si no se avenía a lo que le propusiera.

—No sé por qué no hemos de entendernos —repuso, disimulando su rabia—. A todo esto todavía no me has dicho en qué habré de ocuparme...

—Tú no te preocupes —contestóle, sonriente—. Cuando llegue la hora de trabajar, trabajarás. De todas formas te daré quinientos semanales, de momento. ¿Necesitas algún dinero?

—No. Por ahora, no.

—Pues en tal caso, sólo me resta decirte que puedes quedarte aquí, si lo deseas. Yo he de ocuparme de unos asuntos con Harry. Ya nos iremos viendo...

Harry intervino para decir:

—Convendría que le enseñásemos la entrada de la callejuela. Si ha de venir a horas que el local permanece cerrado, bien ha de conocer por donde ha de llamar.

—¡Es verdad! —exclamó Baleti, y dirigiéndose a Daniel le dijo —: Síguenos; vamos a mostrarte por donde deberás llamar cuando vengas a reunirte con nosotros.

Salieron del recinto y dirigiéronse escaleras abajo. Al llegar a la sala de fiestas, torcieron por un pasillo oscuro.

Corbett adivinó que iban a mostrarle la entrada por la que pasó Harry. Así fue. Llegaron a dicha puerta y Baleti abrióla.

—Ves, esta puerta da al exterior. Por aquí deberás venir. Das tres suaves golpes en ella y se te abrirá.

—De acuerdo —contestó Corbett.

Regresaron a la amplia sala de fiestas. Baleti le dijo:

—Puedes quedarte o marchar; lo que prefieras.

—Me quedaré un rato, antes de irme a dormir. ¿Cuándo he de venir a «trabajar»?

Baleti le obsequió con una sonrisita de tolerancia.

—Con venir después del mediodía, ya está bien. Aquí no se aprieta... Te aseguro que estarás muy a gusto.

Corbett sonrióle sin ganas. Se estrecharon la mano. Baleti, seguido de Harry, separóse del federal quedándose éste observándolo cómo desaparecía escaleras arriba.

Por un momento pasó por su imaginación la idea de seguirles para conocer lo que iban a hacer o hablar; pero algo que divisó bajando por la escalera le hizo cambiar de opinión. Se trataba de Susana. Descendía lentamente, mientras colocábase los guantes. Corbett no cesó de mirarla hasta verla desaparecer por la puerta de salida. De repente se le ocurrió seguirla y hablar con ella. Era indudable que aquella muchacha conocería algunas cosas de Baleti, y, como no parecía tenerle mucha simpatía, quizá fuese posible sonsacarle algo. Así pues, dióse la mayor prisa en abandonar el «*night club*», temiendo que ya no pudiera encontrarla.

Llegó a la calle. Viola a escasa distancia esperando que pasara un automóvil para cruzar la calzada. De unos cuantos pasos llegó junto a ella.

—Perdóneme, señorita —la saludó tocándose el ala del

sombrero.

La joven le miró entre extrañada y confusa. No debió reconocerlo, ya que preguntó:

—¿Quién es usted y qué desea?

—Mi nombre no importa. Quisiera hablar con usted unos momentos.

Ella le observó astutamente y pareció reconocerlo, pues, mirándole atrevidamente espetó:

—Mis horas de trabajo han concluido. Dígale a su jefe que al menos me permita ir a descansar después de cumplir con mi labor.

Dicho esto, se alejó del federal rápidamente. Éste, que no esperaba tal brusquedad por parte de la joven, quedó indeciso. Más pronto reaccionó y siguió tras ella. Al alcanzarla, le dijo:

—No tome a mal mi insistencia. Tengo necesidad de hablarle y es...

Callóse al ver que la joven se paraba y dirigíale una mirada de fiera.

—Creo haberle dicho que deseo irme a dormir. Y en cuanto a lo de tener precisión de hablarme, yo no siento el menor deseo de oír lo que pueda usted contarme. Así que déjeme en paz...

—Pero si no sabe lo...

—Su pesadez me está resultando molesta. O cesa de importunarme, o tendré que acudir a un agente. Aunque, claro, a los de su calaña no les asusta la policía, ¿verdad?

Corbett la cogió de un brazo, impidiéndole que se alejara.

—Está equivocada en lo que supone de mí. No soy lo que se imagina; de esto es precisamente de lo que he de hablarle.

—No le comprendo —repuso ella, librándose de la opresión ejercida por Corbett en su brazo, en tono irónico—. ¿Es que cambia de táctica el «amo» para con sus «esclavos»?

—Ignoro a lo que se refiere; pero si es de Baleti, le diré que yo no soy su esclavo.

—No, si yo no he dicho que usted sea un esclavo, aunque me supongo debe ser uno de sus compinches; al decir esclavo, me refería a mí misma...

—No se moleste en proferir insultos contra mí; primero, que no me hacen mella, y segundo, que...

—No es necesario que continúe —le interrumpió ella, mordaz—.

Ya lo sé; todos los de su calaña tienen el rostro muy duro.

—No quisiera enfadarme con usted... Me está conceptuando de una manera errónea. ¿Por qué profesa a Baleti tanto odio?

La joven volvió a mirarle con extrañeza. Daba la sensación de no comprender como era posible que Daniel no supiera lo que acababa de preguntarle.

—Formule esa pregunta a Baleti; él le responderá —terminó por decirle.

El federal quedóse profundamente sorprendido, y más cuando vio que la joven se alejaba. Salió pronto de su ostracismo y volvió a seguirla. La alcanzó en el momento que ella doblaba una esquina.

—Debería tener más confianza en mí y contarme sus cuitas... Es posible que yo le aclarase algunas cosas que podrían interesarle...

Susana paróse.

—Sí —dijo él—. Me he dado perfecta cuenta de la aversión que profesa a Baleti. Si se decidiera a explicarme el motivo de su odio, es posible que yo pudiese ayudarla a que dejara de temer a Baleti. ¿Acaso cree que no me he dado cuenta de que usted le teme?

Ella miróle como si el federal fuese cosa rara.

—Lo cierto es que no sé qué pensar de usted... ¿Está chiflado, intenta tomarme el pelo o dice la verdad...?

—Piense esto último y acertará.

Ella tuvo un momento de vacilación. Volvió a reanudar la marcha. Esta vez iba a paso lento, seguida por Corbett.

—Bueno, ¿qué me dice? —preguntóle él, ante su silencio.

—No dudo de que pueda ser sincero conmigo —respondió con voz insegura—. Más no tengo nada que contarle...

—No mienta, Susana —atrevióse a llamarla por su nombre—. ¿No le parece hartó extraño que odiando como odia a Baleti trabaje en su casa? Indudablemente que algo raro hay en todo esto. ¿Por qué no lo aclara? Le aseguro que nadie del «Maryland» conocerá lo que usted me cuente.

—Y a todo esto, ¿usted quién es y qué pretende de mí? —inquirióle ella, perpleja.

—Si usted no se fía de mí al no quererme confiar sus cosas, yo no tengo por qué fiarme de usted, diciéndole quién soy y lo que pretendo, ¿no le parece?

—Desde luego tiene razón. En tal caso, lo mejor será que nos

separemos —propuso ella, molesta por las palabras de Corbett.

Éste chasqueó la lengua.

—Lástima que no colaboremos juntos.

—Enfrente vivo yo —dijo ella, con ánimo de terminar la polémica—. Es tarde y deseo acostarme.

Él la vio cruzar la calzada e introducirse en un amplio portal. Observó que Susana, antes de desaparecer de su vista lanzóle una mirada, mientras cerraba el portal.

Corbett sonrió para sí y luego se puso en camino, en dirección al «Maryland». Mientras andaba, no cesaba de pensar en los motivos que podía tener la joven para odiar a Baleti. Por más que se exprimía el cerebro, no hallaba causa que justificase el odio de la joven. Pensó que cuando lograra entablar una relación más profunda con Susana, ésta le sacaría de dudas.

Después repasó cuánto había sucedido desde su encuentro con Baleti. Era indudable, según su criterio, que el dueño del «Club Maryland» no podía ser más que un mal elemento, y que algo turbio llevaba entre sus manos. Pero lo grave del caso era, a juzgar por lo que le había insinuado, que él tendría que prestarse a su juego, por temor a que descubriese su secreto. ¡Mala papeleta le esperaba!

Corbett, tal como tantas veces lo había demostrado, no era ningún cobarde; pero el temor de que Baleti denunciara a las autoridades su verdadero nombre, y las consecuencias que esto podría ocasionarle, consiguió que su ánimo se doblegara por unos momentos, haciéndole concebir la idea de abandonar el caso que llevaba entre manos, prestando a su jefe un informe, que dijese había fracasado en su labor. Semejante cobardía le horrorizó. Su espíritu de federal rebelóse contra tal pensamiento. Su lealtad al cargo jurado, hubo de reconocer, podía más que su deseo de conservación.

Seguiría adelante hasta averiguar el juego de Baleti y aquella pandilla de indeseables que le rodeaban, aunque casi tenía la certeza de que los hombres de Baleti no podían ser más que «gangsters». Incluso pensó en la posibilidad de que tales individuos fueran los que formaban el sindicato «protector» de establecimientos nocturnos.

—¿Qué relación tendrá Strinker con Baleti? —se preguntó—. ¿Por qué salió Harry de tan pésimo humor de la agencia artística?

No era fácil su cometido. Mucho tendría que trabajar para esclarecer tanto misterio, y siempre con el temor de que Baleti le hiciese objeto de venganza. Y pensó que si hubiese matado a Baleti cuando tuvo ocasión en Wake, probablemente ahora se ahorraría muchos disgustos. Mientras Baleti viviera, aunque no fuese ningún delincuente, siempre pendería sobre su cabeza gran peligro.

Llegó a la puerta del «Maryland», casi sin percatarse de ello, debido a que su pensamiento estaba tan ocupado que apenas si se daba cuenta de por dónde iba.

Penetrando en el local, dirigióse al mostrador. Pidió al camarero le sirviera una copa de ginebra. Y cuando ya se disponía a vaciar su contenido, sus ojos se fijaron en dos individuos que bajaban presurosos por la escalera. Eran dos de los seis que conoció en la sala de billares. Parecían tener mucha prisa, ya que pasaron muy cerca de él a buen paso, viéndolos, luego, como salían del local.

A Corbett le intrigó la prisa demostrada por tales individuos. Dejó la bebida tal como se la habían servido y salió del «club» tras ellos. Violes meterse por la bocacalle estrecha. En la calzada había un automóvil parado y a él se dirigieron los dos hombres. Corbett acercóse al vehículo, por detrás, y oyó que decía uno de ellos:

—Ya has oído al jefe; tienes que «cargártelo» sin darle tiempo a pronunciar palabra. Strinker ya sólo molesta, y por lo tanto...

No pudo oír nada más, porque el coche arrancó, torciendo en seguida la callejuela.

De una cosa pudo cerciorarse Corbett: de que aquellos hombres se disponían a asesinar a Strinker. No lo dudó un segundo: Corrió hasta salir de la estrecha callejuela, y parando un «taxi», ordenó al conductor siguiera al vehículo de los «gangsters». Éstos no se percataron de que eran seguidos; llevaban el coche a velocidad moderada. Corbett, dentro del «taxi», miraba con atención los lugares por donde se dirigían sus perseguidos, quienes tomaron el puente colgante que separa San Francisco de la ciudad de Oakland. En breves minutos cruzaron dicho puente e internáronse en la citada ciudad. Continuaron por una amplia avenida, hasta torcerla para adentrarse en la «Center Square». Aquí tomaron la calle Oeste, cuyos edificios son pequeñas mansiones de una y dos plantas, y las bien cuidadas aceras se ven bordeadas de frondosos álamos.

Delante de una de estas pequeñas casas frenó el automóvil de los

«gangsters». Corbett ordenó al «taxista» que parase, lejos de donde estaba situado el coche de sus perseguidos. Abonó el importe y despidió al «taxi».

Con todo género de precauciones, fue aproximándose al vehículo de los compinches de Baleti. Uno de éstos había salido ya del coche y se introdujo en la casa de enfrente, a través de una ventana que permanecía abierta. El que permanecía en el automóvil, no se percató de la presencia de Corbett, quien se hallaba a pocos pasos de él. El federal echó mano a su funda sobaquera, sacando la pistola. Con ella en la mano, descargó sobre la cabeza del que posaba en el coche un tremendo golpe de culata, que sonó a macizo. El hombre sintió un agudo dolor, algo así como si un tabique se le desplomase aprisionándole la cabeza, quedando en seguida sumido en la inconsciencia, con un chichón muy abultado en la parte que recibió tan contundente «caricia». Incluyó la cabeza, y en sus labios apareció una mueca de dolorosa sorpresa.

Sin preocuparse del golpeado, Corbett se dirigió a la ventana por la que había visto saltar al forajido, e hizo lo mismo.

Se halló en la más profunda obscuridad, además de un completo silencio, que sólo era roto por el leve sonido de su respiración. Guiándose puesta la mano en la pared, consiguió llegar hasta una puerta, la cual permanecía abierta, lo que aprovechó para salir por ella. De nuevo encontróse rodeado por las tinieblas más intensas.

Presintió que alguien le acechaba. Quiso echar mano a su pistola, pero llegó tarde, pues unas manos, que semejaban garfios de acero, le apretaron la garganta, clavándole además los dedos en su carne, como las garras de un lobo hambriento. Los ojos y lengua de Corbett parecía que iban a salirse de sitio, a consecuencia de la horrible presión que su enemigo le ejercía en el cuello. Sintió penetrar por su olfato, al respirar con todas sus fuerzas, un aliento fétido que provenía de su enemigo, el cual jadeaba como una bestia rabiosa.



Noto que alguien le acechaba

Desesperado, hundió, con gran potencia, su puño en el estómago de su atacante, logrando asestar tan contundente golpe que su rival lo acusó, echándose hacia atrás, mientras que de su boca se escapaba un juramento de rabia y dolor. Corbett creyó adivinar que el bandido se retorció presa de intenso dolor sordo, con las manos

puestas en el vientre. Daniel no le dejó rehacerse. Abalanzóse con violencia hacia él, martilleándole el rostro con ambos puños, que se ceñían demoledores, golpeando, sin tregua, pómulos, cejas y boca de su enemigo. Éste bastante hacía con apoyarse de espalda a la pared, tratando de contener aquel alud de golpes que Corbett le propinaba. Cuando vio que, de no reaccionar pronto, éste terminaría por derribarlo deshecho a golpes, con acopio de sus desfallecidas fuerzas y poseído de infinita rabia, alargó su pie, notando que se hundía en el pecho de su contrario, como una mole, derribándolo lejos de sí y chocando en la caída con un mueble, que quedó destrozado.

Daniel sintió el más horrible de los dolores, como si una grúa se hubiese descargado sobre él, hundiéndole el pecho. Vióse rodeado de astillas, y víctima de horrible sufrimiento.

Cuando pasados los primeros dolores hizo un esfuerzo, para levantarse y lanzarse sobre su rival, éste se escabullía por una puerta. Salió tras él, dispuesto a hacerle pagar cara su agresión tan brutal. Al momento de cruzar la puerta y penetrar en la otra habitación, una voz, temerosa, quebró el silencio, al preguntar:

—¿Quién anda por ahí?

La respuesta se la dio el fogonazo de una pistola, provista de silenciador, que rasgó durante un segundo las tinieblas del cuarto, con su leve haz de luz, oyéndose además el ronco sonido de la explosión.

Corbett, guiado por el resplandor del fogonazo, divisó la alta silueta del que había disparado. Arrojóse contra él, de un largo salto, asestándole un soberbio derechazo en plena quijada, que obligó a lanzar un ¡ay!, de dolor al agredido, quien sufrió la rotura del labio inferior. Los dos hombres se enzarzaron en brutal pelea. El forajido no podía competir con la rapidez y fuerza del agente federal, quien, poseído de incontenible fiereza, manejaba sus puños con singular maestría, buscando los puntos más débiles de su rival, deseoso de terminar de una vez con él. Éste sentía que sus piernas flaqueaban a cada puñetazo que Corbett le asestaba, notando, además, que la cabeza le retumbaba, como si fuera a partirsele.

El federal, decidido a poner término a la pelea, arremetió a su rival con fuerte «*upercutt*», que lo levantó del suelo varios palmos y lo lanzó sobre el marco de una ventana, lejos de sí. El forajido notó

que su espina dorsal se doblaba al dar con el quicio, al tiempo que lanzaba al aire una exclamación de sufrido lamento.

Corbett se dispuso a echarse sobre él, pero el muy cobarde aprovechó el encontrarse junto a la ventana para ganar de un salto el exterior. Cuando Corbett quiso reaccionar, ya el tal sujeto llegaba al automóvil. Abandonó, pues, su persecución.

Decidió averiguar si el disparo causó víctima. Buscó el interruptor de la luz, no tardando en hallarlo. Al llenarse la estancia de luz, divisó estirado en la cama, boca abajo, a un individuo. Mientras tanto, el forajido trataba de reanimar a su compañero diciéndole:

—¡Rossi, Rossi, despierta, dormilón!

Imaginábase que el tal Rossi había quedado dormido mientras él luchaba con el federal. Cuando logró espabilar al inconsciente, oyó que éste decía:

—¿Quién diablos me ha golpeado? ¡No gastes estas bromas, Conny!

—¿Pero qué diablos hablas, Rossi? ¿Pretendes que fui yo quien te golpeó? ¿Qué te ha pasado?

Se colocó al volante dando un empujón a su compañero, el cual le miraba estupefacto.

—¿Pero qué clase de broma es ésta? —desesperó Rossi—. Me golpeas y luego preguntas qué me ha pasado.

—¡Yo no he sido, estúpido! —rugió, fuera de sí Conny, al tiempo que emprendía la marcha.

Dentro de la casa, Corbett comprobaba que Strinker, no podía ser otro, no había recibido el menor rasguño, aunque llevaba el pánico reflejado en el rostro.

—¿Quién es usted y qué hace en mi casa? —preguntó a Corbett una vez incorporado del lecho. El federal miró detenidamente a Strinker. Observó que era delgaducho y bajito. Cara de pillastre y muy nervioso.

—Usted debe ser Strinker, ¿no es así?

—¿Qué se lo hace suponer? —preguntó mordaz—. ¿Acaso no lo sabe muy bien? Y quisiera me aclarase el por qué de verlo aquí, en mi casa. Sepa que el allanamiento de morada es castigado; y más si se pretende asesinar al que la ocupa.

—¿Ha terminado? —le preguntó Corbett, que ya estaba cansado

de soportar lo que Strinker quería decirle—. Ha de saber que gracias a mí no es usted cadáver a estas horas.

Strinker tembló, mientras sus ojillos, de ave de rapiña, miraban al federal como si sufriera una alucinación. Reflexionó breves instantes y luego dijo:

—Yo ignoraba...

—¿Qué es lo que ignoraba? —le atajó Daniel.

—¿Es usted agente de la policía?

—Soy del departamento federal, ¿por qué?

Strinker mostróse desconfiado, al tiempo que su rostro daba señales de nerviosismo.

—¿Pop qué querían asesinarle?...

Strinker no respondió. Estaba pálido y daba la sensación de querer terminar cuanto antes su diálogo con el federal. Éste volvió a insistir:

—¿No quiere decirme los motivos por los que pretendían asesinarle?

Strinker permanecía de espaldas a Corbett, mientras se ajustaba el cinturón del batín que acababa de ponerse. Al oír la misma pregunta formulada por el federal, volvió el rostro a éste, y con voz insegura respondió:

—No puedo decírselo... porque no lo sé...

Corbett miróle de soslayo.

—Está mintiendo, señor Strinker. Sabe perfectamente quiénes tienen interés en que usted no siga viviendo. Si hoy no han conseguido su propósito, gracias a mi oportuna intervención, es muy posible que otro día lo logren. No sea testarudo y cuéntemelo, ya que no siempre podré yo evitarlo.

Strinker estaba atribulado. Mantenía en la comisura de los labios un cigarrillo, que acababa de encender, y le temblaba, lo mismo que las manos.

—Usted se confunde, agente... —replicó tratando de disimular su temor y nerviosismo—. Ese hombre habrá venido con el propósito de robar, pues no sé de nadie que pueda tener interés en matarme.

—Me parece que se arrepentirá de no quererme contar la verdad. Yo sé mucho más de lo que usted se imagina; por ejemplo: esta misma mañana un tipo llamado Harry se ha entrevistado con

usted; sé que usted desea comprar el «Club Fifty», del cual era propietario Fredd Gilbert, quien fue asesinado por unos «gangsters», pertenecientes éstos a lo que ellos titulan «Sindicato Protector». Como verá, no ignoro algunas cosillas referentes a usted y sus manejos. Y estoy por creer que a Baleti le disgusta que usted quiera comprar el «Fifty Club». El por qué no lo sé; pero de lo que sí estoy seguro es que si usted no me aclara qué relación le une a Baleti, éste terminará por eliminarle a usted.

Strinker sudaba por todos sus poros. Chupaba incesantemente el cigarrillo y movía los dedos de su mano derecha, nerviosamente. El rostro lo tenía lívido.

—Nada de eso es verdad... Le digo que sufre un error —manifestó.

Corbett miróle, con rabia. No sabía el motivo, pero aquel hombre no quería decir ni media palabra.

—Nadie más que usted será el perjudicado. ¡No advierte que le matarán! —rugió Corbertt, fuera de sí, ante la tozudez de Strinker.

—Nada sé, nada sé —volvió a declarar éste, firme en su propósito de no delatar a Baleti.

Corbett le miró, con fiereza. De buena gana habría dado un par de mamporros a tan imbécil hombre. Contúvose y dijo, en son de despedida:

—Todo cuanto le suceda, le estará muy bien empleado. Lo que siento es que otras personas también sufrirán por causa de su mutismo... ¡Buenas noches, timorato!

Pronunciadas estas frases, salió de la habitación, dando un portazo.

CAPÍTULO V

Rossi y Conny, los dos «gangsters» enviados por Baleti a casa de Strinker para asesinar al agente artístico, hallábanse reunidos con el dueño del «Maryland» en un departamento del «club». Conny explicaba lo sucedido en casa de Strinker y la causa de que no tuviera la seguridad de haber eliminado a éste.

Baleti escuchaba con suma atención cuanto le contaba su secuaz, no sin dar muestras de sentirse intrigado, al no suponer quién fue el que atacó a Conny y a Rossi.

Harry apareció ante ellos. Ignoraba lo ocurrido, así que, cuando se lo contaron, manifestó su rabia.

—¡Maldito intruso! —dijo, pleno de fiera—, ¡Mal lo pasaría, de saber yo quién es!

—Es muy posible que fuese un agente de la policía —repuso Baleti—. Te vería entrar por la ventana, y pensó que pretendías robar.

—No me parece natural que un «bofia» llegue y, sin previo aviso, te atice un culatazo —objetó Rossi, al tiempo que se pasaba la mano por la parte de la cabeza donde recibió el golpe asestado por Corbett.

—Desde luego, no tiene lógica —respondió Baleti.

—Oye —intervino Harry, para dirigirse a Baleti—, ese amigo tuyo me da mala espina. ¿Qué sabes de él para darle trabajo, así por las buenas?

Baleti sonrióse.

—Daniel no es más que un pobre «diablo» —respondió—. Nada podemos temer, sino lo contrario: él es quien ha de tenerme miedo. Necesitamos hombres que sepan arriesgar el pellejo, y os puedo asegurar que Daniel es uno de ellos. Ese chico vale mucho.

—Será todo lo valiente que tú digas —replicó Harry, quien demostraba no tener la menor simpatía a Corbett—, mas eso no

impide que sea de la secreta.

—¿Quién? ¿Daniel, policía? —murmuró Baleti—. No me hagas reír, Harry. Siente tanto temor a enfrentarse con la Ley, como lo podemos sentir todos nosotros.

—¿Cómo lo sabes? ¿Conoces algo sucio en su pasado?

Baleti sonrió, enigmático y dijo:

—Tan sólo os diré que su apellido no es Corbett... Yo soy el único que conoce su secreto; por lo tanto, es innecesario que os diga, el daño que yo podría hacerle, si él no se porta bien conmigo. Nos será muy útil, ahora que es difícil encontrar hombres de su temple; y sin el menor temor por parte nuestra de que nos delate, aunque no le gustara lo que hacemos.

Harry miró a Baleti, quien sonreía feliz, al comprobar la incertidumbre que sus palabras habían producido en sus compañeros.

—¿Estás seguro de lo que dices? —le preguntó Harry.

—¡Pues claro! ¡No lo he de estar!

—Tú dices que eres el único que conoce el secreto por el cual Daniel ha cambiado de apellido ¿tienes pruebas que lo demuestren?

—¿Qué dices?, ¿pruebas? No te comprendo...

—Imagínate que es de la policía; anda tras nosotros y consigue demostrar algo que nos perjudique; tú te «chivas» a la «bofia» contando lo que sabes de él: Pero ¿no adivinas lo que pasaría?... Yo te lo voy a decir: Si no poseías pruebas de ello, no te creerían. Él sería un agente, una persona digna de creer en su palabra; en cambio tú no serías más que un delincuente, a quien él habría conseguido perder, mientras tú pretendías vengarte inventando un cuento. No, Joe, no. Si no posees más pruebas que tu memoria, no te forjes la estúpida ilusión de que lo tienes en el bolsillo. Apostaría lo que fuese, con seguridad de no perder, que Daniel Corbett, o como se llame, es de la «bofia».

Baleti no rechistó. Estaba demasiado preocupado para perder el tiempo en replicar a Harry. Lo dicho por éste le alarmó. En su mente comenzó a pensar en lo difícil que sería, si Corbett era un agente de la policía, hacer creer a ésta que Daniel utilizaba un apellido que no era el suyo, además de ser un prófugo de la Ley. En los archivos del ejército, pensaba, constará que Daniel Hardy murió luchando por la Patria allá en la lejana isla de Wake. Lo más

probable era que el crimen del cual estaba acusado Daniel, hubiese sido olvidado, al creer que el culpable murió.

Sus tres secuaces le miraban como embelesados. Habíanle visto cambiar de color el rostro varias veces, y, en sus pupilas, un brillo siniestro despedía reflejos de odio.

—¡Maldito, traidor! —rugió, exaltado de furor, al tiempo que su puño daba un terrible golpe contra la mesa—. Me parece que tienes razón, Harry. ¡He sido... un... tonto!... —masculló entre dientes.

—En tal caso, lo mejor será quitárnoslo de encima —propuso Harry.

Baleti, que permaneció breves segundos pensativo, pareció recobrar su estado normal, ya que dijo en tono menos exaltado:

—¡Espera! Se me ha ocurrido una gran idea... Si Daniel nada tiene que ver con la «bofia», todo irá bien para él; pero si es agente, no sabe en el lío que se ha metido —sonrió siniestramente y agregó—: Le voy a preparar una «trampa», que espero le obligue a serme fiel, mal que le pese. Vosotros ni una palabra a él. Tampoco le deis a adivinar el menor síntoma de desconfianza. Dejádmelo de mi cuenta... Nos será muy útil...

—¿Qué piensas hacerle? —preguntó Conny.

Harry y Rossi también demostraban, con el ansia de su mirar el deseo de que Baleti les explicase en qué consistía la «trampa» que le prepararía a Corbett. Pero Baleti no quiso darles ninguna explicación sobre este particular, pues sólo les dijo:

—No seáis tan curiosos. Sólo os avanzo que conseguiré de Daniel la prueba de su secreto, con lo que lograré tenerlo a mi merced...

Ni Harry ni los otros dos se atrevieron a insistir. Baleti era el jefe; si no quería darles más explicaciones, ellos habían de conformarse. Por lo tanto, callaron, respetando la poca muestra de confianza con la cual «obsequiós» Baleti.

Éste, tuno que era, no estaba dispuesto a compartir su secreto con sus esbirros, ya que temía que éstos, si, por lo que fuese tenían diferencias con él, delataran su propósito a Corbett.

El ruido de unos suaves golpecitos dados a la puerta de donde se hallaban, hízoles salir de su mutismo, al dar Baleti permiso de entrada al que llamaba. Abrióse la puerta y por ella apareció un joven, alto y de facciones agradables. Vestía un «*smoking*» negro, como el usado por algunos empleados, del «club».

—¡Hola, John! —saludóle Baleti, al tiempo que se levantaba del asiento y llegaba frente al recién entrado—. ¿Qué ocurre?

El joven lanzó una mirada de desprecio a su alrededor, alcanzando ésta a los tres esbirros de Baleti.

—Quisiera hablar con usted —dijo, sin dejar de observar a los tres rufianes.

Baleti percatóse de que no quería hacerlo en presencia de sus compinches, a lo cual replicó:

—Puedes hablar, sabes que son amigos míos, y tú no eres extraño para ellos, por lo que ellos tampoco lo deben ser para ti.

Baleti hablaba al llamado John con cierta simpatía, como si quisiera serle agradable.

El joven vaciló unos instantes, al cabo de los cuales terminó por manifestar:

—Venía para hablarle de mi asunto... Necesito terminar cuanto antes cosa tan desagradable para mí.

—¡Ah, era eso! Pues..., la verdad, ignoro cómo anda la cosa. Yo ahora no...

—Yo sí sé cómo está —terció el joven, con sequedad—. Quedan pendientes cinco mil dólares, aquí precisamente traigo tres mil, que voy a entregárselos. Me firmará un recibo. Quedarán por pagar dos mil...

—¡Espera, John espera! —interrumpióle Baleti, rechazando el montón de billetes que le ofrecía aquél, sintiéndose molesto—. No es el momento adecuado para discutir esta cuestión.

—Cualquier momento es bueno para saldar cuentas. Toma ahora los tres mil; y con la mensualidad de mi hermana y la mía, quedará saldada la cuenta por completo.

—Pero... Es que aún no habéis terminado el mes para cobrar, ¿no es así, John?

—Nadie le dice lo contrario; sólo quiero demostrarle que no le quedaré a deber ni un centavo de lo que le adeudo.

—¡Bien, bien! —exclamó Baleti, de malhumor—. ¿Es todo cuanto querías comunicarme?

—No, todavía queda algo; por cierto que es lo más interesante.

Baleti le miró, sorprendido. Harry y los otros dos observaban en silencio la escena, interesados en saber cómo terminaría. John prosiguió hablando a Baleti:

—No quiero que mi hermana continúe trabajando aquí ni un día más.

—¿Qué tiene de malo mí «club»? —preguntó, mosqueado.

John formó con los labios un rictus sardónico, contestando:

—Muchas cosas, que me callo. Como le iba diciendo, yo no permitiré a Susana volver por aquí. Los días que a ella le faltan para completar el mes, ya los trabajaré yo el mes próximo, hasta quedar saldada mi cuenta con usted.

Baleti encendió un cigarrillo, permaneciendo un breve espacio de segundo pensando en la respuesta que había de dar.

—Lo que me pides es demasiado, John. No puedes imaginarte la falta que me hacéis tanto tú como tu hermana. No es que desconfíe de ti, pensando que no vas a pagarme, sino que..., tu hermana misma, está tan familiarizada en llevar mis libros de cuenta, que no podría hallar, así de pronto, substituta que la igualase, ni mucho menos. Me resulta penoso saber que algún día me quedaré sin su ayuda. Lógico es pues, que quiera aprovecharme de la oportunidad que poseo ahora, para no desprenderme de ella así como así.

—Escuche, Baleti —dijo el joven, indignado por la negativa de aquél—; estoy harto de que mi hermana y yo seamos juguetes de su deseo. He de prestarme a su confabulación para «limpiar» a los tontos que acuden a la sala de juego, contra mi modo de pensar y ser, que desprecia tan viles acciones; so pena de arriesgarme a que usted lleve el cheque, que un mal día le firmé, sin tener fondos en el Banco, a la policía; pero no consentiré que mi hermana haya de soportar sus lujuriosas miradas, que usted le dedica con demasiada frecuencia. Sépalo bien, pues, Baleti: quiero recobrar la libertad, lo mismo que la de mi hermana.

Baleti había permitido al joven desfogarse, y una vez calló, desapasionado, dando muestras de no sentir la menor irritación por las frases del joven, con gran calma, le contestó:

—Lamento sinceramente que tengas de mí ese concepto tan desagradable. Si hemos de analizar las cosas, tendrás que reconocer también lo mucho de bueno que he hecho por ti. Yo te libré de ir a presidio, puesto que eso hubiera sucedido si yo presento el cheque que, sin poseer fondos me firmaste; para que pudieses abonarme el dinero que me dejaste a deber, os di a tu hermana y a ti colocación en mi establecimiento; procuré escogeros unas horas de trabajo que

no os impidiese abandonar el empleo que tenéis durante el día, y os pago un sueldo nada mezquino. Así que no sé qué pretendéis haga más por vosotros. En cuanto a lo que dices que yo afrento a tu hermana con lujuriosas miradas, sabrás que no me impulsa hacia Susana ningún mal deseo... Si ella quisiera, podría ser mi esposa. ¡Yo la amo!

John miróle, colérico.

—Antes la prefiero muerta que esposa de un ser como usted — apostrofóle.

Semejante declaración encendió a Baleti.

—Mide bien tus palabras, John. Mucho me disgustaría tomar represalias contra ti.

—¡Ja! Pues sí que tiene gracia. ¿Acaso se ha disgustado alguna vez en su vida por hacer daño a un semejante suyo?

Baleti contenía su cólera a duras penas. Harry y los otros dos no daban crédito a lo que veían sus ojos, después de lo oído. Parecíales mentira que Baleti soportara los insultos que John le había lanzado.

John, prosiguiendo en sus punzantes asertos a Baleti, le dijo:

—Sé de tantas cosas sucias en usted, que sólo con una que contase a la policía habría suficiente para que le mandasen a presidio.

—¿Y aún pretendes que te entregue el cheque? Es el arma con los que te tendré apuntando siempre para que no puedas obrar en contra mía. Ahora te lo digo; la única forma de que puedas recuperarlo, será si tu hermana se casa conmigo. Ya lo sabes.

—¡Canalla! —gritó el joven, al tiempo que se arrojaba sobre Baleti.

Éste, que no esperaba ser atacado por John, sintió que las manos del joven, aferradas a su garganta, le aprisionaban, privándole de respirar. Antes que Harry y los otros pudiesen intervenir, John dio un fuerte puñetazo al mentón de Baleti, arrojándole contra la mesa. Y fue entonces cuando intervinieron los tres «gangsters»: Rossi propinó al joven un directo en la mandíbula; Harry le golpeó brutalmente los riñones, mientras que Conny apresaba al joven los brazos, para que no pudiera defenderse. Aquél consiguió doblar los brazos de John a la espalda y Harry, mientras se cebaba asestándole duros cachetes en el rostro, que retumbaban en el cerebro del joven haciéndole ir la cabeza de un lado para otro, como si fuese un

muñeco.

—¡Dejadlo! —ordenó Baleti, que se había repuesto ya del puñetazo.

Los tres desalmados obedecieron a la orden de su jefe, aunque a regañadientes.

John se pasó la mano por el rostro, mientras lanzaba feroces miradas a los que le habían apaleado.

—Esto te enseñará a tenerme más temor —dijo Baleti, llegando frente al joven.

Éste, que se frotaba los brazos, miró a su enemigo con profundo odio y, sin previo aviso, volvió a lanzarse contra él, asestándole un fuerte zurdazo en el estómago, que se hundió con enorme potencia en dicha parte del cuerpo. Baleti cayó hacia atrás como fulminado. Se pasó la mano por la parte atacada, rabiando de intensos dolores.

De nuevo se abalanzaron sobre John aquellos criminales. Pero esta vez no les permitió que le vencieran rápidamente: con los puños y pies, que salían disparados como una ametralladora, defendíase del acoso de los forajidos, uno de los cuales rodó por el suelo a efectos de una terrible patada que dio contra su ingle, quedando en tierra, retorciéndose de dolor, que su rostro, pálido como el de un difunto, acusaba con feas muecas. Mientras John arremetía con contundentes golpes a los que pretendían agredirle. Baleti se le acercó por detrás y asestóle fuerte golpe en la nuca, valiéndose de sus dos puños unidos. John se tambaleó, con los ojos medio encornados. Conny desplegó su puño y le conectó un «*crochett*» en la mandíbula, terminando con la débil resistencia del joven, que se derrumbó con gran pesadez.

Cuando recobró los sentidos, se pasó la mano por el rostro. Le sangraban los labios y miró a sus agresores, con muestras de inconfundible odio. Éstos lo rodeaban, dispuestos para lanzarse sobre él al primer síntoma de rebelión que hiciese.

—¿Tienes bastante, John, o quieres más? —le preguntó Baleti, cuyo rostro mostraba también huellas de la pelea.

El joven no respondió. Se fue incorporando del suelo, perezosamente, mientras sus ojos se clavaban feroces en los magullados semblantes de sus enemigos. Abrió la puerta de la estancia, dispuesto a marcharse.

Baleti corrió tras él y le dijo desde el quicio de la puerta:

—¡Olvida lo sucedido, John! Es por tu bien y el de tu hermana. Si se lo cuentas, no conseguirás otra cosa que disgustarla. ¡Piénsatelo bien, John!

Pero John no parecía prestar ninguna atención a sus palabras. Caminaba por el pasillo a buen paso y, luego descendió por las escaleras de mármol.

Baleti regresó al lado de sus compinches.

—Ese chico me preocupa, Joe —se lamentó Harry—. Creo que lo mejor será eliminarlo. Cualquiera día nos dará un disgusto.

—Eso es asunto mío —replicó Baleti—. Nada puede contar, porque nada sabe.

—Sí, ¿eh? Pues ya le oíste; dice saber tanto que con poco que cuente a la «poli» te meterían en la «tumba».

—No seas necio; lo ha dicho porque sospecha algo, pero no sabe palabra de nada... Ha querido amedrentarme para ver si así conseguía que yo les deje, a él y a su hermana libres de trabajar conmigo.

—¿Y por qué no lo haces?

—Es cosa que a ti no te importa.

Harry arrugó los labios. Conny, haciéndose pasar por chico listo, intervino para decir:

—¡Creo que ya sé quién nos atacó a Rossi y a mí! ¡Fue ése!

—¿Quién es ése? —preguntó Baleti, adivinando que iba a saltar con una idiotez.

—Pues quién ha de ser: ¡John! ¡Sí, él fue! —agregó entusiasmado de su ocurrencia—. Su forma de pelear es exacta... Recuerdo que...

—¡Cállate, imbécil! —le atajó Baleti—. Ese chico no ha salido del «club» en toda la noche. Lo que deberías procurar es ser más inteligente y cumplir bien mis órdenes. Apostaría lo que fuese a que no «liquidaste» a Strinker.

—¡Diantre, Joe! Te aseguro que disparé contra él y no dio ni un solo grito.

—Mañana se sabrá... Si has fallado, la cosa se pondrá mal para nosotros, si no tenemos ocasión de «cargárnoslo» antes de que nos juegue una mala pasada. ¡El muy canalla! —rugió entre dientes.

CAPÍTULO VI

Daniel Corbett salió del departamento federal, una vez hubo conversado con el inspector Baxter y notificar a éste de sus andanzas. También sin explicarle nada referente al secreto que con él compartía Baleti, contó a su jefe que conocía al dueño del «Maryland», por lo que había conseguido entremezclarse con los hombres de éste, esperando que así lograría averiguar lo que se llevaban entre manos Baleti y sus compinches.

Se dirigió al «club», una vez comido, tal y como se lo había ordenado Baleti. Penetró por la callejuela y llamó a la puerta. Conny fue quien le franqueó la entrada, sin darle a entender que sospechara fuese quien le atacó en casa de Strinker, lo cual tranquilizó al federal.

—Arriba están los demás. Pasa —le dijo el «ganster».

Corbett siguióle, sin rechistar. Subieron arriba y halló a Harry en compañía de otros cinco. Le saludaron sin la menor muestra de desconfianza. Cuatro forajidos estaban enfrascados en una partida de póker, mientras los demás contemplaban el desarrollo de la partida. Corbett tomó asiento cerca de la mesa donde jugaban, dispuesto a ser también mirón.

Transcurridos varios minutos, apareció Baleti. Saludó a todos, y después llegó junto a Corbett, diciéndole:

—¿Cómo va eso, Daniel?

—Por ahora bien... Poco trabajo, ¿verdad?

Baleti le sonrió. Dióle un suave golpecito en el hombro y le comunicó:

—Ven conmigo. Quiero charlar a solas contigo.

Corbett se levantó del asiento y siguióle. Llegaron al despacho de Baleti. Éste le hizo pasar muy amablemente, lo que escamó a Corbett.

—¡Siéntate, Daniel! ¡Ponte cómodo!

El federal obedeció, mirando como Baleti llenaba dos copas con «*whisky*».

—Toma —le ofreció una a Corbett.

Éste apoderóse del cristal, sin dejar de observar a su jefe, quien se dirigió a un mueble, encima del cual había un receptor de radio. Manipuló por detrás de él, dándole luego al mando de sintonía.

—Pondremos música —dijo Baleti, sonriendo a Corbett.

Éste, sin saber el porqué, notaba extrañado el proceder en Baleti. Dábale la sensación de que iba a proponerle algo, o bien le tendía una trampa, pero no adivinaba en qué consistiría.

Baleti sentóse en una butaca, frente al federal. Alzó la copa y brindó, invitando a éste a que hiciese lo propio:

—¡Ea, para que siempre nos ligue la más sincera amistad!

Ambos vaciaron el contenido de las copas.

—Lo que hubiésemos dado por una copa de esto, en Wake ¿eh, Daniel?

—Muy posible. Aquello fue un infierno.

—El tiempo pasa muy aprisa, ¿no te parece? Juraría que fue ayer cuando estábamos en aquella maldita montaña, infestada de japoneses.

Corbett frunció el ceño. Comprendió que Baleti no tardaría en sacar a relucir lo que sabía de él. Su sospecha fue confirmada, ya que Baleti dijo:

—Aún parece que te estoy viendo cómo te apoderabas de la cartera de aquel infeliz que dejó allí su existencia. Tuviste la gran idea, ¿eh Daniel?

—¿A qué viene recordar eso, Joe?

—¡Bah, aquí nadie nos oye! Es que al verte me he acordado de lo novelesco que resulta tu caso. Si la policía supiese que tu verdadero nombre es Daniel Hardy... No me digas que no es como para publicarlo en una novela: le atizaste a un «poli» cuando te trasladaba a juzgarte; te enrolas en el ejército y te llevan al Pacífico; allí consigues hacerte amigo de quien no tiene familiares y se llama Daniel, como tú; muere en una batalla y tú te apoderas de su nombre, que es Corbett. ¡Oye, es fantástico!

El federal clavaba, rojo de ira, sus pupilas en Baleti. Éste reía como si la cosa tuviese mucha gracia, aunque maldita la que le hacía a Corbett.

—Sabes que no me gusta me recuerdes ese episodio de mi vida. No sé qué te ha inclinado a sacarlo a relucir; pero lo que sí te digo es que no me ha hecho la menor gracia.

Baleti hizo ver que se sorprendía, de lo enfadado que demostraba estar Corbett.

—Pero ¿por qué te pones así?

—En cierta ocasión pude matarte, y no lo hice, Joe. Dime de una vez lo que pretendes, sin rodeos; así terminarás cuanto antes.

—Te confundes, Daniel. Yo sólo he querido recordar aquellos días tan aciagos... Soy tu amigo. Sé tú verdadero nombre, así como la acusación que pesa sobre ti; sin embargo, a nadie se lo digo. ¿No crees que es de agradecer?

—Y te lo agradezco, Joe; y más te lo agradecería si no volvieses a hablar de cosas que para mí son dolorosas.

—¡De acuerdo, de acuerdo! —Manifestó Baleti, dándoselas de persona comprensiva.

Luego miró al receptor, y, al comprobar que no emitía el menor sonido, se dirigió a él, exclamando:

—¡Seré tonto! He dejado sin colocar la antena.

Volvió a manipular detrás del aparato y éste comenzó a funcionar. Regresó junto a Corbett, quien preguntó:

—¿Para qué me hiciste venir?

—Por nada. Tenía deseos de charlar a solas contigo.

Corbett no se tragó la bola. Notó en Baleti cierta ironía, que consiguió intranquilizarlo.

—¿Qué tengo que hacer para ganarme esos quinientos dólares que me has asignado como sueldo? Pues supongo que no me vas a pagar tal cantidad por pasarme todo el día viendo como esos muchachos se entretienen en jugar a los naipes...

Baleti volvió a llenar las copas con *whisky*, entregó una al federal, y, tras de paladear un sorbo del licor, dijo a Corbett:

—Quiero ser franco contigo, Daniel... Has dicho muy bien que no voy a pagarte para que te pases el día holgazaneando; tendrás que ganarte los quinientos.

—Bien, de acuerdo. Dime en qué consistirá mi trabajo.

Baleti jugueteaba con el cristal entre sus manos, tras de quedar un momento pensativo, dijo a Corbett:

—Mira, chico, en esta vida, si deseas vivir holgadamente, has de

ser... ¿cómo te diría?... Un poquillo granuja. Caso de tener escrúpulos tontos, jamás sales de lo mediocre —calló breves segundos, para luego agregar—: Yo tengo montado un buen asunto. El «club» no me da tanto como aparenta, ya que los impuestos, las pagas, los empleados y diversas cosas más, se llevan casi toda la ganancia.

Corbett afinó el oído todo cuanto le era posible, su corazón, mientras tanto, latía agolpadamente, emocionado, presintiendo que Baleti iba a descubrir su maléfico juego.

—No puedes suponerte la de sacrificios que tuve que hacer antes de conseguir ser dueño del «Maryland». Y después también pasó lo mío... A los cuatro meses de haber tomado posesión de él, debía más de cincuenta mil dólares... De no ser por cierto tipo, el cual acudía muy a menudo por aquí, lo que sirvió para que yo me relacionase con él, hubiese perdido el «club». Él me prestó el dinero que yo adeudaba. Desde entonces comencé a salir adelante. Monté la sala de juegos, y, con ayuda de los muchachos, conseguí desacreditar a muchos «*night club*»; con ello he logrado que el «Maryland» esté siempre rebosante de clientes.

—¿Cómo pudiste desacreditar a los demás locales nocturnos? —preguntó Corbett, con vivo interés.

—De forma muy sencilla —respondió Baleti, sonriente; y mirando fijamente al federal, agregó—: De cuando en cuando, los muchachos se dan una vuelta por los «clubs» de la ciudad y rocían de balas las puertas. Esto logra atemorizar al público, quien, puedes tener la seguridad, no vuelve a poner los pies en el lugar donde esto sucede. Otras veces arman pequeños disturbios, peleándose en el interior, con el consiguiente destrozo de todo cuanto tienen en su turno. La reacción de quienes contemplan tal maraña, es de suponer: no acuden nunca más a tal lugar. En el «Maryland» eso no sucede, y prueba de ello es que siempre está rebosante de público.

Corbett, aunque lo disimulaba muy bien, sentíase indignado ante lo que acababa de oír. Comprobaba que su pista, como en principio supuso, no iba descaminada. Ahora tenía la certeza de que a quienes él buscaba como asesinos de Fred Gilbert, no eran otros que Baleti y sus cómplices. En su interior tenían cobijo el temor y la alegría; temor a Baleti, pues no ignoraba que éste era muy capaz de traicionar la palabra que le dio de no decir jamás su secreto, y

alegría al saber que su labor simplificábase al delatar Baleti su condición de asesino...

—¿Y no teméis que la policía consiga daros «caza»? —le preguntó, disimulando su indignación.

—La única manera posible de que la policía nos cogiese, sería si alguno de la banda se «chivase»; pero no creo que haya nadie tan tonto como para hacerlo. Primera, que él mismo saldría perjudicado; segunda, porque perdería el bienestar que, gracias a mí, posee; y tercera, y la peor para él, es que no viviría ni veinticuatro horas... Poseo un arma secreta que guardo para el primer traidor.

—¿Qué sucedería si a mí no me interesara pertenecer a tu... nómina?

Baleti frunció el ceño, mientras sus ojos despedían miradas a Corbett, llenas de maldad.

—No te conviene estar a malas conmigo, Daniel. Y tú lo sabes...

—Estaba seguro que dirías eso, lo cual significa que si no obedezco todo cuanto tú me ordenes, irás a la policía y contarás quién soy y de qué se me acusa, ¿acierto?

—No desearía que así sucediese, Daniel; pero debes ponerte en mi lugar para que comprendas mi actitud... Preciso de hombres como tú; que manejen bien la pistola, sean valientes y arrojados, y especialmente, que tengan algo que temer de la ley. A mi lado te sobrá el dinero, y apenas si correrás riesgo. En cuanto a ser detenido por la policía, poseo los oficios de un buen abogado que te sacaría de cualquier apuro en muy pocas horas. Como puedes ver, a mi lado tendrás todo cuanto necesites. Antes de que sea otro el que se aproveche de semejante oportunidad, prefiero que seas tú, que eres mi amigo y, además, dices precisar dinero.

—Pero aun siendo amigo no tendrías inconveniente en traicionarme, caso de no aceptar tu proposición.

—Eso es más o menos lo que te he dicho. Así que, tú mismo...

—¡Eres de lo más canalla que he conocido, Baleti! —rugió Daniel, fuera de sí, lo cual consiguió alarmar a Baleti, quien repuso:

—Daniel... Piensa bien lo que vas a hacer...

—No sé cómo me contengo y no te parto la cara...

—No lo hagas, Daniel, sé que luego te arrepentirías; además, yo no soy manco.

Corbett trató de serenar su ánimo, consiguiéndolo en parte. Permaneció pensativo, y después dijo a Baleti:

—Creo que te falta imaginación, Joe. No has pensado en un detalle muy interesante: imagínate que yo «soplo» a la policía quién eres tú, ¿no has pensado que fuera muy posible no te creyesen si tú, para vengarte de mí, cuentas mi secreto? No podrías justificar que sea verdad, en cambio yo...

Baleti sonrió, de muy buena gana.

—Estás en lo cierto, Daniel. Digo que estás en lo cierto, porque tú no sabes que tengo pruebas que demuestran que tú eres Daniel Hardy, y no Corbett. Pruebas de que te fugaste del agente de policía que te trasladaba al lugar que habían de juzgarte por el asesinato de un hombre. ¿Me creíste tan tonto como para contarte mis cosas sin tener la seguridad de que no podrías hacerme ninguna mala pasada?

Corbett creyó que Baleti mentía.

—No trates de amedrentarme; no soy uno de esos dueños de «*night club*», a quienes atemorizas con tus bravatas. Jamás escribí nada que puedas tú poseer, con lo cual logres comprometerme.

—Con que no, ¿eh? —susurró Baleti, divertido—. Pues voy a darte la gran sorpresa. Espera y verás...

Y ante el asombro de Corbett, Baleti se dirigió al receptor de radio y manipuló por detrás de él.

—Escucha con atención; te quedarás asombrado.

Daniel le miró con extrañeza.

—¿Qué clase de broma es ésta?

La contestación la recibió de la voz de Baleti, pero impresionada en cinta magnetofónica. Dicha voz dijo:

«—Pondremos música. ¡Ea! Para que siempre nos ligue la más sincera amistad. Lo que hubiésemos dado por una copa de esto en Wake, ¿eh, Daniel? —Ahora la voz que se oyó fue la de éste—: Muy posible. Aquello fue un infierno —de nuevo habló la voz de Baleti—: El tiempo pasa muy aprisa, ¿no te parece? Juraría que fue ayer cuando estábamos en aquella maldita montaña, infestada de japoneses. Aun parece que te estoy viendo como te apoderabas de la cartera de aquel infeliz, que dejó allí su existencia...».

—¡Haz callar eso! —gritó Corbett, exaltado, al percatarse de la trampa que Baleti le había tendido.

Baleti llegó hasta el receptor y cerró la emisión de voces.

—Lo siento, Daniel —dijo, al tiempo que en su mano aparecía una pistola—. Tenía que cogerte en algo más que no fuese mi palabra, antes de darte a conocer mis confidencias. ¡Levanta los brazos! —gritóle, observando que el federal trataba de introducirse la mano en el bolsillo.

—¿A qué viene amenazarme con esa pistola?

—Lo hago sólo como precaución. Quiero que salgas de este despacho; pero sin que destruyas esa prueba tan... interesante. ¡Anda! Hacia la puerta de salida.

Corbett dudó unos segundos. Estaba por lanzarse sobre Baleti, pero la pistola que éste empuñaba hízole comprender lo arriesgado que le resultaría abalanzarse sobre él. Optó por obedecer y salió del despacho. Baleti lo hizo tras él, cerrando luego la puerta, con llave.

Como si en realidad nada hubiese ocurrido entre los dos, Baleti puso un brazo sobre el hombro del federal y le dijo:

—Bueno, chico, olvida lo que ha sucedido. Los dos nos hallamos en igualdad de circunstancias: tú conoces mi secreto, y yo el tuyo. Será lo mejor, tanto para ti como para mí, que entre nosotros reine leal amistad.

Regresaron al lado de los forajidos, quienes se hallaban en la sala de juego.

CAPÍTULO VII

Como de costumbre, a las siete en punto de la tarde, el «Maryland» abría sus puertas para dar entrada a cuántos acudían al «club» con el propósito de pasar unas horas de distracción.

A esta hora, poco más o menos, llegaba Susana para realizar las tareas que en el «Maryland» tenía asignadas.

Su hermano, John Brandel, venía poco antes para vestirse y ocupar el puesto que, como «crupier», ocupaba en la sala de juego.

Baleti ordenó a sus compinches, una vez llegada la hora de abrir el establecimiento, que cesaran de jugar. Llamó a Harry para que le siguiera. Corbett, sospechando algo raro en ellos, les siguió.

Éstos se metieron en uno de los reservados del pasillo. Corbett quedóse ante la puerta y pegó el oído la cerradura, con idea de averiguar le que hablaban. Mas poco pudo oír, ya que Susana pasó junto a él, lo que obligóle a desistir de su propósito.

—¿Qué tal? —La saludó, sonriente—. ¿Ha cambiado de opinión sobre lo que hablamos?

—Supongo que recordará las condiciones que le propuse —replicó ella.

Corbett miróla, de manera acariciadora.

—Es muy poco comunicativa... Ya veo que no tendré más remedio que doblegarme a su deseo y contarle algunas cosillas, que lograrán, si no me equivoco, que usted me cuente lo que sucede entre usted y Baleti.

—Pues cuando se decida a ello me avisa. Tendré en cuenta sus confidencias, para hacerle partícipe de las mías.

—De acuerdo —contestó él, sin dejar de sonreír—. No tardaré en hacerlo.

Susana prosiguió su camino, bajo la mirada de Corbett, el cual no cesó de observarla hasta que ella desapareció de su visión. Acto seguido, agudizó el oído en la cerradura, oyendo le siguiente:

—Ya lo sabes, Harry; no quiero que esta vez falle. En cuanto veas que se mete en el automóvil, le sacudes un par de balazos y te largas.

—¿Estás seguro de que irá solo?

—¡Pues claro! Es la hora en que abandona la agencia y se dirige a su casa.

—Está bien. Te aseguro que yo no he de fallar como esos idiotas...

Corbett retiróse de la puerta, cerciorado de que iba a salir. Trató de abandonar el «club», con ánimo de poner en antecedentes de lo que tramaban Baleti y Harry al inspector Baxter. Bajaba la escalera, cuando la voz de Baleti se dejó oír para llamarlo:

—¡Daniel, sube!

Corbett se paró en mitad de la escalera. Apretó sus puños con rabia. Dio la vuelta y subió al encuentro de Baleti.

—¿Dónde ibas? —preguntóle, algo desconfiado.

—No tengo cigarrillos, por lo que iba a comprarlos.

—No es necesario que los compres, yo puedo dártelos... Tengo varios paquetes.

—No hace falta que te molestes. Regresaré al momento.

—No, no. Quiero verte por aquí. Es muy posible que te necesite para algo.

Entrególe un paquete de cigarrillos y después dijo:

—Vete al salón donde están los muchachos.

Harry descendía entonces. Corbett asateóle con la mirada. Tuvo que obedecer a Baleti y se dirigió a donde éste le ordenó.

Ya iba a penetrar en el salón, cuando ante él volvió a surgir la silueta de Susana.

—Oiga, Susana —le rogó—, ¿puede atenderme unos minutos?... Es muy importante.

La joven vio tal ansiedad en el ruego del federal, que no pudo rechazar lo que le pedía.

—Bien, hable. ¿Qué desea?

Corbett miró a su alrededor, y luego dijo:

—No puedo hablarle. ¿No podríamos ir a donde nadie nos molestara?

—Está bien. Sígame —respondió ella, después de un corto titubeo.

Caminaron a lo largo del pasillo hasta llegar a una puerta, que la joven abrió.

Una vez dentro, Corbett paseó la mirada por la estancia. Se trataba de un cuarto de reducidas dimensiones; en él había, como único mobiliario una mesa, y sobre ella, una máquina de escribir y muchos papeles; dos sillas, y una percha de colgar ropa; en la pared, el aparato telefónico. Cuando cesó de examinar el reducido cuarto, posó sus miradas en Susana, observando que ésta le miraba con curiosa atención.

—Bueno, ¿qué tenía que decirme?

Corbett no respondió en seguida, antes la miró fijamente. Adivinó que Susana no era mala persona. Su rostro, encantador, tenía todas las trazas de joven honesta y sencilla; su mirada era franca, y en ella leyó las bondades del corazón de su poseedora.

—Mire... —le dijo mostrándole su credencial de agente, y deseoso de confiarse a ella—. Como puede ver, pertenezco al departamento federal. Espero que esto logrará convencerla de que voy a serle sincero. Así, pues, no dudo de que usted lo será conmigo. Deseo me diga si está enterada de los manejos que se traen entre manos Baleti y sus secuaces, pues supongo que usted no estará de acuerdo con tales bribones.

—De eso puede estar completamente seguro —repuso ella.

—En tal caso, quisiera que me dijese el porqué de permanecer usted al lado de semejante granuja, odiándolo como lo odia...

Susana palideció.

—No sé cómo explicarle —susurró, algo intranquila—. Todo se debe a una sucia faena que le hizo Baleti a mi hermano.

—¿A su hermano?

—Sí, a mi hermano, que también trabaja en este antro.

—¿Su hermano odia también a Baleti?

—Tanto o más que yo.

—¿Y por qué no se van?

—No podemos —contestó, abatida.

Corbett adivinó que algo turbio les unía a Baleti. Decidió alentar a la joven para que ésta se decidiese a narrarle sus sinsabores.

—Tenga la más completa seguridad de que yo les ayudaré en la medida de mis posibilidades a librarse de Baleti. No tenga reparos en decirme lo que les obliga a permanecer al lado de Baleti, por feo

que sea el asunto.

Estas frases de ánimo terminaron con los recelos de la joven en confiarse a él, por lo que no tardó en contar al federal todo lo sucedido entre Baleti y su hermano. Cuando terminó su relato, Corbett, que la hubo escuchado con la mayor atención, sonrióle, cariñoso y dijóle:

—No tiene por qué preocuparse. Yo lo arreglaré todo.

Permaneció breves segundos reflexivo. Pensaba en que Harry disponíase a matar a Strinker y él se veía imposibilitado para evitarlo. De pronto su atención se concentró en el teléfono que pendía de la pared.

Sin decir media palabra a la joven, dirigióse al aparato y descolgó el auricular. Marcó unas cifras y luego dijo a Susana:

—No repita ni media palabra a nadie de lo que va a oír.

Ésta asintió con la cabeza.

Púsose en comunicación con el inspector Baxter, al cual dio detalles de lo que se proponía perpetrar Harry. Manifestó al inspector, qué mandase varios agentes a la salida de la agencia de Strinker para que detuviesen a Harry, antes de que lograra asesinar al agente artístico. Dio detalles de cómo era Harry, para que los agentes lo reconociesen.

El inspector Baxter se puso al habla con la policía metropolitana y notificóla de lo que sabía gracias a Corbett.

Un coche patrulla salió en dirección a la agencia, con órdenes de detener a Harry.

Éste, cuando salió del «Maryland», alquiló un «taxi» que lo trasladó a la agencia de Strinker. Paró casi enfrente del edificio de la agencia y bajó del vehículo. Cuando éste arrancó de allí, él dirigióse a un aparcamiento de coches. Fue mirando cuántos automóviles había estacionados hasta llegar a uno que debió reconocer; ya que, sin el menor preámbulo y haciendo gala de gran aplomo; abrió la portezuela y se coló en el interior.

A los pocos minutos, divisó la figura de Strinker, el cual, con pasos ligeros, acercábase. Abrió la portezuela delantera y se introdujo en el coche. Antes de que nadie pudiese tocar ninguno de los mandos del vehículo, Harry le disparó dos balazos por la espalda, con la pistola provista de silenciador. El asesino vio que su víctima se estiraba convulsamente, prueba de que había dejado de

existir. Salió del coche y arrojó la pistola en el agujero de la alcantarilla que había al borde de la acera.

No habría caminado más de cuatro metros, Cuando ante él aparecieron dos policías de uniforme. Uno de éstos, un irlandés mofletudo y con cara de tener malas pulgas, le agarró de un brazo y le preguntó:

—¿Qué hace, amigo?

Harry les miró, pleno de sorpresa e incertidumbre. Antes que pudiese replicar, el mismo policía le dijo:

—Aseguraría que te conozco. ¿Te llamas Harry Duncan?

Harry se puso pálido, pero no fue óbice para protestar, diciendo:

—Ése es mi nombre, pero ¿por qué no me dice a qué se debe este atropello?

—¿Quién te atropella, amigo? —espetóle el otro policía.

Este mismo guardia se acercó al coche de Strinker, comprobando que dentro yacía el cadáver del agente artístico. Regresó al lado de su compañero y del detenido, el cual no cesaba de protestar.

—No ha sido en balde el viaje, McKay —comunicó éste—. Dentro del coche hay un fiambre reciente.

Harry estaba anonadado. Dejó, impasible, que el policía le registrase los bolsillos.

—Se ha desprendido del arma homicida, Swiff. Vete al automóvil y mira si la encuentras dentro.

Esto tranquilizó a Harry. Sabía que la pistola no sería hallada, con lo cual casi era seguro que nada podrían hacer contra él.

El guardia volvió de registrar el coche.

—Dentro no está, McKay.

Éste miró, terroríficamente, a Harry.

—¿Qué has hecho del arma, granuja?

—No sé de lo que me habla. Yo paseaba por...

—¡Calla, desvergonzado! —Atajóle el policía, preso de incontenible rabia—. Todavía serás capaz de alegar que ignoras quién asesinó a ese hombre...

—Y es lo cierto —alegó, envalentonado.

—Déjalo, McKay. Este sinvergüenza ya ésta acostumbrado a fingir su inocencia. Llémoslo al coche. En el calabozo le «refrescaremos» la memoria.

Mientras lo conducían a jefatura, Harry devanábase los sesos

pensando en cómo habían podido enterarse los policías de que él acababa de asesinar a Strinker. Se reconfortó bastante pensando que Baleti daría los pasos necesarios para buscar un abogado que le sacase del apuro.

Harry, aun negando ser el autor de la muerte de Strinker, fue metido en el calabozo de la policía y sometido a varios interrogatorios. Después, le autorizaron para comunicarse con Baleti, a quien dio cuenta de lo que le sucedía.

Cuando éste lo supo, telefoneó rápidamente a su abogado para que se dispusiera a defender a Harry. Luego regresó al lado de sus compinches, entre los cuales hallábase Corbett, quien observó la preocupación que embargaba a su enemigo. Los demás miembros de la banda también se percataron de que algo grave ocurría, pues Baleti daba muestras de honda preocupación, por lo que Rossi le preguntó:

—¿Qué sucede, Joe?

—Casi nada... Harry ha sido detenido, acusado de haber asesinado a Strinker...

Todos quedaron boquiabiertos, incluso Corbett, pero no por la detención de Harry, sino porque no creyó que éste hubiera conseguido su criminal propósito, con lo cual su labor iba a ser mucho más difícil.

—El trabajo de esta noche queda suspendido —comunicóles Baleti—. No es momento propicio para relegarlo. Deberemos abstenernos durante algún tiempo de «visitar» a los clientes.

Todos lo asediaron a preguntas referentes a lo sucedido a Harry. Corbett fue el único que no inquirió; sólo escuchaba lo que Baleti refería a sus compinches. Éste terminó:

—Ahora tengo precisión de salir. Me he de entrevistar con el abogado que defenderá a Harry. Que nadie se mueva de aquí hasta que yo regrese.

Una vez se hubo marchado, Corbett pensó llegada la hora en que debía actuar.

CAPÍTULO VIII

Corbertt, aprovechando que los forajidos estaban distraídos en comentar lo sucedido a Harry, salió del salón, dispuesto a registrar el despacho de Baleti basta dar con la cinta magnetofónica que le acusaba de ser Daniel Hardy.

Primeramente fue al cuarto de trabajo de Susana, penetró dentro, y la joven, que redactaba a máquina unas cartas, dejó su trabajo para mirar al recién entrado, con singular extrañeza.

—Susana, ha salido Baleti. ¿Tiene usted llave de su despacho? Quiero registrarlo hasta dar con ciertas cosas muy interesantes, entre las cuales pienso recuperar el cheque de su hermano.

—No sabe cuánto agradezco su interés por mi hermano y por mí, pero, sintiéndolo mucho, he de decirle que no tengo esa llave. Además, Baleti es el único que conoce la combinación de la caja fuerte donde guarda dicho talón.

—Eso es lo de menos: soy especialista en abrir cajas fuertes —guiñó a la joven y añadió sonriente—: No se preocupe; le prometo entregarle ese cheque dentro de breves minutos.

La joven lanzóle una mirada entre admirativa y cariñosa.

—Tenga cuidado. Los esbirros de Baleti pueden verle, y entonces lo pasaría usted muy mal.

—Escuche —le comunicó Corbett, tras un corto titubeo—. Yo entraré en el despacho, pero usted habrá de quedarse a la puerta vigilando por si viene alguno de esos «gorilas». Si hay peligro, avíseme dando un pequeño golpecito a la puerta. Cuando yo tenga que salir, daré previamente un golpe igual. Caso de que no haya peligro, usted me contesta de igual forma; pero si lo hubiera, no responda a mi aviso... Yo sabré arreglármelas. Si mientras estoy en el despacho viniese Baleti, trate de entretenerlo como sea. ¿Ha comprendido cuanto le he dicho?

—Desde luego que sí. Manos a la obra —respondió la joven,

levantándose del asiento.

—Es usted maravillosa, Susana... Cualquier día la invitaré a cenar.

—Eso será si para entonces no nos ha matado Baleti.

Ambos jóvenes sonrieron, olvidándose del peligro que iban a correr.

Salieron del cuarto y dirigiéronse al despacho de Baleti. Corbett sacó del bolsillo un manojo de ganzúas, con una de las cuales consiguió abrir la puerta. Susana le vio pasar al interior y cerrar la puerta tras él. Mas no habrían transcurrido diez segundos, cuando la puerta se abrió apareciendo Corbett.

—Se me olvidó. Tenga —dijo el federal, entregándole su credencial y placa del

F. B. I.

—. Si me cogen con las «manos en la masa», no quiero que sepan pertenezco al departamento federal.

Volvió a introducirse en el despacho.

Una vez dentro, fue derecho a dónde estaba la caja de caudales. Después de largo rato de buscar por medio del tacto de sus dedos la combinación de la caja, consiguió que ésta se abriese. Metió la mano al interior y sacó una carpeta, que contenía varios papeles. Fue examinándolos rápidamente, hasta dar con el talón firmado por John Brandon. Se lo guardó en el bolsillo. Iba ya a dejar la carpeta en el lugar que ocupó, cuando sus ojos se fijaron en un papel escrito, en el que leyó la firma de Frank Strinker. No reparó en guardárselo también. Luego, observando que ya nada había que sacar de la caja, la cerró.

Dirigióse al mueble sobre el que posaba el aparato de radio. Miró por detrás; mas vio con desesperación que la cinta magnetofónica, no estaba allí: sólo había el aparato de impresionar, pero sin el rollo que él deseaba. Registró el mueble, sin dar con lo que buscaba.

Paseó, nervioso, la vista por la estancia. Fue derecho a la mesa de escritorio. Registró todos los cajones; pero la cinta no aparecía por parte alguna, pero infructuosamente.

Luego removió cuántos trastos había en un armario.

Viendo que ya nada podía hacer allí dentro, decidió salir antes de que sus «compañeros» pudieran notar su falta y le buscasen.

Dio un ligero golpe a la puerta, recibiendo la señal de Susana y salió. Acto seguido cerró el cerrojo, con ayuda de la ganzúa.

—He pasado un miedo atroz —dijo la joven—. ¿Ha conseguido lo que pretendía?

—En parte sí. Vamos a su oficina.

Encamináronse al cuarto de trabajo de la joven. Ya dentro de él, Corbett entregó el talón a Susana.

—Ya no tiene necesidad de soportar a Baleti.

—No puedo por menos que estarle agradecidísima —declaró Susana, con voz que a Corbett le pareció deliciosa—. Cuando lo sepa, mi hermano se pondrá loco de contento. No sé cómo pagarle lo que acaba de hacer.

Él la miró satisfecho de haberle proporcionado tanta alegría.

—Con verla a usted feliz al poseer prueba tan acusadora contra su hermano, ya me doy por bien pagado.

Ella elevó su mirada hasta la del federal. De repente dio un pequeño saltito y estampó en el rostro de Daniel un sonoro como caluroso beso.

Éste quedóse como el que ve visiones, mientras la mejilla que recibió la caricia de los labios de Susana se coloreaba ligeramente, y en su interior sentía una extraña sensación de bienestar.

—Es lo menos que se merece —manifestó Susana, sonriéndole y algo ruborizada por lo que acababa de hacer.

—¡Diablos! Jamás tuve tanto calor como ahora, después de haber recibido... su premio. Avíseme siempre que tenga que recuperar alguna cosa de su interés... ¡Vale la pena arriesgarse!

Ella sonrióle, abiertamente.

—Lo mejor será que nos separemos. No tardarán en notar su ausencia y le buscarán. No será la última vez que nos veamos...

—Desde luego que no —replicó Corbett rápidamente.

Susana vio salir al federal, al cual regaló con unas miradas plenas de arrobamiento. Permaneció varios segundos recordándolo. Entonces se percató de que no le había devuelto su credencial ni insignia. Pensó salir en su busca para entregarle dichos objetos, mas creyó oportuno no hacerlo, por temor a que le viese alguno de la cuadrilla de Baleti y comprobase quién era Corbett.

Éste tampoco se acordó de reclamar lo que dejó al cuidado de Susana, Y es que el beso que ésta le dio, lo había dejado como

«atontado». Aun parecía abrasarle el carrillo donde lo recibió. Caminaba por el pasillo en dirección al salón donde estaban los «gangsters», sin dejar de pensar en Susana. No sabía el por qué, pero sentíase eufórico, alegre y pleno de vitalidad. En aquel momento, ni se acordaba de Baleti ni de cuántos embrollos personificaba semejante persona.

Pero la realidad surgió bien pronto: Baleti, que llegaba en aquel momento, le vio en el pasillo y lo llamó. Corbett, saliendo de su abstracción, giró sobre sus talones para mirar al «gángster», quien llegó junto a él.

—¿Cómo marcha el asunto de Harry? —preguntó a Baleti.

Éste, que parecía más tranquilo que cuando salió del «Maryland», respondió:

—¡Bah! No hay por qué preocuparse. Harry será absuelto por falta de pruebas. Miulek, el abogado, ha tenido una, entrevista con él. Está detenido como sospechoso, pero como carecen de pruebas que demuestren que él fue quien mató a Strinker, tendrán que dejarle en libertad. La pistola que se utilizó no aparece por parte alguna. Harry, por más grados que le apliquen, no hablará.

—¿Y si hablara, qué sucedería?

—Por la cuenta que le tiene, no dirá ni media palabra.

—Pero Harry es el asesino, ¿verdad?

Baleti sonrió, muy ladinamente.

—Ya te enterarás por los periódicos. No quieras saber demasiado en tan poco tiempo.

Se dirigieron a dónde estaban los demás miembros del «gang». Mientras caminaban, Corbett no cesaba de cavilar, pues estaba seguro que su salvación dependía de que Harry, abrumado por pruebas, confesara ser el autor de la muerte de Strinker y delatara a sus secuaces. Ésta era la manera más fácil de terminar con Baleti sin exponerse a que éste obrase contra él. Confiaba en que Harry fuese condenado, y, al verse perdido, tratase de perder a Baleti. La policía detendría a éste, y mientras tanto él procuraría encontrar el rollo de cinta magnetofónica y destruirla. Una vez no existiese tal prueba, Baleti podía decir lo que le diese la gana, pues la Justicia tendría más fe en la palabra de un agente federal que no en la de un «gángster» al cual se le iba a condenar por todos cuantos crímenes contra la sociedad había cometido.

Todas estas deducciones las pensó en breves segundos, mientras llegaban al salón. Sin darse cuenta, hallóse frente a los forajidos, quienes asediaron a preguntas a Baleti, con relación a lo que sucedía a Harry.

—No tenéis por qué preocuparos —les aseguró Baleti—. Aunque llegue a ser juzgado, estad seguros de que será puesto en libertad. La pistola homicida no aparece. Harry se aferra a que él nada sabe del crimen, dice que circulaba por allí cuando fue detenido, sin haber visto a Strinker ni mucho menos.

—¿Qué ha hecho de la pistola? —preguntó uno de los «gangsters».

—Yo no lo sé. Quizá se la haya comido —repuso, con guasa.

Corbett estaba seguro de que Baleti sabía dónde se hallaba la pistola, pero no objetó palabra.

—De todas formas —manifestó Rossi— yo no quisiera estar en el pellejo de Harry. Es muy posible que lo pongan en la «tostadera».

—Tú eres idiota —lo insultó Baleti—. ¿Crees posible que sin ver nadie cómo cometía el crimen y sin dar la policía con la pistola, pueden condenarle?

—¿Y si dan con la pistola? —inquirió Conny.

—No darán con ella... Os lo puedo asegurar. Lo que no me explico es cómo demonios supo la policía que Harry iba a matar a Strinker —murmuró, intrigado.

Corbett sonrió para sus adentros, al tiempo que se alegraba de que Baleti se devanara los sesos pensando en cómo conocía la policía lo que él creía un secreto entre Harry y él.

—¿Es que lo sabían? —preguntó una voz.

—Sí, y eso me desconcierta. Según ha dicho Harry al abogado, los guardias que le detuvieron ya venían dispuestos para ese fin, a sabiendas de que Harry había asesinado a Strinker.

—¡Hola! Pues sí que es raro —exclamó Conny.

—Desde luego que lo es, lo cual me preocupa.

—No creas que hemos sido uno de nosotros el «soplón» —dijo Rossi.

—Yo no digo tanto, pero es muy extraño lo que ha sucedido... Bueno, no hay por qué dar tanta importancia al asunto. Miulek ya se encargará de sacar del atolladero a Harry; Ya sabéis que es infalible; caro, pero nunca falla. Se ha entrevistado en el «hotel» con

Harry y le ha dado las instrucciones precisas de lo que ha de declarar, cuando le interroguen.

—¿No podrías sacarlo depositando una fianza? —preguntó Rossi.

—Te conviene aprender leyes, amigo. Así te enterarás de que no es posible poner en libertad bajo fianza al que «enjaulan» por asesinato.

—Pero tampoco se le puede tener a la «sombra» más de cuarenta y ocho horas sin formarle causa. El fiscal del distrito, o se arriesga a formular acusación contra él, o ha de ponerlo en libertad.

—Nadie te dice lo contrario, Rossi; si no la sueltan pasado mañana, tendrán que llevarlo ante un tribunal. Mañana sabrá Miulek si será juzgado o no.

Durante breves segundos el silencio reinó en la estancia. Todos, cada cual en sus cosas, permanecían pensativos. Aquella cuadrilla de indeseables, a pesar de cuantas seguridades, les dio Baleti de que Harry saldría bien librado de la grave acusación que pesaba sobre él, los «gangsters», no veían el porvenir demasiado risueño. No es que les importase la suerte que pudiera correr Harry, sino la que éste les pudiese hacer correr a ellos si les delataba.

Baleti advirtió lo que sucedía en el ánimo de sus hombres, por lo que les dijo:

—No sé cuántas veces os he dicho que todo saldrá bien. Ponéis el semblante como si estuvierais inquietos por algo. En último caso, o sea, si todo le condenara, tengo previsto un plan para evitar que pueda delatarnos. Así pues, tened fe en mí y desechad vuestros temores.

Estas frases parecieron tranquilizar a los forajidos.

—Bueno, hoy seremos personas honradas. Así que podéis retiraros, si lo deseáis. Mañana, como de costumbre, a la misma hora de siempre, acudid aquí.

CAPÍTULO IX

Exceptuando a Rossi, Conny, Corbett y Baleti, todos se marcharon del «Maryland».

—¿Vosotros, no os vais? —preguntóles Baleti.

Quien habló fue Rossi, al decir:

—Conny y yo queremos echar una partidita a los naipes. Nos quedaremos aquí un rato y después nos iremos.

—¿Y tú, Daniel?

—Yo también estaré por aquí, hasta que me entren deseos de irme a dormir —contestó el federal, tras corta reflexión.

—Como quieras. Mañana, ya lo sabes, vienes a la misma hora que hoy.

Corbett salió de la estancia. Marchó directo a buscar a Susana. Llegó al cuarto donde trabajaba la joven, y observó que no estaba. Ya iba a marcharse, cuando vio a la joven acompañada de un hombre, joven como ella, que venían hacia él.

—Éste es John, mi hermano —presentó a Daniel.

Ambos hombres se dieron la mano, calurosamente.

—Sé por Susana lo que ha hecho por nosotros. Todo cuanto puedo decirle como demostración de mi agradecimiento, es que disponga de mi persona para todo lo que guste. ¡No sabe cuánto le debo!



—No es como jugarle lo que ha hecho por nosotros.

—¡Bah! No tiene la menor importancia.

—Si en algo puedo serle útil, cuente conmigo. No ignoro que está tratando de ajustar cuentas a Baleti y sus secuaces, y celebrarla que el éxito coronase su empresa. ¡Ese hombre es una víbora!

—Demasiado lo sé; pero, por ahora, nada puedo hacer en contra

de él.

Los tres salieron del «club», conversando amigablemente.

Durante el trayecto que les separaba del domicilio de los jóvenes, Corbett fue narrándoles cuanto sabía de Baleti, así como la trampa que éste le había tendido para que no pudiese obrar en su contra. Ya ante el portal del domicilio de Susana, Corbett manifestóles:

—Esta noche, aprovechando que sólo son tres, intentaré dar con la cinta magnetofónica; Lo registraré todo. Necesito destruir esa prueba, para poder acusar a Baleti de cuánto daño comete y para que sea llevado a la silla eléctrica.

—Usted sólo no podrá —opinó Susana—. Esos hombres son unos asesinos, y, como tales, no vacilarán en matarle.

—Estoy acostumbrado a vérmelas con tipos de esa clase, y le aseguro que, si no es a traición, el que intente disparar sobre mí, mal lo pasará.

—¿Me permite que le acompañe? —declaró John—. Dos siempre haremos más que uno solo. Y quisiera corresponder al favor que usted me ha hecho.

Susana, que miraba al federal esperando que éste respondiese a lo que su hermano manifestó, dijo lo siguiente:

—Debería aceptar la ayuda de John. Usted solo, será muy arriesgado emprender semejante empresa.

Corbett quedóse pensativo, mientras miraba a la joven.

—Bueno, si ése es su deseo, puede acompañarme.

Rato más tarde ambos hombres penetraban en el «Maryland». Eran cerca de las tres de la madrugada, por lo que el local albergaba a, escasos concurrentes. En la pista, cuatro parejas bailaban al compás de la música, que languidecía a consecuencia del sueño que empezaba ya a apoderarse de los músicos; varias mesas estaban ocupadas por algunos hombres, los cuales habían bebido más de la cuenta, por lo que no cesaban de hacer idioteces, en compañía de ciertas mujeres de vida alegre; en la barra, tres hombres, con una copa en la mano y abrazados, canturreaban con voz afónica una melodía.

Daniel y John, sin prestar la mínima atención a cuántos personajes ocupaban la sala, atravesáronla y subieron por la escalera a la parte superior del «club».

En el pasillo no había nadie. Miraron a uno y otro lado sin saber por dónde dirigirse. Corbett hizo una seña a su acompañante para que le siguiera. El federal echó adelante hasta llegar frente a una puerta, la cual permanecía cerrada con llave.

Corbett sacó del bolsillo las ganzúas y comenzó a manipular con ellas en la cerradura, mientras John vigilaba en el pasillo que nadie viniese. Tras pocos segundos, la puerta quedó abierta, y los dos hombres pasaron al interior, cerrando cuidadosamente la puerta.

Abrieron la luz. Estaban en una habitación de parecidas características a la que Susana empleaba para realizar su trabajo, sólo que ésta era de mayores dimensiones. Esparcidas por el suelo había numerosas botellas vacías, cajas y demás objetos relativos al negocio del «club». Corbett reparó en un armario arrimado a la pared. A él se dirigió. Estaba cerrado con llave, pero de un violento tirón consiguió abrirlo. Dentro había numerosos papelotes, bombillas y diversos objetos más. Corbett y John removieron todo cuanto contenía dicho armario. Entretenidos en semejante labor se hallaban, cuando la puerta de la habitación abrióse y por ella penetró Baleti pistola en mano.

—¡Menuda sorpresa! —exclamó Baleti, mientras apuntaba a los dos buscadores—. ¿Puedo saber qué es lo que buscáis con tanto afán?

La pregunta no tuvo respuesta. Tanto John como Daniel no movieron un solo músculo de la cara. Sus ojos se clavaron en el que les apuntaba con la pistola, como si vacilasen en lanzarse sobre él, cosa que no pasó desapercibida para Baleti, ya que les avisó:

—Cuidadito con lo que hacéis. Sentiría mucho tener que disparar sobre vosotros, ya que a los dos os aprecio. ¡Por cierto! Ahora «caigo». ¿De qué os conocéis?

—Nos ha unido el deseo de luchar contra ti —declaró John.

—¡Ah! Veo que no correspondéis como es debido a la amistad que siempre os he brindado. Vaya, tendré que reconocer que no he sido astuto. Seré comprensivo y no dispararé, a menos que vosotros os lo busquéis. Así que, por lo tanto, no hagáis el menor movimiento que yo crea agresivo, porque os dejaré el cuerpo como un coladero.

—No disparas porque sabes que te esperaría el mismo fin que a Harry —le replicó Corbett.

—No digas bobadas, Daniel. Sabes muy bien que si te mato puedo alegar que eres un criminal y tratabas de robarme una prueba que poseo contra ti.

—Y yo que soy un estafador a quien también puedes probar que tengo cuentas con la Ley, ¿no es eso? —preguntó John, con algo de ironía.

—Tú mismo lo has dicho. No me resultaría difícil probar que viniste aquí con el propósito de robarme el cheque que me firmaste y, por ello me vi obligado a disparar contra ti.

John no pudo resistir el deseo de reírse.

—Pues, sintiéndolo mucho, tendrás que pensar en otra estrategia para eliminarme, porque dicho talón ya no existe... No, no existe... Aún no hace unas horas lo destruí.

Baleti se mostraba incrédulo, pensando que John mentía.

—Estás soñando, John. Si quieres que te demuestre el mal que puedo hacerte, abandona tu trabajo, lo mismo que tu hermana... Verás lo que te ocurre.

—Ya lo hemos abandonado ambos. Prueba de encarcelarme, ¡anda!

Baleti estaba confundido. Empezó a dudar si John decía o no la verdad.

Corbett, quien estaba próximo a Baleti, viendo que éste, preocupado, descuidó unos segundos su atención en vigilarlo, como una centella arrojóse sobre él. Sus poderosos puños se ciñeron en el mentón de su enemigo, como un martillo. Baleti creyó que su rostro se hacía pedazos, al sentir sobre él aquellos golpes tan potentes. Corbett no le dio tiempo a reaccionar: lo asió de la cintura, estrujándolo con fuerza. Baleti apretó el gatillo de su pistola, pero la bala se perdió en el aire. John actuó con suma rapidez, apoderándose de la pistola de Baleti de un tirón.

El federal no soltó su presa, sino que siguió ciñendo con sus brazos todo lo fuerte que podía, estrechando con furia la cintura de Baleti y clavándole en la espalda su mentón, como deseando atravesarlo. El forajido luchaba en vano por librarse de tan cruel presa, que le asfixiaba. Clavó sus uñas en las manos de Corbett, quien, ante el punzante dolor que le causó, tuvo que soltarlo. Ambos rodaron por el suelo, apaleándose brutalmente. John se tenía que conformar con hacer de espectador, ya que los dos

luchadores semejaban un ovillo y no podía, por lo tanto, emplear la pistola.

Se separaron y pusiéronse en pie, jadeantes y con el furor pintado en sus semblantes. Corbett comenzó a repartir puñetazos a diestro y siniestro, aunque también recibió lo suyo. De un fuerte derecho dado por el federal a su contrario, éste salió disparado como una flecha, pegándose un tremendo cabezazo con la pased de enfrente. Corbett no le dio ni tiempo de respirar, pues se lanzó como una tromba hacia él y, tras machacarle la cara a golpes, lo cogió por las solapas y alzóle del suelo, como a un muñeco, y lo zarandeó para echarlo, después, sobre una percha de pie, donde cayó envuelto entre la ropa que allí había. De nuevo volvió a su lado pero Baleti lo recibió con los pies en alto, asestándole un soberbio patadón, que lo despidió a varios metros de distancia, arrollando cuanto se opuso a su paso. El forajido se incorporó y llegó hasta Corbett, conectando sus puños, con inmensa furia, en el rostro y cuerpo de su rival. Éste cogió uno de los brazos agresores y lo torció, haciendo dar a Baleti una voltereta para caer luego junto a él.

Corbett fue más rápido en ponerse de pie. Aestó un puntapié al mentón de Baleti. Luego lo levantó, para aporrearlo de mala manera, descargando sus puños con rapidez y dejando el rostro de Baleti hecho una lástima, sangrando por boca y cejas, los pómulos hinchados y magulladuras y morados por distintos puntos de su moreno cutis.

Le pegó un «gancho» en el hígado y Baleti se desplomó, exangüe.

Lo miró con asco, mientras apretaba los puños y jadeaba. Le dijo:

—Tienes poco aguante para pelearte conmigo, Joe. ¿Quieres más o te has cansado de recibir?

Baleti, que daba lástima de ver, por las señales de sangre y fatiga que mostraban su rostro, sudoroso, sucio de polvo y los ojos inyectados en sangre, presa de rabia, miró al agente federal y no respondió palabra. Luego se fue incorporando, con pesadez, mientras Corbett permanecía en postura del que espera ser atacado.

—Te creí más valiente, Joe. Me has desilusionado.

John acercóse al «gángster» y le colocó el cañón de la pistola a los riñones.

—Cuidado con lo que haces, granuja —le advirtió.

Corbett fue quien habló ahora a Baleti, diciéndole:

—Vas a entregarme la cinta magnetofónica en la que se grabó mi voz y la tuya. Espero no serás tan torpe como para llamar la atención de tus compinches, porque entonces te dejo seco de un balazo. ¿En dónde guardas la cinta? ¡Pronto o te sacudo!

—Está en mi despacho.

—¿En tu despacho?... Bien, vamos a por ella; pero ojito con lo que haces.

Salieron de la estancia y se pusieron en camino del despacho. Al llegar frente a la puerta, Corbett, como viese que Baleti no entraba, le apremió, diciendo:

—Bien, ¿a qué esperas?

El aludido obedeció. El despacho estaba a oscuras, por lo que Daniel dio vuelta al interruptor y la estancia quedó iluminada.

—Deprisa, entrégame lo que te he dicho.

En aquel momento la puerta se abrió y por ella penetraron Conny y Rossi. Ambos empuñaban sendas pistolas, con las que apuntaron a John y a Corbett. Conny, con voz que no dejaba dudas acerca de sus propósitos, ordenóles:

—Arrojad las armas inmediatamente, so pena de que deseéis probar las balas de mi pistola.

A Corbett y John, que daban la espalda a los «gangsters», no les tocó más remedio que obedecer.

—Vimos cómo te llevaban encañonado y nos apresuramos en venir —comunicó Rossi a Baleti.

—Habéis sido muy oportunos —respondió éste—. Registradles. Sabremos qué han cogido.

Corbett palideció; mas su temor duró apenas unos segundos, ya que recordó que sus documentos de agente federal los tenía Susana. Esto le tranquilizó bastante.

Conny acercósele y comenzó a registrarle los bolsillos. Lo propio hizo Rossi con John, mientras Baleti les encañonaba por la espalda.

Pero Corbett se dejó registrar poco rato: agarró la mano del «gangster» y se la torció en llave rápida. A efectos de tan fuerte torcedura, Conny salió disparado hacia la pared, como una catapulta, arrastrando en su viaje a Baleti, quien también cayó al suelo.

John aprovechó la maniobra de Corbett para desprenderse de Rossi, quien sufrió la misma estratagema que su compañero. Luego fue hacia él, le cogió la cabeza y se la apretó de cara a la pared, dándole furiosos porrazos, que hacían vibrar la pared, mientras el golpeado sentía cómo sus narices se chafaban en el cemento, creyendo que se le partía la cabeza por causa del intenso dolor que producíale tal castigo. Después lo levantó dos palmos del suelo, para estrellarlo brutalmente en el suelo.

Baleti, mientras tanto, asió un taburete y lo partió de un golpazo en las recias espaldas de Corbett, quien se las veía con otro enemigo, al cual arrojó de un soberbio directo sobre un mueble que quebróse hecho pedazos. Sintió el descomunal taburetazo que le propinó Baleti y dio un traspies, medio aturdido. Y no acabó aquí todo, sino que un nuevo golpe que recibió entre la sien y el oído, acabó por aturdirlo aún más. Dejóse caer y esperó que el otro le atacase. Cuando éste así lo hizo, Corbett alargó su pierna asestándole fuerte puntapié en la mandíbula, que lo lanzó lejos, cayendo sobre Rossi, que en aquel momento se ponía en pie.

Corbett creyó llegada su última hora de vida, al recibir un tremendo porrazo de parte de Conny, quien mantenía en la mano un «bill» de goma. Por un momento su cabeza perdió el control de todo y sintió el más doloroso de los golpes que jamás había recibido. Esto le llenó de cólera; sin mirar que se hallaba algo mareado, se lanzó cabeza por delante contra Conny, a quien propinó un terrible cabezazo en el pecho.

John terminó de ponerlo fuera de combate de un potente puñetazo que le asestó en el rostro, que retumbó, como un ladrillazo, en las sienes del forajido, quien cayó sobre la mesa escritorio, derrotado y sin el menor asomo de fuerzas.

Baleti, mientras tanto, dio con una de las pistolas que habían por el suelo.

—¡Quietos! —gritó, empuñando la pistola y mirando a Corbett y a John, con inmensa cólera—. He dicho que os estéis quietos, de lo contrario os acribillo.

John y Corbett, jadeantes, sudorosos y con los brazos caídos a los lados, miraron a Baleti, quien les ordenó, mientras respiraba fatigosamente:

—¡Levantad los brazos!... ¡Pronto!

Los otros forajidos recogieron las armas y con ellas apuntaron a los dos prisioneros.

—Salgamos del despacho —dijo Baleti, mientras observaba el destrozo que la lucha había ocasionado en su bien amueblado despacho.

Obligados por las pistolas de los «gangsters», Daniel y John salieron del despacho, sin rechistar.

Iban vigilados estrechamente por Conny y Rossi, como si temieran éstos que aún tratasen de formar maraña. Los condujeron pasillo adelante, penetrando después en la sala de juego, la cual atravesaron para ir a parar a una especie de almacén.

—Bueno, ahora vais a decirme qué andabais buscando por aquella habitación —les manifestó Baleti.

—Ya puedes figurártelo —respondió Daniel, con voz serena.

—Así que pretendes recuperar «aquello», ¿eh?... Pues lo siento mucho, pero no lo lograrás. Será tuyo cuando yo lo crea conveniente. Mientras tanto, tendrás que hacer cuanto yo tenga a bien ordenarte, so pena de arriesgarte a lo que tú ya sabes.

—¿Qué intenciones tienes hacia mí, canalla?

—Yo soy agradecido, Daniel. Y no como tú. Tenía propósitos de ser buen camarada tuyo. Lo mismo que lo fuimos durante el tiempo que pasamos juntos en la guerra. Sospeché que tratarías de traicionarme, y para que esto no sucediera, te preparé la trampa que tú ya conoces. En caso de que me hubieses demostrado leal amistad, yo estaba dispuesto a entregarte lo que ya sabes, para que lo destruyeras; pero ya he comprobado mi error al hacerte partícipe de mis asuntos: tú no tardarías en descubrir a la policía mis secretillos, si no fuese por temor a que yo descubra el tuyo. ¿Acierto, Daniel? Si tú no tuvieses intención de hacerme alguna mala faena, no te importaría que yo te tuviese «cogido» con esa prueba que tú tanto temes.

—No me gusta estar a merced de nadie, y mucho menos de ti. Yo me puse a tu disposición y nada tramé contra ti; sin embargo, tú no tardaste en prepararme una trampa para asegurarte de que yo no pudiera negarme a tus deseos. Fuiste tú quien rompió la palabra que me diste en Wake de no revelar jamás mi secreto.

Rossi y Conny ponían toda su atención en escuchar la conversación de los dos hombres y se preguntaban qué secreto

habría entre ellos, aunque suponían que nada honrado debía de ser. Tan interesados estaban en oír la polémica que sostenían Corbett y Baleti, que no repararon en la sigilosa maniobra que ejecutaba John, el cual, con gran disimulo, estaba aproximándose a la puerta. Baleti, que tampoco se percataba de lo que hacía John, prosiguió hablando:

—Ignoro aún lo que te propones hacer contra mí; pero sea lo que sea, procura pensártelo antes. Estoy seguro de que te arrepentirías... Y no sería sólo por aquello... Sé cómo he de obrar con los que me traicionan.

Corbett, que era el único que se daba cuenta de la maniobra del hermano de Susana, para entretener a los «gangsters» haciéndoles descuidar la vigilancia de John, continuó discutiendo con Baleti, al cual replicó:

—No me asustan tus amenazas. Y te aseguro que, llegará la hora en que pueda ajustarte las cuentas. Te daré tal reprimenda con mis puños, que no te podrás mover en mucho tiempo.

—No me hagas reír. Yo es...

No terminó la frase, pues la puerta se cerró de un portazo: John se les había escapado. Aquello logró desconcertar a los «gangsters»; Rossi se dirigió a la puerta para perseguir al huido; Conny descuidó la vigilancia del federal y Baleti ordenaba a Rossi dejara en paz al hermano de Susana, temiendo que el idiota de Rossi liárase a tiros en la sala de fiestas, con lo cual era seguro que la policía interviniese.

Tal desconcierto fue aprovechado por Corbett para arrojar encima de Conny, consiguiendo desarmarlo de un manotazo a la pistola, mientras le asestaba un puñetazo en el rostro.

Baleti reaccionó prontamente: alargó su puño, que estrellóse en el mentón del federal, haciéndolo vacilar. Rossi intervino también: golpeó la cabeza del federal, con la culata de la pistola, hasta lograr derribarlo, sin sentido.

Baleti contempló al caído, con ojos de furia.

—¿Qué hacemos con él, Joe? —preguntó Rossi, con un vehemente deseo de asesino—. ¿Vacío el cargador en su cuerpo?

—Tú cada día eres más torpe, Rossi. Después de lo sucedido a Harry, quieres cargarte a éste para que la policía investigue más a fondo —señaló a Corbett, que estirado en el suelo no daba señales

de vida y agregó—: Sacadlo de aquí. Lo dejáis en cualquier bocacalle obscura. Estoy seguro de que John ha sido capaz de ir en busca de la «bofia». Cuando vengan no conviene que lo encuentren aquí. Bastantes líos nos ha buscado Harry. Él, por la cuenta que le tiene, no dirá ni palabra a la «poli» de lo que aquí ha sucedido. Así que largo.

Terminado de decir esto, sacó de una caja una botella de «*whisky*»; rompió el casco y arrojó al pecho y boca del federal un chorro de licor.

—Quién lo vea creerá se trata de un borracho. Ahora cogedlo y sacarlo del «club» como si se tratara de un cliente que ha bebido más de la cuenta. ¡Deprisa!, que puede venir la «bofia».

CAPÍTULO X

Cuando Daniel recobró el conocimiento, notó en su boca un sabor amargo, y en la cabeza un terrible dolor. Encontróse estirado cuán largo era en una estrecha y sucia callejuela. Movi6 repetidas veces la cabeza, pues sentíase algo mareado; pero aun así y todo pudo ponerse de pie.

Coordinó sus ideas, recordando lo sucedido en el «Maryland». Se hallaba en lugar desconocido para él. Comenzó a caminar, sin saber a dónde se dirigía.

No pudo por menos que maldecir su mala estrella, pues pensaba que la única esperanza de apoderarse de la cinta magnetofónica habíala perdido, ya que Baleti no le daría la mínima oportunidad de hacerse con ella. Ahora todo dependía de lo que pasara con Harry. Si éste era condenado por la muerte de Strinker, confiaba en que el «gángster» delatase a sus compañeros. Recordó que tenía un papel firmado por el asesinado Strinker. Buscó en los bolsillos y dio con el citado papel. Lo desdobló y leyó lo siguiente:

«He recibido de Jhosep Baleti la cantidad que yo le presté hace tres meses. Con ello queda saldada su deuda, para conmigo. Además, con la firma de este documento, me comprometo a no dedicarme al negocio de “*night club*” sin el consentimiento de Jhosep Baleti, en compensación de los porcentajes que recibo de su negocio».

Firmado

«Frank Strinker».

San Francisco, 12 de enero de 1948.

—¡Caray! —exclamó, satisfecho—. Ahora comprendo la causa de que Baleti mandase asesinar a Strinker. Éste iba a medias en el

negocio de proteger los salones nocturnos. Quiso desligarse de Baleti y comprar el «Fifty club», a sabiendas de que Baleti no vendría a «sangrarle» como a los otros propietarios de «clubs», puesto que él podía acusarlos de asesinos y «gangsters». Baleti debió enterarse de lo que pretendía Strinker y por eso lo mató, temiendo que el agente artístico, cuando lo creyese conveniente, descubriría su «juego a la policía». Strinker sabía que con este documento Baleti nada podía probar contra él. Aquel papel solo decía que recibió el dinero prestado a Baleti y que éste le daba participación en los beneficios del negocio, pero sin nombrar qué clase de negocio. Strinker supo hacer muy bien las cosas, pero de tan bien que las hizo le costó la vida.

Guardóse el susodicho papel y apretó el paso, con idea de trasladarse a su domicilio.

Al segundo día de haber sido detenido como presunto autor de asesinato en la persona de Frank Strinker, Harry fue llevado al Tribunal para ser juzgado.

El juicio estaba anunciado para las doce del mediodía. Horas antes numeroso público llenaba la amplia sala, deseoso de ser testigo de tan interesante como sugestivo proceso. Reporteros de cuántos periódicos se publicaban en San Francisco y Los Ángeles acudieron a presenciarlo, para informar a sus lectores.

Corbett, acompañado de Susana y John, también acudió al proceso; Baleti y sus compinches estaban situados detrás de Miulek, el abogado defensor de Harry Duncan. Era un tipo alto y de enjutas carnes; los cabellos, de color rubio, le caían a ambos lados de las sienes; vestía un elegante traje marrón, y sus ademanes eran de hombre resuelto y hecho a las lides de procesos como el que se iba a desarrollar. Daba la impresión de estar muy seguro de sí mismo. Tenía como ayudante a un joven, el cual, sentado al lado de su jefe, no cesaba de escribir sobre unas cuartillas.

Harry apareció en la sala acompañado de dos policías de uniforme. Todas las miradas se posaron en él, con enorme curiosidad, al tiempo que era objeto de vivos comentarios. Los componentes del jurado, seis hombres y tres mujeres, tras ocupar el estrado se sentaron.

El juez penetró en la sala, mientras el público se ponía en pie. Cuando el juez tomó posesión de su asiento, cogió el mazo y,

golpeando con él en la mesa, declaró:

—El proceso contra Harry Duncan, al cual se le acusa de haber dado muerte a la persona de Frank Strinker, da comienzo. El señor fiscal tiene la palabra.

El fiscal del distrito se puso en pie. Era hombre de parecidas características a las de Miulek, aunque algo más grueso. Comenzó su oratoria, diciendo:

—Desearía interrogar en primer lugar al acusado.

El juez dio su consentimiento, y Harry fue conducido al estrado de los testigos. El ayudante del juez le tomó juramento ante la Biblia. Después sentóse en el sillón de los testigos.

—¿Conocía usted a Frank Strinker? —preguntóle el Fiscal.

Harry, que había sido asesorado por el abogado acerca de lo que tenía que responder, replicó, con firmeza:

—Sí.

—¿Qué relación había entre usted y la víctima?

—¡Protesto! Mi defendido no ha dicho que se relacionase con la víctima, sólo que lo conocía —repuso Miulek, levantándose del asiento y haciendo gestos muy teatrales.

—Protesta denegada —manifestó el juez, y dirigiéndose a Harry agregó—: Conteste a la pregunta del señor fiscal.

—Strinker era quien proporcionaba al «club» en donde presto mis servicios los artistas que actúan en las variedades de la pista del «Maryland».

—¿Tenía alguna otra relación aparte de la alegada? —preguntó el fiscal.

—No.

—El día antes de ser asesinado el señor Strinker usted le visitó. ¿Puede decirnos de qué trataron, puesto que sabemos que usted salió furioso de su despacho?

—¡Protesto! —volvió a intervenir Miulek—. Mi defendido está en el perfecto derecho de no responder a semejante pregunta.

—Protesta concedida —declaró el juez.

El fiscal hubo de retirar tal pregunta. Luego volvió a interrogar al acusado:

—¿Qué hacía usted cerca del automóvil de la víctima cuando le detuvo la policía?

—Pasaba casualmente por allí...

—Así niega que vio el cadáver, ¿no es eso? —Atájóle el fiscal.

—En efecto. Yo supe que Strinker había sido asesinado porque me lo dijeron los guardias al detenerme.

—Nada más por ahora, señor juez. El acusado puede retirarse.

Harry regresó al lugar que antes ocupó. Miulek se puso en pie.

—Quisiera interrogar al policía que detuvo a mi defendido. Según mis informes se llama McKay.

El grueso policía irlandés ocupó el asiento de los testigos, una vez hubo jurado ante la Biblia.

—¿Usted fue quien detuvo a mi defendido? —Fue lo primero que preguntó Miulek.

—Sí, yo y mi compañero Swiff.

El abogado prosiguió:

—¿Cómo sabían usted y su compañero que mi defendido tenía que ser forzosamente el asesino?

—Recibimos aviso de la Prefectura del distrito que un tipo llamado Harry Duncan, y cuyos rasgos de fisonomía coincidían con los del acusado, disponíase a cometer un asesinato.

—De acuerdo. ¿Vio usted el cadáver de Frank Strinker yacente en el automóvil que era propiedad del muerto?

—No, pero mi compañero sí.

El abogado pidió interrogar al otro policía. Éste no tardó en ocupar el lugar que dejaba su compañero.

—Usted vio el cadáver dentro del coche, según ha declarado su compañero, ¿es cierto?

—Desde luego que sí —respondió, como si le ofendiese la duda de Miulek—. Sangraba de la espalda por dos orificios que le habían hecho sendas balas.

—¿Cómo es que ustedes, me refiero a sus superiores, tenían conocimiento de que se iba a cometer un asesinato? ¿Acaso recibieron una denuncia anónima contra mi defendido?

—No lo sé, señor. Yo cumplí con mi deber acudiendo a dónde se me ordenó; y lo mismo hago ahora, pues tengo orden de mis superiores de no dar ninguna información a su pregunta.

Entre el público se dejó oír un murmullo de comentarios, a cuál más interesante.

Miulek sonrióse, pleno de satisfacción.

—Nada más por ahora —comunicó al guardia—. Puede usted

retirarse.

Corbett presintió que la cosa tomaba mal cariz. Miulek era un zorro viejo, que sabía cómo desarrollar los procesos de manera que conviniese a sus deseos. Baleti, mientras tanto, mostrábase satisfecho de la labor de Miulek, el cual, dirigiéndose al jurado, empezó su defensa.

A ésta siguió el discurso acusatorio del fiscal. Ambos mostráronse hábiles, certeros, dialécticos. El proceso se fue animando. El público sentíase emocionado, y no acertaba a adivinar cuál podría ser el fallo.

CAPÍTULO XI

Miulek volvió a tomar la palabra, manifestando:

—Quisiera interrogar al señor Baleti, dueño del «club» donde mi defendido presta sus servicios.

Baleti no tardó en sentarse en el sillón de los testigos, siendo interrogado por Miulek, quien le formuló la siguiente pregunta:

—¿Tiene inconveniente en decir a este tribunal, señor Baleti, cuánto tiempo lleva trabajando en su casa Harry Duncan y qué cargo ocupa?

—Hace aproximadamente siete meses que di empleo en mi casa a Harry. En un principio, su misión era la de atender a los clientes en las reclamaciones que éstos pudieran formular de los camareros por haberles atendido mal. También se ocupaba de evitar que nadie molestara a quienes vienen al «club» con el sano propósito de pasar unas horas distraídas, pues, como ya deben saber, en los «*night club*» siempre acuden personas que acostumbran a beber más de lo debido, y por tal causa molestan a los demás clientes. Tiempo después, no puedo precisar si desde hace un par de meses o más, le autoricé para que se ocupara de contratar los números de variedades que creyese oportunos y de interés para actuar en el «Maryland».

—¿Es cierto que mi defendido y otros hombres, según dicen, los tiene usted asalariados para que nada suceda a su «club» y para impedir que la persona de usted sufra la menor agresión?

Baleti apretó su mandíbula, nervioso. Su cerebro no tardó en encontrar la respuesta adecuada a la pregunta que le dirigió Miulek.

—Quienes digan tal cosa —declaró, con firmeza— no desean más que difamarme tergiversando la verdad. Todos los empleados del «Maryland», ocupan labores relacionadas con la administración o bien en trabajos de índole diversa que, para atender el negocio, se precisan. Esto no quiere decir que, debido a la cantidad de forajidos

que asolan nuestra ciudad, estén autorizados para repeler cualquier intento de perturbación que tales bandidos quieran provocar contra la tranquilidad y recreo de los que acuden a mi establecimiento a divertirse. Pero de esto a que mis empleados sean mis «guardaespaldas» va un trecho.

Corbett estaba que no podía contener su indignación. Tenía que soportar tales mentiras sin poder hacer nada para contrarrestarlas. A duras penas contenía su deseo de levantarse y gritar con toda la fuerza de sus pulmones que lo acabado de alegar por Baleti era un sarta de embustes, y quien los pronunciaba un canalla, asesino y jefe de toda la pandilla de pistoleros que tenían amedrentados a muchos de los dueños de los «*night club*» de la ciudad. Pero debía callar, porque de momento todo estaba a favor de Baleti, al poseer éste la prueba de su secreto.

Susana debió observar lo que pasaba por el ánimo del federal, ya que le miró, compadecida, y le dijo:

—Ha de tener paciencia, Daniel. Piensa en el perjuicio que usted mismo se haría si delata a Baleti.

Corbett miróla con simpatía.

—Estoy escuchando tantas ignominias que la sangre se me altera —manifestó, corajudo—. Ese hombre es un farsante. Cuando comprendo que está en mi mano llevarlo a la silla eléctrica y no puedo hacerlo... me desespero.

—Tenga fe. Nada está perdido todavía —declaróle John, que oyó las frases del federal—. Aún podremos apoderarnos, de la cinta magnetofónica, caso de que falle el jurado a favor de Harry.

Corbett no replicó. Pero para sus adentros pensaba en no permitir que el hermano de Susana se arriesgase otra vez por él. Además, de ser Harry absuelto, ya tenía formado su plan. Era una decisión suicida; pero la única posible de llevar a cabo contra aquella pandilla de indeseables; y estaba decidido a emprenderla.

Después de varios interrogatorios a que fue sometido Harry, Baleti y dos empleados de la víctima, el abogado fue tejiendo en los testigos una red de confusionismo, consiguiendo de ellos se armaran un lío en sus declaraciones. Varias veces más tuvieron que declarar cuántos testigos lo habían hecho ya. El fiscal, a falta de pruebas categóricas que probasen la culpabilidad de Harry, fue desorientándose hasta no saber qué oponer a las trampas que

continuamente le tendía Miulek.

Todo parecía estar decidido a favor de Harry. El jurado recibió el permiso del juez para que se retirase a deliberar, antes de emitir el fallo. Ya se disponían los miembros del jurado a retirarse, cuando algo sorprendente ocurrió: un funcionario del Tribunal acercóse al juez y le habló en voz baja.

Todos cuantos llenaban la sala, fijaron sus miradas en el juez y el que le hablaba. Éste se retiró y el magistrado cogió el mazo para golpear encima de la mesa y declarar:

—Esta causa queda suspendida hasta pasado mañana a la misma hora. La policía ha encontrado el arma con la cual dio muerte a Frank Strinker.

Semejante declaración causó trascendental júbilo a Corbett, lo mismo que a Susana y al hermano de ésta; pero a Baleti y sus secuaces les llenó de temor.

Harry lanzó una mirada angustiada a su jefe, mientras su rostro parecía ensombrecerse. Baleti y los tres que le acompañaban salieron rápidamente de la sala.

Corbett estaba contentísimo. Llegaba a tanto su euforia que abrazó impensadamente a Susana, la cual se ruborizó.

—Ahora sí que nada ni nadie salvará a esos canallas. Estoy plenamente convencido de que Harry no querrá ir él solo a la silla eléctrica.

Los tres salieron del Tribunal.

Harry, con el rostro más pálido que la cera y esposado, fue cogido de un brazo por un agente, que le llevó afuera del Tribunal para ser conducido a la cárcel. En la calle, numerosísimo público llenaba la amplia acera esperando que saliese el detenido, para observarle. El coche celular aguardaba enfrente mismo de la puerta por la que había de salir Harry.

Cuando éste salió conducido por el agente, los guardias abrieron la puerta del coche y apartaron al gentío que pugnaba por llegar al lado del detenido. Cuando éste iba a penetrar en el coche, dio con el cuerpo una especie de sacudida, y no cayó al suelo, porque lo sostuvieron entre los brazos tres policías.

—¡Diablos! ¿Qué le sucede a éste? —exclamó uno de los guardias.

Lo sucedido dejó pasmados a cuántos lo habían presenciado.

Harry daba la sensación de que había dejado de existir. Y así opinó uno de los policías, los cuales dejaron el cuerpo del detenido en el suelo, con sumo cuidado, y preguntaron si entre la numerosa concurrencia se hallaba algún médico.

Un hombre de edad madura y que usaba lentes, abrióse paso entre los curiosos. Llegó junto al caído y declaró ser médico, a los guardias. Miró los ojos de Harry y después le pulsó el corazón.

—Este hombre está muerto —manifestó, ante la sorpresa de todos cuantos le oyeron.

Luego repasó con la mirada el cuerpo del cadáver. Lo volvió de espaldas, viendo que en ella llevaba clavado un dardo de unos cinco centímetros de largura por uno de ancho.

—Miren —dijo a los policías, señalándoles lo que había causado la muerte en Harry.

Una vez comprobada la causa, los policías introdujeron aquel cuerpo sin vida en el coche y salieron disparados en dirección al hospital del Estado.

Nada más llegar a éste, los médicos se hicieron cargo del cadáver. Pocos minutos tardaron en hacerle la autopsia, determinando que la muerte fue causada por el dardo que se le clavó en la espalda, el cual llevaba impregnada la punta de un veneno activísimo que se denomina «Kombé», y que se obtiene del estrofanto mezclado con ineína, estrofantina y colquicina. Su acción es de una rapidez espantosa; nada más penetrar en la sangre, de persona o animal, causa su muerte instantánea.

Cuando supo lo ocurrido a Harry, Corbett se trasladó al hospital donde aquél fué llevado por los agentes de la policía, para conocer detalladamente lo sucedido. Por boca del forense que hizo la autopsia al cadáver, supo cómo murió el «gángster».

No tardó en comprender que el causante de la muerte de Harry era Baleti, pues sólo éste podía tener interés en eliminarlo. Y hubo de reconocer que ahora le resultaría muy difícil hacerle pagar todos sus crímenes. No le quedaba más remedio que obrar por su cuenta y riesgo si quería castigar a semejante canalla.

Salió del hospital y, con lento caminar, dirigióse al departamento del

F. B. I.,

para informar al inspector Baxter de lo ocurrido a Harry Duncan.

Mientras caminaba en dirección al departamento federal, no cesaba de pensar en su mala suerte. Recordó lo sucedido en su pueblo natal, donde se le acusó de un crimen que no cometió; después en su ingreso en el ejército; las fatigas pasadas en la guerra; como conoció a Baleti, para su desgracia. Se preguntaba, ¿qué había cometido de malo en la vida para que ésta le deparase tantos sinsabores? Él siempre había obrado con justicia. Jamás cometió falta alguna contra las leyes de la vida y la sociedad, y en cambio... que mal le trataba el destino. Recordó que las horas más felices de su vida fueron los seis meses que estuvo en la academia del

F. B. I.

en Quántico; los ratos de charla sostenidos entre tan buenos camaradas; cuando le entregaron el nombramiento de agente federal, y el orgullo sentido siempre que realizaba alguna faena en contra de los enemigos de la paz y la tranquilidad, recibiendo por ello las más efusivas felicitaciones de sus jefes. Pero todo esto no compensaba lo que le hacía sufrir el bribón de Baleti, al cual deseaba con todas sus fuerzas exterminar. Y no sólo porque de esta forma él se librara del gran peligro que le representaba el que continuara viviendo el «gángster», sino que su deseo también cifrábase en que libraría a la sociedad de un elemento perverso, sin entrañas ni escrúpulos de ninguna especie.

Casi sin percatarse de ello, subió los pocos escalones que conducían al recinto del departamento federal. Solicitó ver al inspector Baxter. A los pocos minutos le recibía.

Una vez Corbett informó a su jefe de los últimos acontecimientos, éste, tras de observar detenidamente a su subordinado, dijo:

—No acabo de comprender lo que le sucede, Corbett. Su proceder en este asunto me parece falto de sentido y algo oscuro.

Corbett miró a su jefe, estupefacto, al tiempo que en su interior sentía una extraña pena al comprobar que era la primera vez que iba a recibir una reprimenda de un superior.

—Por lo que se desprende de su actuación, estoy por creer que lleva el asunto mal enfocado. Conoce, por supuesto, a los causantes de tanto mal. Sabe quién es el jefe, su guarida, está introducido entre ellos; sin embargo, nada consigue de meritorio. ¿Qué le ocurre, Corbett? ¿Está a disgusto en esta delegación?

—Al contrario... Pero no consigo pruebas suficientes. Yo bien quisiera...

—No tome como una ofensa mis palabras —declaró el inspector, moderando su tono—. Mi único deseo es que comprenda la necesidad que tenemos de dar con los culpables de tantas atrocidades como cometen tales malhechores. Es preciso que dé con las pruebas suficientes para llevarlos ante un tribunal que los juzgue y libre así a la sociedad de indecentes y perversos seres.

—Hago todo cuanto me es posible por conseguirlo, inspector. Pero no es tan fácil como a primera vista parece. Esos hombres, si ahora los detuviésemos, tendrán preparadas sus coartadas que harían inútil nuestra acusación. Es más, con detenerlos ahora, sin poseer indicios fuertes que asegurasen el éxito, sólo lograríamos espantarlos; yo quedaría al descubierto de quién soy y lo que pretendo, con lo que ellos tomarían sus medidas, y nos sería muy difícil aniquilarlos. Deme otra oportunidad, inspector. Yo le prometo que haré lo posible, y hasta lo imposible, para conseguir exterminar a esos canallas.

Concluidas de pronunciar estas palabras, Corbett miró a su jefe en espera de respuesta. Baxter notó el desasosiego que embargaba al agente. Se lo hizo saber, diciéndole:

—Encuentro algo raro en usted. ¿Qué le ocurre?

Corbett experimentó una inquietud que rayaba en temor.

—Nada, inspector. Estoy algo nervioso, y todo se debe a este dichoso asunto que llevo entre manos. Baleti es el jefe de esa pandilla de asesinos. ¡Yo lo sé, y, en cambio, nada puedo hacer en contra de él!

Baxter mostróse comprensivo.

—Trate de dominar esos nervios. Recuerde que un federal los ha de poseer de acero. No se desespere. Tengo fe en usted, y le creo capacitado para dar su merecido a esos forajidos. Procure, en el mínimo de tiempo posible, reunir las pruebas necesarias, y verán esos truhanas que con la Ley no se juega.

—Gracias por la confianza que deposita en mí, inspector.

—Jamás la perdí en usted. Lo que ocurre es que supuse resultaría más fácil la cosa. ¡Con razón la policía nos la embarcó a nosotros! También imaginé que usted ya sabía lo suficiente como para demostrar a un tribunal que Baleti es el cabecilla de

forajidos...

—Pero le repito que de momento no me es posible probar nada —mintió Corbett—. Necesito tener bases firmes en las cuales apoyar mi acusación.

Disgustábale haber de mentir a su jefe, pero no le tocaba otro remedio, mientras pendiera de su cabeza la espada que sostenía Baleti, poseyendo la prueba de la cinta magnetofónica.

El inspector Baxter quedó plenamente convencido de que lo alegado por Corbett era cierto. Conocía el historial de Daniel Corbett en el

F. B. I.,

y por ello tenía la más absoluta confianza en él. Lo creía leal, fiel cumplidor de su deber y hombre de capacidad suficiente para ocupar el cargo de agente federal.

—Bueno, no quiero entretenerlo más, Corbett. Quedamos de acuerdo en que hará todo lo posible para terminar cuanto antes este desagradable asunto. En sus manos, pues, está el resolverlo. Nada más. Puede retirarse, Corbett.

CAPÍTULO XII

Lorbett salió del departamento federal con el ánimo decaído. Anduvo sin rumbo fijo por espacio de dos horas, mientras su cerebro trabajaba buscando la mejor manera de obrar contra Baleti y sus secuaces. Lo que pensaba ejecutar era un suicidio, pero la única manera de aniquilarlos, además de patentizar su adhesión y profundo amor al

F. B. I.

Alrededor de las dos de la tarde, penetró en un restaurante y se hizo servir algunos alimentos, que apenas probó, tal era su abatimiento. Luego pidió al camarero le diese recado para escribir una carta. Anotó en el sobre el nombre del inspector Baxter y después pasó a llenar el mensaje. En él explicaba al inspector toda su historia desde que abandonó su pueblo para evitar ser condenado por un crimen que no cometió, así como las razones que le impulsaban a obrar como lo iba a hacer, y que no era más que su deseo de cumplir lo jurado cuando tomó posesión de su cargo, demostrando de esta manera que era enemigo acérrimo del crimen, a pesar del que se le imputaba tan injustamente.

Una vez terminó de redactar la carta, la metió en el sobre y lo cerró. Salió del restaurante en dirección a la casa de Susana.

Mientras se dirigía a ella, pensaba en la joven. Notaba el placer que sentía al saber que tal vez sus últimas horas de vida las iba a pasar a su lado. Había cobrado a Susana gran efecto, que rayaba en amor.

Recordó sus ojos. Eran bellos y de dulce mirada, poseyendo, además, un encanto que le atraía. Sintió pena al comprender que quizá no volvería a verlos.

A Susana, pese ignorar los pensamientos que referentes a ella tenía Daniel, también le impulsaba hacia éste un deseo amoroso, que a duras penas podía contener. Sabedora de las preocupaciones

del federal, no pensaba en otra cosa más que en el dolor y pesar que atormentaba a Corbett.

Cuando abrió la puerta de su casa para dar paso al joven, dióse cuenta, inmediatamente, de la honda pena que éste sentía.

Ya dentro del piso, el federal dijo a Susana:

—He de pedirle un favor.

—¿Y qué espera para pedírmelo?

—Se trata de llevar esta carta a la dirección escrita. Ha de hacerlo mañana, antes no.

Susana mostróse alarmada. Ignoraba los planes de Corbett, pero adivinó que algo peligroso iba a intentar.

—No comprendo —murmuró, con pena—. ¿Qué pretende, Daniel? ¿Aseguraría que es algo muy grave...? Debería meditar bien lo que va a hacer.

Corbett presintió que las palabras de la joven dejaban traslucir la congoja que ésta sentía. Trató de disimular el riesgo a que exponíase, para tranquilizar a Susana.

—El darle a usted esa carta para que la lleve al departamento federal, no significa que yo esté en peligro, sino que lo hago porque es preciso que mañana, sin falta, llegue a su destinatario; yo quizás esté lejos de aquí, y me sería imposible llevarla.

—¿Se va de San Francisco? —preguntó, intranquila.

—Sí. He de realizar un trabajo muy importante... en Los Ángeles.

—¿Y por qué no la lleva ahora?

—Es que... Verá... Hasta mañana no debe leerla...

—Comprendo —repuso ella, muy apenada.

Por unos instantes los dos permanecieron silenciosos. Corbett, mirando a la joven, se percató de que adivinaba que él le mentía.

Desde luego, éste era el pensamiento de Susana. Presentía que algo grave iba a suceder al federal, por lo que sufría atrozmente sin poderlo disimular. Con voz emocionada, dijo:

—No me engañé, Daniel. Le ruego me explique qué barbaridad va a cometer. Estoy segura de que se relaciona con Baleti, y que, por lo tanto, ha de ser peligroso para usted.

Corbett mordióse los labios. No deseaba comunicar sus planes a la joven.

—¡Es eso! —gritó ella, con el semblante descompuesto—. Piensa

enfrentarse a Baletti. ¡No lo haga, Daniel! —le rogó, conmovida y temblorosa.

—No piense lo peor, Susana —dijo él, mientras acariciaba las manos femeninas—. No sabe cuánto lamento verla tan angustiada; mas he de cumplir con mi deber —afirmó, sin poder ya contenerse — y para ello debo ir a la madriguera de ese lobo y enfrentarme con él.

—Pero antes es su vida, Daniel. ¿No ha sufrido ya lo bastante? ¿No se ha hecho merecedor de la tranquilidad después de combatir tantas veces con los enemigos de la Ley?

—No me formule tantas preguntas, Susana... Es posible que usted tenga razón...; pero he de exterminar a ese canalla aunque ello me lleve a la muerte. Si el destino, la vida, o lo que sea, me ha deparado tantos sinsabores, no quiero que por mi culpa otros las pasen. Con mi granito de arena contribuiré, a que los enemigos de la paz y el orden sean aniquilados.

—Si estoy de acuerdo, Daniel; pero lo que intenta emprender es un suicidio, que no privará que otros, que no sean Baletti, cometan las mismas canalladas que éste comete.

—He de hacerlo, Susana —dijo, resuelto a terminar con la discusión—. Quiero verla sonriente. No sabe cuánto me gusta cuando sonrío. ¡Me hace tan feliz saberla contenta!

—¡Daniel! —exclamó ella, sin poder contener un minuto más su cariño hacia él, mientras se arrojaba en brazos del federal.

Éste la recibió pleno de júbilo y ardor. Sin previo aviso, ambos unieron sus labios en beso apasionado, ardiente.

Pero Corbett, no deseando prolongar más su estancia al lado de la joven, por temor a que ésta, con sus encantos y sus sollozos, le hiciese claudicar, abandonando con ello su deber despidióse de pronto de ella, no sin antes recordarle que llevase la carta al inspector Baxter a la mañana siguiente, en caso de que él no pasara antes a recogerla.

En pocos minutos llegó al «Maryland». Sin dudarle un segundo, llamó con los nudillos en la puerta situada en el callejón. Apenas tuvo tiempo de pensar en lo que había de decir cuando le abriesen la puerta, que ya ésta le fué franqueada por Rossi.

—¿Qué buscas, Daniel?

Habíase situado en el hueco que dejaba la puerta, impidiendo

pasar al federal. Éste replicó:

—He de hablar con Baleti. Déjame pasar.

Rossi titubeó. Miró a Corbett, desconfiado, como si temiera que éste fuese a cometer alguna trastada.

—Supongo que no vendrá en son de maraña.

—Ya te he dicho que necesito hablar con Baleti...

Rossi se quitó del paso para que Corbett entrase.

—Parece que has comprendido lo inútil de tu proceder, ¿eh, Daniel? —Manifestó el forajido, sin recibir respuesta del federal.

Atravesaron el largo pasillo, hasta llegar a la sala de fiestas. Subieron por la escalera de mármol conducente a la parte superior del «club».

Rossi le guió al despacho de Baleti. Abrió la puerta y pasaron dentro.

Baleti permanecía sentado tías su mesa de despacho, en el cual se hallaban Couny y dos «gangsters» más. Baleti, al ver al federal, se puso en pie y vino a su encuentro, sonriente.

—¡Hombre, Daniel! ¿Tú por aquí?

—Sí. He venido para hablarte —respondió el aludido, mientras sus ojos miraban con atención a los compañeros de Baleti, y añadió —: Pero ha de ser a sotas.

El jefe de los forajidos, sin abandonar su risita irónica; miró a sus compinches y socarrón, manifestó a Corbett, clavando ahora su mirada en éste:

—Veo que continuas demostrando poca simpatía a los chicos. ¡Lástima, Daniel! Tal cosa no me hace la menor gracia...

—Yo no profeso a nadie antipatía. Lo que tengo que decirte, es confidencial, y, por lo tanto, necesito quedar a solas contigo.

Baleti no contestó. Parecía dudar quedarse a solas con Corbett. Clavó su mirada en éste, como si deseara averiguar lo que pretendía.

—Salid un momento —acabó por ordenar a sus secuaces.

Les acompañó hasta la puerta, la cual cerró, una vez éstos estuvieron fuera. Regresó al lado de Corbett, observándole detenidamente.

—Bien, ¿qué tenías que decirme?

—Quiero me des el rollo de cinta magnetofónica.

Baleti mostróse sorprendido.

—¡Vaya! ¿Para esto viniste? ¡No está mal! ¡Lo siento, pero has perdido el tiempo!

—Y tú perderás la vida si no me lo entregas —le replicó, mientras en su mano aparecía una pistola.

Baleti ni se inmutó, pues tumbóse en un sillón sin demostrar temor al arma de Corbett.

—Estás cometiendo la gran estupidez, Daniel. Ya te avisé una vez de que puedo matarte y luego alegar que intentabas robarme. Mis hombres están ahí fuera, ¿quién te asegura que no entran y te acribillan al verte apuntándome con esta pistola?

—No sabes a lo que vengo decidido, Baleti. De saberlo, no te mostrarías tan seguro de ti mismo. Si te niegas a entregarme lo que te he pedido, te alojaré entre ceja y ceja un par de balas; el resto del cargador servirá para hacer lo mismo con tus esbirros.

Había tanta firmeza en sus amenazas, que Baleti dejó de sonreír y palideció.

—No perdamos tiempo —apremióle Daniel—. Vuelvo a insistir que me entregues la cinta magnetofónica. Y no intentes tomarme el pelo como la otra vez; aunque no lo conseguirías, pues antes de caer yo, te depositaré el par de balas entre ceja y ceja. ¡Creo que es una obsesión mía...! Recuérdalo, entre ceja y ceja.

—Bien. Tú ganas —murmuró Baleti. Pero lo que me pides está en otro lugar... y hemos de ir a buscarlo.

—Si piensas que vas a poderme engañar, estás en un error —llegó frente a Baleti y, sin dejar de apuntarle con la pistola, le cacheó. En la axila le quitó una pistola, al cual guardóse en el bolsillo—. Ahora ya puedes salir a buscar la cinta. Y cuidadito con lo que hacen tus esbirros. El primero que intente algo contra mí, ya sabes lo que te toca. Así que andando.

Baleti viose obligado a obedecer. Salió del despacho, seguido de Corbett, quien no dejaba de encañonarle.

En el pasillo estaban los cuatro forajidos, quienes, al ver la situación tan angustiosa porque atravesaba su jefe, hicieron ademán de sacar sus armas; pero el federal apretó el cañón de su pistola a la espalda de Baleti, logrando que éste, dirigiéndose a sus secuaces, ordenara:

—Quietos, quietos. ¿No veis que me tiene encañonado?

Los «gangsters», aunque de mala gana, desistieron en su idea de

atacar a Corbett, el cual dijo a Baleti:

—Ordénales que penetren en tu despacho. ¡Pronto, o disparo!

Baleti transmitió a sus compinches la orden dada por el federal, observando éste que la cumplían, aunque con la mirada de asesinos puesta en su persona. Lo que a continuación hizo el federal, pudo costarle muy caro; y fué que, al introducir una mano, la libre, en el bolsillo de Baleti para sacarle las llaves y encerrar a los «gangsters» en el despacho, el encañonado, que esperaba cualquier oportunidad.

Era librarse de Corbett, al comprobar que éste se había confiado un poco, le agarró la mano que empuñaba la pistola y se la torció. Corbett apretó el gatillo al tiempo que la pistola se le iba de las manos; pero la bala se incrustó en el suelo.

Los dos hombres comenzaron a luchar con todo brío, pero Corbett llevaba las de perder, puesto que los compañeros de Baleti, al oír el disparo, salieron del despacho y se lanzaron sobre él.

Éste, por más valentía y fuerza que derrochaba para repeler a sus contrarios, a los que asestaba golpe tras golpe, no conseguía zafarse de ellos. Rossi recibió un puntapié en pleno estómago que le hizo salir expedido por encima de la barandilla, cayendo a la sala de fiesta. Pero con esto no consiguió que el resto de los forajidos amainaran su ataque, sino que les hizo cobrar más empuje; y arremetían contra el federal de manera impetuosa, dándole patadas y puñetazos en cuantos lugares les era dable.

Corbett estaba recibiendo un castigo enorme, pero sus fuerzas no disminuían. Fuertes golpes encajaban sus enemigos, uno de los cuales cayó patas arriba, fulminado por un soberbio «crochet».

Uno de los forajidos, utilizó a modo de maza su potente puño para descargarlo sobre la cabeza del federal, haciéndole tambalear. Pero pronto se repuso de tan bestial porrazo, lanzándose en «plongeon» a las piernas de su agresor, que, ante la brusca acometida, cayó de espaldas y quedó prisionero en una llave certera de rodillas que le hizo Corbett. El caído, sin embargo, no estaba derrotado ni mucho menos.

Su extraordinaria corpulencia soportó impertérrita el castigo que le propinaba Corbett; luego dió una especie de resuello y, en el siguiente forcejeo, consiguió liberar un brazo, con el que apretó el cuello del federal. La presa de las rodillas quedó desarticulada y los dos luchadores rodaron por el suelo hechos un ovillo; tan pronto

estaba uno encima del otro como debajo, por lo que los demás «gangsters» debían resignarse a contemplar la lucha sin intervenir para nada.

Corbett le alcanzó en el estómago con dos descomunales golpes seguidos de derecha e izquierda, que obligaron al bandido a amagarse, transido por el dolor y agachada la cabeza.

Entonces intervino Conny, quien parecía tener cuenta pendiente con Daniel, por lo que cayó pesadamente sobre él, estrujándolo como a un fardo, completando su ataque con un potente directo de derecha al pecho de Corbett, que lo arrojó a unos seis metros de distancia, estrellando su cuerpo con un trípode de madera que soportaba un jarrón con flores. El frágil mueble se rompió en varios maderos y el jarrón quedó convertido en añicos al caer sobre la cabeza de Corbett, el cual vióse cubierto de flores; pero no se dió por vencido: cogió uno de los maderos y con él recibió a Conny, dándole furiosos leñazos en el rostro y cuerpo. El forajido se llevó las manos a la cara, dolorido, al haber recibido su carne punzantes rasguños y arañazos, por los que le salían hilillos de sangre, al tiempo que lanzaba ayes de dolor.

Pronto fue otro quien recibió las «caricias» de aquella arma improvisada, pero éste pudo apoderarse del brazo agresor y torcerlo brutalmente. Corbett vióse obligado a soltar el madero, al sentir que su brazo no podía resistir tan malvada como cruel llave.

Creyó perder su brazo, puesto que el «gángster» no cesaba de retorcérselo y la clavícula no daba ya más de sí.

Con los ojos relampagueantes y los dientes apretados de furor a causa del terrible dolor que le producía tan intensa torcedura, balanceó su cuerpo, hasta topar con el de su rival, cayendo ambos al suelo, Corbett encima del otro.

Desplomó su cabeza en la cara de su rival, oyendo el crujir de los dientes de éste y notando su temblor al aplastarle las narices con el suelo.

Baleti no esperó más: esgrimió la pistola que le cayó al federal y con ella le asestó un contundente golpe en la cabeza. Corbett sintió desvanecerse, pero haciendo poderosos esfuerzos se incorporó, con idea de replicar a Baleti. Mas Conny apresóle la garganta, con la criminal intención de estrangularlo. Sintió que la respiración le faltaba e intentó librarse de la opresión tan tenaz que aquellas

manos ejercían en su garganta. Pero la superioridad numérica de sus adversarios se impuso. Todos se lanzaron sobre él, golpeándole con pies y puños. Corbett notó que sus fuerzas le abandonaban, mientras que sus enemigos no cejaban en su empeño de abatirle. Baleti volvió a golpearle con la pistola, dos veces más y Corbett se derrumbó, exhausto.

—Llévalo a mi despacho —ordenó Baleti, el cual jadeaba a causa de la pelea.

Los forajidos, en cuyos rostros quedaban bien patentes las señales de los golpes de Corbett, cogieron el cuerpo inerte de éste y lo condujeron a dónde Baleti les ordenó. Dejaron al federal sobre un sillón y, con una cuerda, ataron su cuerpo y brazos a él.

CAPÍTULO XIII

John Brandon penetró en su domicilio y halló a su hermana apesadumbrada y plena de congoja. Preguntóle lo que le sucedía, y la joven púsole al corriente de lo que Corbett se disponía a emprender, así como de la carta que le había dejado para que la llevase al día siguiente al inspector.

John no tuvo que cavilar mucho para darse perfecta cuenta de que su hermana amaba al federal, puesto que al verla tan abatida y triste, no le cupo la menor duda acerca de los que ocurría en el corazón de Susana.

—No debes esperar a mañana, Susana. Lleva esa carta ahora mismo a su destinatario —le notificó John—. Mientras tanto, yo iré a la guarida de ese canalla para intentar ayudar a Daniel.

La joven no se hizo repetir que llevase la carta: cogió ésta y salió de su casa inmediatamente; y lo propio hizo John.

Susana, después de solicitar entrevistarse con el inspector Baxter, fué recibido por éste, el cual, ignorante de lo que tenía que decirle la joven, no quiso alargar mucho la entrevista, creído de que aquella joven tan bonita vendría para contarle cualquier estupidez. Tampoco quiso ser brusco con ella, y para lo cual dijo:

—Mire, señorita, yo tengo mucho trabajo. Dígame lo que desea, y veré si es de mi incumbencia lo que la trae a mí.

—Se trata de que he de entregarle esta carta. Es de Daniel Corbett, quien me la ha dado para usted.

Baxter tomó la carta, mientras miraba a la joven con extrañeza. Observó que su rostro denotaba ansiedad.

—¿Por qué no ha dicho que venía de parte de Corbett?

—No pensé en ello... Estoy algo... nerviosa.

Baxter rasgó el sobre y comenzó a leer la carta. Sus ojos se abrían desmesuradamente a medida que iban leyendo el contenido de lo escrito. Dos o tres veces dejó la lectura para mirar a Susana, la

cual le observaba con muda atención y muy nerviosa.

Enterado de lo que la carta decía, pulsó un timbre, a la llamada del cual se presentó un ordenanza.

—¡Lo más aprisa posible! —ordenó al ordenanza—. Que salgan dos coches con seis agentes y se dirijan al «Maryland Club». El agente Corbett está corriendo grave peligro. Que detengan a todo aquel que esté en ese antro.

—¿Es usted algo de Corbett? —preguntó Baxter a Susana, una vez se fué el ordenanza a cumplir su mandato.

La joven tardó en responder. Al inspector no le pasó desapercibido que ella estaba ojerosa y muy triste.

—No... No soy nada de él... Pero los dos nos queremos.

—Ya entiendo —respondió el inspector, el cual añadió tras una corta pausa—. ¿Conoce el contenido de esta carta?

—No; pero me supongo a qué se refiere.

—¿Está enterada del secreto de... Corbett? —preguntó, con pena.

—Sí. Más tengo la completa seguridad de que Daniel es inocente. Baleti sí que es un canalla. Sí verdaderamente Daniel fuese un asesino, ¿no cree usted que se hubiese deshecho de Baleti para que éste no le delatara?

Baxter no replicó. Permaneció pensativo varios segundos, después de los cuales dijo:

—Tal vez tenga usted razón. Pronto voy a saber qué hay de verdad en todo esto.

Cogió el teléfono y marcó un número.

—Póngame en comunicación con la prefectura de policía de Tonopah (Ohio) —pidió por teléfono—. Es muy urgente.

Colgó el auricular y miró a Susana.

—Yo creo en la inocencia de Corbett, pero no sé si pensarán lo mismo los jueces.

Transcurridos pocos minutos, el timbre del teléfono sonó.

—¿Diga?... ¿Hablo con la policía de Tonopah?... Aquí el inspector Baxter, del departamento federal de investigación en San Francisco... Deseo me informen de un crimen cometido en el año mil novecientos cuarenta y uno. La víctima fué un tal Philip Layton y el causante de su muerte Daniel Hardy... Sí... de acuerdo... Esperaré.

Susana miraba al inspector con ojos de angustia.

—Tranquilícese. —Te dijo éste, mientras colocaba la mano en el auricular—. Mis hombres llegarán a tiempo de evitar que a Daniel le suceda algo.

La joven nada respondió, pues estaba tan desesperada que ni podía hablar, no hacía más que llevarse una punta de su fino pañuelo a la boca y lo mordía, nerviosamente.

Seguidamente, el inspector Baxter dejó de fijar su atención en Susana para atender al teléfono. Tardó dos minutos, poco más o menos, en colgar el aparato, y cuando lo hubo hecho, miró a la joven, quien, anhelante, esperaba sus palabras.

—No sabe la satisfacción que siento al darle esta noticia: ¡Daniel Hardy no es culpable del crimen que se le acusó!

—¡Cómo! —exclamó Susana con indescriptible alegría—. ¿Es que se ha descubierto al verdadero asesino?

—Así es. Según acaban de notificarme cuando fué muerto Philip Layton como Daniel le había amenazado, a él fue a quien detuvieron creyéndolo culpable; mas luego se descubrió que era inocente. Cierta sujeto, aprovechando que Daniel había amenazado a la víctima, cuando éste regresaba a su casa de cobrar cierta cantidad de dinero, le apuñaló y robó el dinero que llevaba. Pocos días después, el asesino, que jamás había dado señales de poseer mucho dinero, hizo jactancia de éste y gastaba sin moderación. La policía lo detuvo: llevaba un reloj que perteneció a la víctima. Después de varios interrogatorios confesó su crimen. Entonces hiciéronse gestiones para dar con el paradero de Daniel Hardy, sin conseguirlo. Luego supieron, pasados dos años, que había muerto en el Pacífico, por lo que nadie pensó más en él. Y eso es todo.

La noticia de que Daniel ya no tenía que temer nada de la justicia, dejó a Susana tan emocionada, que perdió el conocimiento y se desmayó. Baxter acudió rápidamente a sostenerla, pues estuvo a punto de caerse al suelo.

Daniel recobró los sentidos y vió que se hallaba amarrado con una cuerda, sentado en una silla. Sus enemigos lo rodeaban, mirándolo atentamente. Baleti era quien con más atención le escudriñaba, al fin dijo:

—Así que tú eres un federal, ¿eh? Bien guardadito lo tenías, granuja.

—¿Qué esperas para asesinarme, vil canalla? —replicóle Daniel, enardecido.

Baleti sonrióse y contestó:

—¡Ca, amigo! No soy tan tonto como para «cargarme» a un «G-Man».

¿Acaso crees que no he adivinado tu estratagema? Lo que tú quieres es que te mate para perderme. No «tragaré el anzuelo». Vivirás mientras a mí me convenga, puesto que me Servirás de mucho. Si el F. B. I.,

tiene algo conmigo, tú, por la cuenta que te tiene, tendrás que alejar toda sospecha de mí. Si yo caigo, tú me seguirás.

—¡Canalla! —rugió Daniel, no pudiendo contener su cólera.

Hizo ademán de abalanzarse contra Baleti, pero las ligaduras se lo impidieron. Conny le dió un empujón, diciéndole:

—Trata de calmar tus nervios, amigo.

—Sí, cálmale, Daniel —recomendóle Baleti—. Has de ser razonable para que podamos entendernos. Yo no le delataré si tú te avienes a mis sugerencias. Te pagaré bien, no lo dudes, mientras sigas investigando lo que deben llamar «el caso Baleti»; claro está, siempre que tú no encuentres nada delictivo en mis asuntos, ¿verdad que será así, Daniel? Yo sentiría mucho que no fueses comprensivo.

—Y luego, cuando ya no te conviniese mi ayuda, despacharme como a Strinker, ¿verdad?

—Strinker me engañó. Él fué quien me propuso el negocio de «proteger» a los «*night club*», pero yo realizaba el trabajo y él sólo cobraba. Me tenía en sus manos con algo parecido a lo que yo tengo ahora contra ti. El muy granuja se aprovechó de ello para intentar hacerme la competencia...

—Pues si hemos de ser amigos —dijo Daniel, disimulando estar de acuerdo con Baleti— lo mejor será que me trates como a tal.

Baleti titubeó.

—Voy a desatarle, aunque te advierto que a la mínima que intentes, no te mataré; pero sí recibirás la gran paliza.

En breves segundos quedó libre de la cuerda.

Acababa de verse libre de las ligaduras, cuando ocurrió algo que ninguno de los presentes esperaba: John apareció en la estancia, pistola en mano, y gritó con voz autoritaria:

—¡Que nadie se mueva!

Daniel era el único que tenía el rostro de cara al recién llegado, pues los demás permanecían de espaldas. Así que aprovechó la presencia de John para colocarse detrás de los forajidos, y fué desarmándoles. Luego cogió a Baleti por la garganta y le dijo:

—Ahora me darás «eso» o te mato.

Salieron del despacho John y Daniel, llevando encañonado a Baleti. Cuando caminaban por el pasillo, divisaron a tres miembros del «gang» de Baleti, quienes, al ver a su jefe en mala situación, apresuráronse en sacar sus armas. Uno de éstos disparó contra Daniel. La bala dió en la pistola del federal, quien hubo de soltarla. John no tardó en repeler la agresión, momento que aprovechó Baleti para escurrirse de sus aprehensores e introducirse en el primer resecado que encontró.

Los tres recién aparecidos «gangsters» no cesaban de disparar contra Daniel y John, quienes tuvieron que replegarse a un recodo para protegerse de los disparos. Baleti, por otra parte, también comenzó a disparar con una pistola, que seguramente tendría escondida en el reservado. Conny y los demás que fueron encerrados en el despacho, saltaron a balazos el cerrojo de la puerta y también se incorporaron a luchar contra sus dos enemigos. Éstos disparaban sin tregua, aunque su situación era muy angustiosa, debido a que los proyectiles les llovían de tres puntos distintos. Uno de los forajidos recibió en plena cara una bala salida de la pistola que empuñaba Daniel.

Cuando la lucha estaba en su momento más interesante, en la puerta principal de local sonaron fuertes porrazos, los «gangsters» presintieron que algo grave se les avecinaba. Los golpes redoblaron, hasta que el traqueteo de una «Thompson» comenzó a sonar, mientras las balas perforaban la puerta metálica. No tardó en quedar inutilizada, y a través de ella pasaron varios agentes federales empuñando metralletas, con las que comenzaron a «barrer» a los tres forajidos que estaban en la parte baja del «club».

Conny y los que con éste estaban trataron de hacer frente a los federales; pero Daniel y John intervinieron con suma rapidez y con destreza, abatiendo a dos, que cayeron acribillados a balazos después de hacer grotescas piruetas con sus cuerpos, que se balancearon pesadamente. El resto optó por rendirse, para lo cual

levantaron los brazos y dejaron caer sus armas. Baleti al ver el giro que tomaba la lucha, decidió escapar fuese como fuese. Miró a uno y otro lado como buscando lugar por donde salir. Echó a correr hacia una habitación; pero visto por Daniel, quien echó a correr en su busca, no consiguió más que llegar hasta la puerta, ya que el federal le atrapó por un brazo.

Con intensa rabia, a la vez que placer, Daniel le asestó uno y otro golpe hasta dejarlo medio groggy.

—¡Dime dónde guardas la cinta o te mato, canalla! —rugió el federal, enardecido.

Baleti, sangrando por nariz y boca, los ojos amoratados y el semblante desfigurado, se apresuró a decir:

—Sí, te lo diré... Está en mi...

Pero el muy traidor no acabó la frase, pues aprovechando que Daniel fijaba toda su atención en escucharle, le dió un violento empujón, zafándose de la mano que le sujetaba el brazo, y echó a correr. Más no llegó muy lejos, porque un agente federal que había visto cómo empujó a Daniel y huía, le apuntó con su fusil ametrallador, cosiéndole a balazos. Baleti colocóse las manos a la espalda, frunciendo los labios trágicamente, mientras sus ojos se dilataban, cayendo al suelo con gran pesadez y quedando extendido cara al techo y con un rictus de dolor en sus labios, por entre los que salía abundante sangre.

EPÍLOGO

Cuando Daniel supo que ya nada tenía que temer ni ocultar a la justicia, creyó volverse loco de alegría. Su placer llegaba al paroxismo: abrazó al inspector Baxter, a John y, muy largamente, a Susana.

Cuantos había en el «Maryland», además de los detenidos luego, al ser delatados por sus propios compañeros, fueron a morir en la silla eléctrica, convictos y confesos de todas sus fechorías.

El inspector Baxter ha pedido al jefe supremo, que el agente Daniel Hardy, en premio a su valentía, heroísmos y amor al F. B. I.,

que tanto demostró tener al escribir aquella carta en la que decía que se lanzaba a morir a manos de Baleti para que así éste pudiera ser capturado, sea ascendido a inspector de grupo.

John siente tal admiración hacia su futuro hermano político, que se ha propuesto emular las hazañas de éste, ingresando en la academia de Quántico para intentar conseguir el nombramiento de agente federal, para lo cual pone todo su empeño.

Susana, tras los sufrimientos pasados, ha recobrado la alegría de vivir, ya que le espera la dicha de casarse con Daniel, al que ama con todo su ardoroso corazón, siendo correspondida por él, quien, a pesar de que muy pronto contraerá matrimonio con su novia, no por eso piensa dejar de luchar en las filas de los que combaten a los enemigos del orden, la ley y la tranquilidad de cuántos confían en los valerosos agentes federales para no caer víctimas de la barbarie asesina de los llamados: «gangsters».

FIN

Un crimen cometido ante más de cien personas, en el centro de Nueva York y con un arma desconocida...



...éste fué el suceso que dió origen a uno de los más misteriosos casos en que ha intervenido el Servicio Secreto norteamericano.

A. ROLCEST
el famoso escritor, que tuvo una intervención personal en la solución de este extraordinario caso lo narra en su última novela

CRIMEN EN EL SUBWAY

que será publicada con caracteres de verdadero acontecimiento en el próximo número de la gran colección

SERVICIO SECRETO

¡No deje de adquirir

CRIMEN EN EL SUBWAY

una de las mejores y más emocionantes novelas que pueda usted leer!

— CONSERVE ESTE EJEMPLAR —

SI ESTE NÚMERO COINCIDE CON EL PRIMER PREMIO DEL SORTEO DE LA LOTERÍA NACIONAL QUE CORRESPONDE CELEBRAR EN MADRID EL DÍA 5 DE AGOSTO DE 1952, RECIBIRÁ USTED LA CANTIDAD DE:

XXXXXXXXXXXX

Nº 116580

XXXXXXXXXXXX

250 PESETAS EN EFECTIVO

para lo cual bastará presentar este volumen completo en nuestras oficinas: Editorial BRUGUERA - Proyecto, 2 - Barcelona, o si se reside en otras localidades enviarlo por correo certificado, el cual ejemplar le será devuelto, remitiéndole al propio tiempo el importe del premio por Giro Postal.

En el caso de que el número premiado en el Sorteo de la Lotería Nacional tenga cinco cifras, recibirán el premio no sólo los poseedores del mismo número, sino también, aquellos cuyas cuatro últimas cifras, coincidan con las de dicho número premiado. (Ejemplo: Si el número agraciado en la lotería es el 13.435, resultarán favorecidos los lectores que tengan los volúmenes con los números 13.435 y 3.435).

Los volúmenes premiados que no hayan sido presentados en el término de sesenta días a partir de la fecha del sorteo, se considerarán caducados.

Si excepcionalmente, por un error de imprenta, se repitiese varias veces un mismo número en nuestros ejemplares, y éste resultase favorecido, no entregará el importe del premio a quien primero presente uno de dichos ejemplares.

El importe de los premios que, por cualquier causa, no hayan sido satisfechos, se acumulará con destino a un sorteo extraordinario, cuyas condiciones serán oportunamente anunciadas.

NO LO OLVIDE: Cada uno de nuestras colecciones, *Pimpinela*, *Madrapearla*, *Resaura*, *Amapola*, *Servicio Secreto* y *Bisante*, obsequiará todas las semanas a sus lectores con premios de 250 pts.

¡Más de 6.000 pts. mensuales en premios!

Últimas novedades de
EDITORIAL BRUGUERA



**COLECCIÓN
PIMPINELA**

- Núm. 293 - Corín Tellado
 ■ NO TE OLVIDE NUNCA
 Núm. 294 - María Teresa Sesé
 ■ EL HOMBRE DE LAS CAVERNAS
 Núm. 295 - María Adela Durango
 ■ LA ADVENEDIZA
 APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



**COLECCIÓN
ROSAURA**

- Núm. 133 - Josefina María Xirós
 ■ TODAS QUEREMOS CASARNOS
 Núm. 134 - César de Monterrey
 ■ TODA LA VIDA
 Núm. 135 - Bárbara Sacramón
 ■ UNA MUJER CON PASADO
 APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



**COLECCIÓN
BISOÑE**

- Núm. 234 - Fidel Prado
 ■ DOS RIVALES DE NERVIOS
 Núm. 235 - Orland Garr
 ■ EL CAZADOR DE LA FRONTERA
 Núm. 236 - Tex Taylor
 ■ ODIO, AMOR Y PLOMO
 APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



**COLECCIÓN
SERVICIO SECRETO**

- Núm. 98 - Rad Hatland
 ■ CONVICTO DE TRAICIÓN
 Núm. 99 - Francis Rad
 ■ EL SECRETO DE DANIEL HARDY
 Núm. 100 - A. Rolést
 ■ CRIMEN EN EL SUBWAY
 APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



**COLECCIÓN
MADREPERLA**

- Núm. 189 - Isabel Salasña
 ■ DENISE, LA REBELDE
 Núm. 190 - Mercedes Montó
 ■ REFUGIO DE AMOR
 Núm. 191 - Sergio Duval
 ■ LA MASCARA DE YESO
 APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



**COLECCIÓN
AMAPOLA**

- Núm. 19 - María Adela Durango
 ■ IDILIO EN EL AIRE
 Núm. 20 - María Teresa Altó
 ■ UN PAR DE EMBUSTEROS
 Núm. 21 - May Carré
 ■ PITY
 APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



**COLECCIÓN
IRIS**

- Núm. 8 - Arnaldo Visconti
 ■ LA FURIA DE SANG SONG
 Núm. 9 - Arnaldo Visconti
 ■ PERLAS Y TIBURONES
 Núm. 10 - Arnaldo Visconti
 ■ ESPUELAS FANFARRONAS
 APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



**COLECCIÓN
AUTORES FAMOSOS**

- Núm. 38 - Zane Grey
 ■ LA LLAMADA DEL CAÑÓN
 Núm. 39 - William MacLeod Raine
 ■ GANGSTERS DE LA PRADERA
 Núm. 40 - Lynn Westland
 ■ SANGRE EN LA HIERBA
 APARICIÓN BIMENSUAL. PRECIO 10 PTAS.

■ Volúmenes recientemente aparecidos

○ Volúmenes de próxima aparición

Precio 5 ptas.



